

5

ANTOLOGÍA

**LITERARIA**

RELATOS DE LA COSTA

# PROYECTO EDUCATIVO NACIONAL AL 2021







5

ANTOLOGÍA

**LITERARIA**

RELATOS DE LA COSTA



Ministerio de Educación

Dirección General de Educación Básica Alternativa, Interculturalidad Bilingüe  
y de Servicios Educativos en el Ámbito Rural

Dirección de Educación Intercultural Bilingüe

## **ANTOLOGÍA LITERARIA 5 RELATOS DE LA COSTA**

©Ministerio de Educación  
Av. De la Arqueología cuadra 2, San Borja  
Lima, Perú  
Teléfono: 615-5800  
www.minedu.gob.pe

Primera edición, noviembre 2018  
Tiraje: 114,399 ejemplares

**Elaboración de contenido**  
Abimael Torres Rojas

**Revisión de contenido**  
David Ccallo Cachuana

**Asesoría y revisión técnica (Digeibira-DEIB)**  
Leoncio Sejje Mamani  
Genaro Rodrigo Quintero Bendezú

**Diseño y diagramación**  
Juan Anibar Mamanchura Sardon

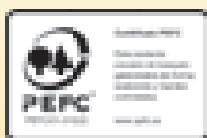
**Ilustraciones**  
Archivo DEIB-Digeibira

**Cuidado de edición**  
Daniel Soria Pereyra

Impreso en Quad/Graphics Perú S.A.  
Av. Los Frutales 344, Ate, Lima 03, Perú  
RUC 20371828851

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N.º 2018-16539

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.  
Impreso en el Perú/*Printed in Peru*



# Presentación

Querido(as) niñas/niños:

Este texto de lectura es para ustedes, y les va a ayudar a ampliar sus conocimientos sobre diversos temas de manera entretenida. Lo hemos elaborado un grupo de maestros y maestras con mucho cariño y entrega para que ustedes puedan tener mayor información, con el apoyo de su profesor o profesora, pero también de sus padres, abuelos y otros familiares.

Las lecturas que encontrarán en este texto les ayudarán a conocer mejor su cultura y la historia de su pueblo, a mejorar sus capacidades de expresión oral y escrita en la lengua castellana, a valorar a su familia, a respetar a la naturaleza y a cuidar el medio ambiente en el que viven. Les ayudará también a convivir en armonía con las demás personas con las que se relacionan en su casa, en la escuela y en la comunidad.

La información que encuentren les permitirá reforzar sus diversos aprendizajes. Estamos seguros que de les gustará y que aprenderán muchas cosas interesantes.

¡Buena suerte y a leer con cariño!

Ministerio de Educación



# Índice

La soberbia del piojo .....	7
Un niño y la estrella de mar.....	13
El niño de junto al cielo.....	17
El trompo.....	28
La hormiga que quería ser escritora.....	38
Un árbol.....	44
Tengo 50 años.....	51
¡Volveremos a jugar!.....	53
El cangrejo ermitaño.....	56
Los dos caballitos .....	59
Muerte del cabo Cheo López.....	63
Jutito .....	65
El señor Gallinazo volvió a Lima .....	68
El vuelo de los cóndores .....	74
Los gallinazos sin plumas .....	84
Por las azoteas .....	94
La insignia .....	102



El pececito dorado .....	106
El asno que voló a la luna.....	110
Historia de Cifar y de Camilo .....	117
La campana invisible .....	133
El Ichic-Ollgo.....	135
El hombre que convivía con la duende.....	137
El duende de Chontapaccha.....	139
El duende de Huacaloma.....	140
Leyenda del médano Blanco .....	141
La laguna encantada.....	142
La playa de Yasila .....	144
El pueblo de Narihualá.....	146
La barquita misteriosa.....	147
El cerro de la Vieja y el Viejo .....	148
El cerro de la campana.....	149
La novia sin cabeza .....	151
Cahuachi: el príncipe volador.....	153
La iguana que destronó a la Luna .....	156
Leyenda de Huacachina .....	157







# La soberbia del piojo

Un momento, señora...

— **Y** la señora Linares, toda de joyas y sedas, llena de inquietud y curiosidad, se quedó inmóvil. Yo, con todo respeto que la mujer ajena me inspira, pero al mismo tiempo con la audacia que siento ante cualquier mujer hermosa, estiré resueltamente la mano y cogí de la celeste y vaporosa tela que cubría la casta morbidez de una espalda marmórea un insecto rubio y diminuto que perezosamente tomaba el aire o el sol, sin preocuparse del peligro de una mirada indiscreta. Lo arrojé al suelo, le pasé por encima varias veces el pie, a manera de plancha que lustra una pechera, y me sacudí las manos con repugnancia tardía.

—¿Qué es? ¿Qué ha sido? —preguntó la señora de las espaldas mórvidas, dignas de dormir sobre ellas un sueño de siete siglos—. Nada, señora. Un pequeño insecto que, seguramente, estaba admirándole su belleza.

—¡Cómo nada! Un piojo, Elvirita, un piojo —dijo interviniendo el más viejo de la reunión, un viejo de solapas pringosas y barbas revueltas y ampulosas como nido de oropéndola, que con su cara de perro de aguas parecía ladrarle a las gentes cuando hablaba, mientras que sus ojos lascivos reían entre el paréntesis de dos comisuras lacrimosas y acribilladas de arrugas.

—¡Jesús! —exclamó la señora Linares, levantándose bruscamente y yendo a ocultar su vergüenza lejos de nosotros. Las demás señoras, tal vez por espíritu de cuerpo o por el temor de un percance igual, fueron, disimuladamente, levantándose y siguiendo el camino de la señora Linares, hasta dejarnos completamente solos. Yo, dirigiéndome al viejo, no pude menos que decirle:

—Es usted demasiado indiscreto, don Melchor. Eso no se le descubre a una señora. Ha podido usted ocasionarle un desmayo.





Y mientras todos los que nos encontrábamos bajo el parral veíamos con hostilidad al impertinente viejo de las barbas ampulosas, renegando de que nos hubiese echado a perder tan grata compañía, este se limitó a contestarme:

—¡Aspavientos!, que no cuadran en estos lugares, donde todos, cual más cual menos, cuando no llevamos un piojo encima es porque lo hemos dejado en casa. ¡Ascos del piojo, cuando el piojo es aquí artículo de primera necesidad! Lo digo sin exageración, porque aquí hay gentes que desayunan con piojos. Y luego, que el piojo es el mejor amigo del hombre. Yo prefiero un piojo a un perro, no solo porque tiene dos patas más, sino porque no tiene las bajezas de este. El perro se agacha, se humilla, implora cuando recibe un puntapié del amo, o cuando se ve con un palo encima. ¡Ya va a tolerar un piojo trato semejante! El piojo es el más soberbio y estoico de los seres creados.

Y como nos hubiésemos quedado solos y el viejo me iba resultando interesante, resolví provocarle una confidencia, una historia, una anécdota, un chisme, cualquier cosa...

—No —me dijo—, no estoy para chismes ni para historias. ¿Por qué pudiendo hablar de los animales hemos de hablar de las gentes? Todas las historias se parecen. En todas verá usted las mismas ridiculeces, las mismas vanidades, las mismas miserias, las mismas pasiones. No hay más que variantes. ¿Que un marido mató por celos? Una cursilería, una estupidez, porque la libertad del amor está por encima de todas las libertades. ¿Que un Fulano ha amasado su fortuna con el sudor y la sangre de millares de indios? ¡Bah! Para qué son tan bestias los indios. Si los indios se contaran, se organizaran y fueran más a la escuela y bebieran menos, ¡cuántas cosas no harían! Porque el indio no es idiota; es imbécil. Pero de la imbecilidad se puede salir; de la idiotéz no. La imbecilidad, como usted sabe, se cura tonificando el alma, sembrando ideales en ella, despertándole ambiciones, haciéndole sentir la conciencia de la propia personalidad. Y el indio, aunque nuestros sociólogos criollos piensan lo contrario, no es persona: es una bolsa de apetitos.

—Bueno, bueno. Hablemos entonces de los animales. Ha dicho usted que el piojo es el mejor amigo del hombre. ¿Desde cuándo nació esta amistad? Y el más soberbio de los seres. ¿Por qué? —don Melchor se acarició la barba con unción de sacerdote que dijera una misa, entornó los ojos como buscando algo interiormente, y, después de un largo calderón de silencio, comenzó:



—Tengo sesenta años largos, que valen por seiscientos. Mis ojos han visto muchas cosas. Tal vez por eso están siempre rojos y me lloran mucho. Y digo los ojos porque con las manos y los pies también se ve, como usted no ignorará. Pues bien, es con los ojos con lo que vi lo que voy a contarle.

Una tarde... No, fue una noche de un día cualquiera. Soñaba esa noche que un insecto de proporciones elefantinas, sentado al borde de mi lecho, mientras me hurgaba el oído con una de sus garras, me decía gravemente: “¡Melchor, despierta! ¡Te amenaza un peligro!”. Y yo, volviéndome de un lado, contesté: “¡Váyase usted al demonio! ¡Déjeme dormir!”. Y el insecto impertérrito: “¡Melchor, despierta! ¡Te empujan la puerta del cuarto!”. Y yo ya no era un hombre que dormía sino un fuelle que se desataba en ronquidos. Y vuelta el insecto del diantre: “¡Melchor!, si no despiertas te matarán primero y te robarán después”. ¿Robarme? A mí me habría importado poco lo de la muerte. Pero descerrajarme el baúl y robarme todo lo que en él tenía... Consentir que se me llevaran unas ligas y un paquete de cartas, a los que yo adoraba fetichistamente desde los veinte años...

¡Jamás! Salté del lecho, encendí la vela, eché mano a un sable viejo y mohoso que conservara como recuerdo de una de nuestras redentoras revoluciones, y comencé rabiosamente, con una ceguedad de ciervo irritado, a repartir cintarazos a diestra y siniestra. Un don Quijote en plena noche de gigantes. Y mientras yo gritaba con toda la heroicidad de un avaro a quien le hubieran descubierto el tesoro: “¡Canalla! ¡Ladrón! ¿Dónde están mis ligas?”, de un rincón del dormitorio me respondió una voz, que parecía un hipo: “¡Perdón, taita! ¡Nada tocado, taita! ¡No me mates, taita!”.

¿Luego era cierto lo del sueño? Dejé quieto el sable, miré al rincón y vi... ¿A quién cree usted que vi? A mi criado, a mi mozo de confianza, con un puñal enorme en la diestra y arrodillado humildemente, con una humildad de perro, con una humildad tan hipócrita que provocaba acabar con él a puntapiés. “¿Conque eras tú? ¡Lárgate, perro ingrato!”. Esto de perro ingrato es una metáfora que me dictó la solemnidad del momento, porque yo no sé que haya perros ingratos. ¿Usted ha visto alguna vez un perro ingrato? La ingratitud, según los moralistas, la inventó el hombre...

Y el indio se escabulló en menos tiempo del que yo tardé en echarle. Cerré luego la puerta, la atranqué (desde entonces he adoptado esta



sabia costumbre) y me senté en el lecho, meditando sobre lo que acababa de pasarme. ¡Qué suerte la mía! ¡Un hombre debiéndole la vida a una coincidencia, a una casualidad! Porque no creo que la Providencia tenga el mal gusto de intervenir en estas cosas.

Y habría seguido filosofando si el sueño no se hubiese apoderado nuevamente de mí. Y volví a soñar, mejor dicho, reanudé mi primer sueño. Es en esta segunda parte donde voy a dejar establecida la verdad de mi tesis, que podría titular: “De la bondad indiferente y de la soberbia inconmensurable de un piojo”. De un piojo como el que acaba usted de quitar cobardemente de la espalda de la señora Linares y al que yo, desde el balcón de mi indiferencia, había estado contemplando cómo paseaba su audacia sobre el envanecimiento de una tela insolentemente dichosa.

—Era mi deber. Y mi mayor remordimiento es el no haberlo sabido cumplir en silencio, sin llamar la atención de nadie.

—¿De veras?... No; lo hizo usted por envidia al piojo. Confiéselo. ¡Cuánto no habría usted dado por ser en ese momento el piojo de la señora Linares! Se lo adiviné en los ojos.

—No tanto; hubiera preferido ser pulga.

—Usted por comedimiento, o voluptuosidad, se apresuró a cumplir un deber, si es que deber puede llamarse a eso, en la peor forma que un hombre puede cumplirlo: interrumpiendo una conversación y sacrificando una vida. ¡Y de qué modo! Si hubiera hecho usted estallar a la víctima entre las uñas de sus pulgares disimuladamente... ¡pero con el pie!... No se lo perdono nunca. Una muerte baja, vil, indigna de la estirpe del más digno camarada del hombre. Así solo se mata a las chinches, a las arañas, a las cucarachas, a las pulgas. Y podría también matarse a ciertos hombres. ¡Pero al piojo! Yo estimo mucho al piojo desde la noche aquella en que le perdoné la vida a mi criado. ¿Y sabe usted por qué? Porque él fue el insecto de mi sueño; él fue quien, desde un rincón de mi oído, movido por no sé qué fuerza misteriosa y sugestiva, me dio la voz de alarma. Tal vez si el piojo tiene en el hombre la misma misión que cierta mosca parásita de la paloma: presentir el peligro y avisarlo. Por eso, cuando volví a soñar esa noche, lo que al principio había sido un insecto sexquipedálico, aterrador y manso al mismo tiempo, de manchas grises en el dorso, de forma ojival, como una tiara invertida, orlado de ganchos agudos y vellosos, fue después el simple animalito,





racionalmente humano, que todos conocemos. Porque no hay ser que se parezca más al hombre que el piojo. Moralmente, se entiende. Tiene toda la bellaquería, toda la astucia, todo el egoísmo, toda la soberbia del hombre. En lo único que se diferencian es en que el piojo no tiene nervios ni vicios. Un piojo es impasible. Y es una virtud en seis patas. Ante el peligro ni se conmueve, ni huye; se deja matar tranquilamente, desdeñosamente. Si los piojos se hicieran la guerra y tuvieran historiadores las fuentes de la heroicidad quedarían agotadas.

Y es lo que me decía el piojo de mi historia la segunda vez que volví a soñar esa noche: “Ustedes son muy cobardes y muy ingratos también. Después del peligro que acabas de pasar has estado pensando en que le debes la vida a la casualidad. No, es a mí a quien se la debes. Sentí ruido en la puerta mientras dormías, vi a un mal hombre que entraba con un puñal en la mano y con una mala intención en las entrañas, y te desperté dándote un fuerte hincón en la nuca. Entre morir tú y tener que irme yo en busca de otro hombre para vivir, opté por que vivieras. Pero a mí no me importa que no me lo agradezcas. El agradecimiento está bueno para los hombres, para los perros. Un piojo no sabe ni quiere saber de estas cosas. Aliméntate bien, no te envenenes la sangre, no te bañes, no te mudes, no asees el lecho, no barras las habitaciones, no te peines, es todo lo que me interesa. Sobre todo, desprecia el peine. El peine es traidor: en sus garras tiene humores que emponzoñan. El peine es, además, bajo, servil, lacayuno; se deja coger por todas las manos y se desliza indistintamente por entre todos los cabellos, desde el más rubio hasta el más negro, desde el más crespo hasta el más lacio, sin protestar, mientras el muy pícaro se va llevando mañosamente el mismo pelo que acaricia. ¡Es un hipócrita! Se parece mucho a las chinches, esas bestiezueltas que durante el día duermen, duermen y duermen, apretadas en racimos nauseabundos, y en la noche salen taimadamente a hacer su ración de hombre para volverse, hidrópicas, a sus hediondas madrigueras.

Un piojo no es así; es franco en el ataque; pica cuando debe picar y ama siempre la altura. Por eso vive y duerme de preferencia en la cabeza del hombre y sabe todo lo que el hombre piensa. Y prefiere también las serranías y no desdeña la miseria del pobre. En la costa, frente al mar, entre las novedades y melindres de la higiene, un buen piojo, un piojo honesto, no puede vivir. ¡Y lo que vale para él un indio!... Un piojo es carne de indio. En cambio odia a la pulga.



La pulga es el animal más impertinente de la creación. Tan luego como siente la mano del hombre corre, salta, tiembla, llora y es capaz de revolucionar una casa y hasta de ocasionar un incendio. ¡Qué animal tan bestia! Bien ha hecho Dios en darle las patas que tiene. ¿Y dónde me deja usted al pique? Este es otra pulguilla rastrera. Se goza en infiltrarse entre las uñas de los pies del hombre. El gusto más indecente que yo conozco. ¡Puah! El piojo no es, pues, señor don Melchor, ni hipócrita y hediondo como la chinche, ni cobarde, ni saltarín e impertinente como la pulga, ni rastrero y sucio como el pique.

Un piojo bien educado no huye ante el peligro, ni mendiga la vida, ni ataca a traición, ni desciende a buscar alimento en las pantorrillas del hombre”. Yo hubiese querido responderle a tan soberbio animalillo: “En cambio tú permites que viva dentro de ti ese bicho feroz que engendra el tifus que diezma todos los años a estas poblaciones”. Pero el piojo, que seguramente leyó mi pensamiento, se apresuró a contestarme: “¿Y lo que diezmas tú con el alcohol, la sífilis, el homicidio y la guerra?”.

Ante tal respuesta no pude menos que ruborizarme, iyo, que no sé ruborizarme de nada!, y me desperté. Y como me desperté malhumorado, comencé a rascarme, a rascarme hasta pillarme entre los cabellos un piojo, rubio como un inglés albino, y sereno como un filósofo estoico, que, al verse descubierto y entre las yemas de dos dedos homicidas, pareció decirme cuando le llevé a la altura de mis ojos curiosos: “Ya me ves; soy el que te ha salvado la vida anoche”. Y hasta me pareció que me lo dijo con el mismo tono y el mismo gesto con que los gladiadores romanos le dijieran al César: “Uno que va a morir te saluda”.

Y el viejo concluyó diciendo:

—¿Y sabe usted cómo le demostré mi agradecimiento al piojo? Lo coloqué en la uña del pulgar izquierdo, con el mismo cuidado con que el verdugo de Francia acuesta en la guillotina a los condenados, y con la uña del otro pulgar icrac! lo hice estallar tranquilamente, sin remordimiento.

—Fue usted ingrato y cruel.

—¡Bah! Fui todo un hombre, señor mío...

Enrique López Albújar





# Un niño y la estrella de mar

Esta es la historia de un niño pescador que tenía un raro tesoro. Lo encontró mientras pescaba, adherido a una de las rocas del mar. Era una linda estrella de mar.

Dicen que las estrellas guían el destino de los hombres desde arriba; pero ésta no estaba tan alto y sabía hablar:

—Valentín —le dijo al muchachito—, llévame contigo. Soy tu estrella.

El pequeño, que todo lo raro le fascinaba, cogió la estrella temblorosa entre las manos y le dijo:

—¡Oh, qué bella eres! ¡Qué linda!

Y ambos se pusieron a jugar sobre la crespada arena que las manos del viento habían decorado a manera de gigantescas conchas de abanico.

La travezuela se alzaba en los aires y danzaba sobre la cabeza de Valentín; luego corría a ras del suelo, veloz como una avecilla perseguida; por fin, se colocaba detrás del muchachito y lo mantenía dando vueltas como un trompo de colores.

El niño caía rendido en la arena. La estrella con el rabillo del ojo custodiaba su tesoro desde lejos.

Luego le tocaba a Valentín el turno de esconderse. Lo hacía entre las rocas. La estrella lo seguía por aire, tierra y mar hasta alcanzarlo.

¡Ah, qué día feliz el del encuentro!

Cuando cayó la tarde, el niño cogió la estrella y se la prendió en el pecho y fue danzando su alegría por entre la ribera para encontrar más pronto el camino de su casa.

Ninguna estrella había tenido hasta entonces la suerte de quedarse dormida en el pecho de un niño; de ninguna se cuenta una historia tan hermosa. Es cierto que hubo una muy grande y muy bella, que alumbró



el pesebre donde nació el Niño Dios; pero solo de lejos. No se atrevió a tocarlo. Esa venía desde arriba; en cambio, esta mojadita, traviesa y habladora, había salido del mar.

Los latidos del corazón del niño le gustaban más que el vaivén de las olas golpeando las orillas.

Los niños son tan fugaces que todo lo olvidan fácilmente. Cuando Valentín llegó a su casa, su madre asustada le arrancó del pecho tamaño prendedor y lo puso entre el montón de cosas que juntaba el chico, en la única ventana de su casa: conchitas marinas, piedrecillas azules, algas extrañas, caparazones de púas, etc...

La estrella asombrada quedó allí.

¡Qué pobre era la casa de su amigo! ¡Qué lecho! ¡Qué mesa! ¡Qué cocina! Sin embargo, había vida y alegría, y eso era suficiente.

Pero el hecho de que no la tuviera en cuenta le hizo sentirse infeliz y empezó a clamar:

Tin, tin, Valentín,  
duermes tú. No duermo yo.

Tin, tin el pequeñín  
qué ingrato. Me olvidó.

Una noche mientras el niño volvía a su casa con una sarta de pescados frescos, pudo darse cuenta de que la luz que veía a través de la ventana no había estado antes. Cuando entró tuvo una sorpresa mayor. La luz había desaparecido.

—¿Y la lámpara, mamá? —preguntó ansioso acercándose a su madre, que en un rincón de la habitación movía una olla de sopa.

—¿Lámpara? ¿De qué lámpara me estás hablando, hijo mío? —preguntó, la mujer—. Me has tenido preocupada. ¿Dónde has estado hasta este rato?

Valentín no oyó el reproche de su madre. Miró la lámpara de aceite que junto a la ventana ardía con una llama lenta e insegura. Quedó desconsolado. Su casa como todas las noches estaba a oscuras. Cómo no iba a estarlo si quedaba en lo bajo de un barranco, cerca de la playa. Si no hubiera sido por esa ventana que se llenaba de sol en el verano y que tenía que cerrarse por fuerza en el invierno, habría parecido una cueva fría y tenebrosa.





Pero él había visto allí, desde lejos, una luz serena y clara que no parpadeaba como la del lamparín. Sí, había visto la ventana abierta y dentro un claro resplandor.

—Habrás visto visiones —le decía su madre para consolarlo.

¿Qué puede brillar aquí para nosotros que no somos viajeros ni comerciantes? solo ellos tienen el privilegio de usar lámparas de fuerza.

Valentín se quedó dormido pensando en el misterio que guardaba su casa una y otra noche; pero la estrella se había propuesto romper ese secreto:

—Yo soy, Valentín, mírame. Soy yo, créeme. Mírame y créeme y serás feliz.

Entre sueños se acercó el chico a la ventana y pudo ver que la estrella coralina que cogió del mar era una estrella legítima, luminosa que hablaba y brillaba solo para él.

Se sentía el niño más feliz del mundo. ¿Y quién no? Le había dicho: —Soy tu estrella —y ser poseedor de una estrella es la máxima ambición del corazón.

Valentín la colocó debajo de su almohada. Ya no se separaría de ella nunca. De pronto la mamá descubrió que su hijo no conocía la mentira. Allí estaba la luz alta, serena y viva; allí estaba el milagro que ardía en los ojos de su niño y en su alma.

Iba a estallar de gozo. Tenía que confiar a alguien el secreto de su hallazgo; pero la gente que miraba la casa de Valentín siempre a oscuras, se fue pasando la voz; todos movían la cabeza y se reían de ella.

En cambio, los niños con sus ojos puros comprendieron el mensaje de la estrella. Valentín había rescatado para ellos un ascua milagrosa traviesa y juguetona, que salía en las tardes a sembrar de ilusiones el alma de los chicos.

Las calles se vestían de colores, y ella danzaba fulgurante en torno de los niños, los acariciaba, besaba sus manitas; y después de armar un revuelo de risas y de cantos, cuando todos estaban cansados, se instalaba en el pecho de su amigo y se quedaba dormida.

Un día de agosto, sopló un fuerte viento que levantó en vilo a la estrella.





La estrella era tan frágil, tan liviana, tan pura, que el viento la siguió pujando, empujando hacia arriba.

Los ojos de los chicos se llenaron de llanto por la estrella de sus juegos. Era lógico. La estrella guiaba el alma de los niños hacia el mágico país del encanto y la alegría.

Los papás para consolarlos hicieron estrellas de papel pintado y las lanzaron al aire, sujetas a las manos de sus hijos por medio de cuerdas resistentes solo Valentín, que era valiente, no lloró. Sabía que su estrella estaba en alguna parte, y que volvería por él tarde o temprano.

Desde entonces, la costumbre de hacer volar cometas reemplazó el juego de los niños que tuvieron el privilegio de contar con una estrella legítima, serena y ágil; que brillaba en secreto solo para ellos.

Rosa Cerna Guardia



## El niño de junto al cielo

Por alguna desconocida razón, Esteban había llegado al lugar exacto, precisamente al único lugar... Pero ¿no sería, más bien, que “aquello” había venido hacia él? Bajó la vista y volvió a mirar. Sí, ahí seguía el billete anaranjado, junto a sus pies, junto a su vida.

¿Por qué, por qué él?

Su madre se había encogido de hombros al pedirle, él, autorización para conocer la ciudad, pero después le advirtió que tuviera cuidado con los carros y con las gentes. Había descendido desde el cerro hasta la carretera, y, a los pocos pasos, divisó “aquello” junto al sendero que corría paralelamente a la pista.

Vacilante, incrédulo, se agachó y lo tomó entre sus manos. Diez, diez, diez, era un billete de diez soles, un billete que contenía muchísimas pesetas, innumerables reales. ¿Cuántos reales, cuántos medios, exactamente? Los conocimientos de Esteban no abarcaban tales complejidades, y, por otra parte, le bastaba con saber que se trataba de un papel anaranjado que decía “diez” por sus dos lados.

Siguió por el sendero, rumbo a los edificios que se veían más allá de ese cerro cubierto de casas. Esteban caminaba unos metros, se detenía y sacaba el billete de su bolsillo para comprobar su indispensable presencia. ¿Había venido el billete hacia él se preguntaba o era él, el que había ido hacia el billete?

Cruzó la pista y se internó en un terreno salpicado de basura, desperdicios de albañilería y excrementos; llegó a una calle y desde allí divisó al famoso mercado, el Mayorista, del que tanto había oído hablar. ¿Eso era Lima, Lima, Lima?... La palabra le sonaba a hueco. Recordó: su tío le había dicho que Lima era una ciudad grande, tan grande que en ella vivían un millón de personas.

¿La bestia con un millón de cabezas? Esteban había soñado hacía unos días, antes del viaje, en eso: una bestia con un millón de cabezas.





Y ahora, él, con cada paso que daba, iba internándose dentro de la bestia...

Se detuvo, miró y meditó; la ciudad, el Mercado Mayorista, los edificios de tres y cuatro pisos, los autos, la infinidad de gentes, algunas como él, otras no como él, y el billete anaranjado, quieto, dócil, en el bolsillo de su pantalón. Él billete llevaba el “diez” por ambos lados y en eso se parecía a Esteban. El también llevaba el “diez” en su rostro y en su conciencia. El “diez años” lo hacía sentirse seguro y confiado, pero solo hasta cierto punto. Antes, cuando comenzaba a tener noción de las cosas y de los hechos, la meta, el horizonte, había sido fijado en los diez años. ¿Y ahora? No, desgraciadamente no. Diez años no era todo, Esteban se sentía incompleto aún. Quizá si cuando tuviera doce, quizá si cuando llegara a los quince. Quizá ahora mismo, con la ayuda del billete anaranjado.

Estuvo dando algunas, vueltas, atisbando dentro de la bestia, hasta que llegó a sentirse parte de ella. Un millón de cabezas, y, ahora, una más. La gente se movía, se agitaba, unos iban en una dirección, otros en otra, y él, Esteban, con el billete anaranjado, quedaba siempre en el centro de todo, en el ombligo mismo.

Unos muchachos de su edad jugaban en la vereda. Esteban se detuvo a unos metros de ellos y quedó observando el ir y venir de las bolas; jugaban dos y el resto hacía rueda. Bueno, había andado unas cuadas, y por fin encontraba seres como él, gente que no se movía innecesariamente de un lado a otro. Parecía, por lo visto, que también en la ciudad había seres humanos.

¿Cuánto tiempo estuvo contemplándolos? ¿Un cuarto de hora? ¿Media hora? ¿Una hora, acaso dos? Todos los chicos se habían ido, todos menos uno. Esteban quedó mirándolo, mientras su mano dentro del bolsillo acariciaba el billete.

—¡Hola, hombre!

—Hola... —respondió Esteban, susurrando casi.

El chico era más o menos de su misma edad y vestía pantalón y camisa de un mismo tono, algo que debió ser kaki en otros tiempos, pero que ahora pertenecía a esa categoría de colores vagos e indefinibles.

—¿Eres de por acá? —le preguntó a Esteban.

—Sí, este... —se aturdió y no supo cómo explicar que vivía en el cerro,



y que estaba en viaje de exploración a través de la bestia de un millón de cabezas.

—¿De dónde, ah? —se había acercado y estaba frente a Esteban. Era más alto y sus ojos inquietos le recorrían de arriba a abajo—. ¿De dónde, ah? —volvió a preguntar.

—De allá, del cerro —y Esteban señaló en la dirección en que había venido.

—¿San Cosme?

Esteban meneó la cabeza, negativamente.

—¿Del Agustino?

—¡Sí, de ahí! —exclamó sonriendo. Ese era el nombre, y ahora lo recordaba. Desde hacía meses, cuando se enteró de la decisión de su tío de venir a radicarse a Lima, venía averiguando cosas de la ciudad. Fue así como supo que Lima era muy grande, demasiado grande, tal vez; que había un sitio que se llamaba Callao, y que ahí llegaban buques de otros países; que habían lugares muy bonitos, tiendas enormes, calles larguísimas... ¡Lima!... Su tío había salido dos meses antes que ellos con el propósito de conseguir casa. Una casa. ¿En qué sitio será?, le había preguntado a su madre. Ella tampoco sabía. Los días corrieron, y después de muchas semanas llegó la carta que ordenaba partir... ¡Lima! ... ¿El cerro del Agustino, Esteban? Pero él no lo llamaba así. Ese lugar tenía otro nombre. La choza que su tío había levantado quedaba en el barrio de Junto al Cielo. Y Esteban era el único que lo sabía.

—Yo no tengo casa... —dijo el chico después de un rato. Tiró una bola contra la tierra y exclamó—: ¡Caray, no tengo!

—¿Dónde vives, entonces? —se animó a inquirir Esteban.

El chico recogió la bola, la frotó en su mano y luego respondió:

—En el mercado, cuido la fruta, duermo a ratos...

Amistoso y sonriente, puso una mano sobre el hombro de Esteban y le preguntó:

—¿Cómo te llamas tú?

—Esteban ...

—Yo me llamo Pedro —tiró la bola al aire y la recibió en la palma de su mano—. Te juego, ¿ya Esteban?



Las bolas rodaron sobre la tierra, persiguiéndose mutuamente. Pasaron los minutos, pasaron hombres y mujeres junto a ellos, pasaron autos por la calle, siguieron pasando los minutos. El juego había terminado, Esteban no tenía nada que hacer junto a la habilidad de Pedro. Las bolas al bolsillo y los pies sobre el cemento gris de la acera. ¿A dónde, ahora? Empezaron a caminar juntos. Esteban se sentía más a gusto en compañía de Pedro, que estando solo.

Dieron algunas vueltas, más y más edificios. Más y más gentes. Más y más autos en las calles. Y el billete anaranjado seguía en el bolsillo. Esteban lo recordó.

—¡Mira lo que me encontré! —lo tenía entre sus dedos y el viento lo hacía oscilar levemente.

—¡Caray! —exclamó Pedro, y lo tomó, examinándolo al detalle—. ¡Diez soles, caray! ¿Dónde lo encontraste?

—Junto a la pista, cerca del cerro —explicó Esteban.

Pedro le devolvió el billete y se concentró un rato. Luego preguntó:

—¿Qué piensas hacer, Esteban?

—No sé, guardarlo, seguro... —y sonrió tímidamente.

—¡Caray, yo con una libra haría negocios, palabra que sí!

—¿Cómo?

Pedro hizo un gesto impreciso que podía revelar, a un mismo tiempo, muchísimas cosas. Su gesto podía interpretarse como una total despreocupación por el asunto —los negocios— o como una gran abundancia de posibilidades y perspectivas. Esteban no comprendió.

—¿Qué clase de negocios, ah?

—¡Cualquier clase, hombre! —pateó una cáscara de naranja que rodó desde la vereda hasta la pista; casi inmediatamente pasó un ómnibus que la aplanó contra el pavimento—. Negocios hay de sobra, palabra que sí. Y en unos dos días cada uno de nosotros podría tener otra libra en el bolsillo.

—¿Una libra más? —preguntó Esteban asombrándose.

—¡Pero claro, claro que sí!... —volvió a examinar a Esteban y le preguntó:

—¿Tú eres de Lima?





Esteban se ruborizó. No, él no había crecido al pie de las paredes grises, ni jugando sobre el cemento áspero e indiferente. Nada de eso en sus diez años, salvo lo de ese día.

—No, no soy de acá, soy de Tarma; llegué ayer...

—¡Ah! —exclamó Pedro, observándolo fugazmente—. ¿De Tarma, no?

—Sí, de Tarma ...

Habían dejado atrás el mercado, y estaban junto a la carretera. A medio kilómetro de distancia se alzaba el cerro del Agustino, el barrio de Junto al Cielo, según Esteban. Antes del viaje, en Tarma, se había preguntado: ¿iremos a vivir a Miraflores, al Callao a San Isidro, a Chorrillos, en cuál de esos barrios quedará la casa de mi tío? Habían tomado el ómnibus, y después de varias horas de pesado y fatigante viaje, arribaban a Lima. ¿Miraflores?, ¿La Victoria?, ¿San Isidro?, ¿Callao? ¿Adónde Esteban, adónde? Su tío había mencionado el lugar, y era la primera vez que Esteban lo oía nombrar. Debe ser algún barrio nuevo, pensó. Tomaron un auto y cruzaron calles y más calles. Todas diferentes pero, cosa curiosa, todas parecidas, también. El auto los dejó al pie de un cerro. Casas junto al cerro, casas en mitad de cerro, casas en la cumbre del cerro. Habían subido, y una vez arriba, junto a la choza que había levantado su tío, Esteban contempló a la bestia con un millón de cabezas. La “cosa” se extendía y se desparramaba, cubriendo la tierra de casa, calles, techos, edificios, más allá de lo que su vista podía alcanzar. Entonces Esteban había levantado los ojos, y se había sentido tan encima de todo —o tan abajo, quizá— que había pensado que estaba en el barrio de Junto al Cielo.

—Oye, ¿quisieras entrar en algún negocio conmigo? —Pedro se había detenido y lo contemplaba, esperando respuesta.

—¿Yo?... —titubeando, preguntó—. ¿Qué clase de negocio? ¿Tendría otro billete mañana?

—¡Claro que sí, por supuesto! —afirmó resueltamente.

La mano de Esteban acarició el billete, y pensó que podría tener otro billete más, y otro más, y muchos más. Muchísimos billetes más, seguramente. Entonces el “diez años” sería esa meta que siempre había soñado.

—¿Qué clase de negocios se puede, ah? —preguntó Esteban.

Pedro sonrió y explicó:

—Negocios hay muchos ... Podríamos comprar periódicos y venderlos por Lima; podríamos comprar revistas, chistes... —hizo una pausa y escupió con vehemencia. Luego dijo, entusiasmándose—: Mira, compraremos diez soles de revistas y los vendemos ahora mismo, en la tarde, y tenemos quince soles, palabra.

—¿Quince soles?

—¡Claro, quince soles! ¡Dos cincuenta para ti y dos cincuenta para mí! ¿Qué te parece, ah?

Convinieron en reunirse al pie del cerro dentro de una hora; convinieron en que Esteban no diría nada, ni a su madre ni a su tío: convinieron en que venderían revistas y que de la libra de Esteban, saldrían muchísimas otras.

Esteban había almorzado apresuradamente y le había vuelto a pedir permiso a su madre para bajar a la ciudad. Su tío no almorzaba con ellos, pues en su trabajo le daban de comer gratis, completamente gratis, como había recalcado al explicar su situación. Esteban bajó por el sendero ondulante, saltó la acequia y se detuvo al borde de la carretera, justamente en el mismo lugar en que había encontrado, en la mañana, el billete de diez soles. Al poco rato apareció Pedro, y empezaron a caminar juntos, internándose dentro de la bestia de un millón de cabezas.

—Vas a ver que fácil es vender revistas, Esteban. Las ponemos en cualquier sitio, la gente las ve y, listo, las compra para sus hijos. Y si queremos nos ponemos a gritar en la calle el nombre de las revistas, y así vienen más rápido... ¡Ya vas a ver qué bueno es hacer negocios!...

—¿Queda muy lejos el sitio? —preguntó Esteban al ver que las calles seguían alargándose casi hasta el infinito. Qué lejos había quedado todo lo que hasta hacía unos días había sido habitual para él.

—No, ya no. Ahora estamos cerca del tranvía, y nos vamos gorreando hasta el centro.

—¿Cuánto cuesta el tranvía?

—¡Nada, hombre! —y se rio de buena gana—. Lo tomamos no más y le decimos al conductor que nos deje ir hasta la plaza San Martín.





Más y más cuadas. Y los autos, algunos viejos, otros increíblemente nuevos y flamantes, pasaban veloces, rumbo sabe Dios dónde.

—¿Adónde va toda esa gente en auto?

Pedro sonrió y observó a Esteban. Pero ¿adónde iban realmente? Pedro no halló ninguna respuesta satisfactoria, y se limitó a mover la cabeza de un lado a otro. Más y más cuadas. Al fin terminó la calle, y llegaron a una especie de parque.

—¡Corre! —le gritó Pedro de súbito. El tranvía comenzaba a ponerse en marcha. Corrieron, cruzaron en dos saltos la pista y se encaramaron al estribo.

Una vez arriba se miraron, sonrientes. Esteban empezó a perder el temor, y llegó a la conclusión de que seguía siendo el centro de todo. La bestia de un millón de cabezas no era tan espantosa como había soñado, y ya no le importaba estar siempre, aquí o allá, en el centro mismo, en el ombligo mismo de la bestia.

Parecía que el tranvía se había detenido definitivamente esta vez. Después de una serie de paradas, todo el mundo se había levantado de sus asientos, y Pedro lo estaba empujando.

—Vamos, ¿qué esperas?

—¿Aquí es?

—Claro, baja.

Descendieron y otra vez a rodar sobre la piel de cemento de la bestia. Esteban veía más gente y las veía marchar —sabe Dios dónde— con más prisa que antes. ¿Por qué no caminaban tranquilos, suaves, con gusto, como la gente de Tarma?

—Después volvemos, y por estos mismos sitios vamos a vender las revistas.

—Bueno —asintió Esteban. El sitio era lo de menos, se dijo, lo importante era vender las revistas, y que la libra se convirtiera en varias más. Eso era lo importante.

—¿Tú tampoco tienes papá? —le preguntó Pedro mientras doblaban hacia una calle por la que pasaban los rieles del tranvía.

—No, no tengo... —y bajó la cabeza, entristecido. Luego de un momento, Esteban preguntó: —¿Y tú?



—Tampoco, ni papá ni mamá —Pedro se encogió de hombros y apresuró el paso. Después inquirió descuidadamente:

—¿Y al que le dices “tío”?

—Ah... él vive con mi mamá, ha venido a Lima de chofer... —calló, pero enseguida dijo:

—Mi papá murió cuando yo era un chico...

—¡Ah, caray!... ¿Y tu “tío”, qué tal te trata?

—Bien; no se mete conmigo para nada.

—¡Ah!

Habían llegado al lugar. Tras un portón se veía un patio más o menos grande, puertas, ventanas, y dos letreros que anunciaban revistas al por mayor.

—Ven, entra —le ordenó Pedro.

Estaban adentro. Desde el piso hasta el techo había revistas, y algunos chicos como ellos, dos mujeres y un hombre seleccionaban sus compras. Pedro se dirigió a uno de los estantes y fue acumulando revistas bajo el brazo. Las contó y volvió a revisarlas.

—Paga.

Esteban vaciló un momento. Desprenderse del billete anaranjado era más desagradable de lo que había supuesto. Se estaba bien teniéndolo en el bolsillo y pudiendo acariciarlo cuantas veces fuera necesario.

—Paga —repitió Pedro, mostrándole las revistas a un hombre gordo que controlaba la venta.

—¿Es justo una libra?

—Sí, justo. Diez revistas a un sol cada una.

Oprimió el billete con desesperación, pero al fin terminó por extraerlo del bolsillo. Pedro se lo quitó rápidamente de la mano y lo entregó al hombre.

—Vamos —dijo jalándolo.

Se instalaron en la plaza San Martín y alinearon las diez revistas en uno de los muros que circulaban el jardín. Revistas, revistas, revistas señor, revistas, señora, revistas, revistas. Cada vez que una de las revistas desaparecía con un comprador, Esteban suspiraba aliviado. Quedaban seis revistas, y pronto, de seguir así las cosas, no habría de quedar ninguna.

—¿Qué te parece, ah? —preguntó Pedro sonriente con orgullo.





—Está bueno, está bueno... —y se sintió enormemente agradecido a su amigo y socio.

—Revistas, revistas, ¿no quiere un chiste, señor?

El hombre se detuvo y examinó las carátulas. ¿Cuánto? Un sol cincuenta, no más... La mano del hombre quedó indecisa sobre dos revistas. ¿Cuál, cuál llevará? Al fin se decidió. Cóbrese. Y las monedas cayeron, tintineantes, al bolsillo de Pedro. Esteban se limitaba a observar, meditaba y sacaba sus conclusiones: una cosa era soñar, allá en Tarma, con una bestia de un millón de cabezas, y otra era estar en Lima, en el centro mismo del universo, absorbiendo y paladeando con fruición la vida.

Él era el socio capitalista, y el negocio marchaba estupendamente bien. "Revistas, revistas", gritaba el socio industrial, y otra revista más que desaparecía en manos impacientes. "¡Apúrate con el vuelto!", exclamaba el comprador. Y todo el mundo caminaba a prisa, rápidamente. ¿Adónde van que se apuran tanto?, pensaba Esteban.

Bueno, bueno, la bestia era una bestia bondadosa, amigable, aunque algo difícil de comprender. Eso no importaba; seguramente, con el tiempo, se acostumbraría. Era una magnífica bestia que estaba permitiendo que el billete de diez soles se multiplicara. Ahora ya no quedaban más que dos revistas sobre el muro. Dos nada más y ocho desparramándose por desconocidos e ignorados rincones de la bestia. Revistas, revistas, chistes a sol cincuenta, chistes... Listo, ya no quedaba más que una revista y Pedro anunció que eran las cuatro y media.

—¡Caray, me muero de hambre, no he almorzado! ... —prorrumpió luego.

—¿No has almorzado?

—No, no he almorzado... —observó a posibles compradores entre las personas que pasaban y después sugirió:

—¿Me podrías ir a comprar un pan o un bizcocho?

—Bueno —aceptó Esteban inmediatamente.

Pedro sacó un sol de su bolsillo y explicó:

—Esto es de los dos cincuenta de mi ganancia, ¿ya?

—Sí, ya sé.

—¿Ves ese cine? —preguntó Pedro señalando a uno que quedaba en la esquina. Esteban asintió—. Bueno, sigues por esa calle y a mitad de

cuadra hay una tiendecita de japoneses. Anda y cómprame un pan con jamón o tráeme un plátano y galletas, cualquier cosa, ¿ya, Esteban?

—Ya.

Recibió el sol, cruzó la pista, pasó por entre dos autos estacionados y tomó la calle que le había indicado Pedro. Sí, ahí estaba la tienda. Entró.

—Deme un pan con jamón —pidió a la muchacha que atendía.

Sacó un pan de la vitrina, lo envolvió en un papel y se lo entregó. Esteban puso la moneda sobre el mostrador.

—Vale un sol veinte —advirtió la muchacha.

—¡Un sol veinte!... —devolvió el pan y quedó indeciso un instante. Luego se decidió: —Deme un sol de galletas entonces.

Tenía el paquete de galletas en la mano y andaba lentamente. Pasó junto al cine y se detuvo a contemplar los atrayentes avisos. Miró a su gusto y luego prosiguió caminando. ¿Habría vendido Pedro la revista que le quedaba?

Más tarde, cuando regresara a Junto al Cielo, lo haría feliz, absolutamente feliz. Pensó en ello, apresuró el paso, atravesó la calle, esperó que pasaran los automóviles y llegó a la vereda. Veinte o treinta metros más allá había quedado Pedro. ¿O se había confundido? Porque ya Pedro no estaba en ese lugar, ni en ningún otro. Llegó al sitio preciso, y nada, ni Pedro, ni revista, ni quince soles, ni ... ¿Cómo había podido perderse o desorientarse? Pero ¿no era ahí donde habían estado vendiendo las revistas? ¿Era o no era? Miró a su alrededor. Sí, en el jardín de atrás seguía la envoltura de un chocolate. El papel era amarillo con letras rojas y negras, y él lo había notado cuando se instalaron, hacía más de dos horas. Entonces, ¿no se había confundido? ¿Y Pedro, y los quince soles, y la revista?

Bueno, no era necesario asustarse, pensó. Seguramente se había demorado, y Pedro lo estaba buscando. Esto tenía que haber sucedido, obligadamente. Pasaron los minutos. No, Pedro no había ido a buscarlo: ya estaría de regreso de ser así. Tal vez había ido con un comprador a conseguir cambio. Más y más minutos fueron quedando a sus espaldas. No, Pedro no había ido a buscar sencillo: ya estaría de regreso, de ser así. ¿Entonces?...





—Señor, ¿tiene hora? —le preguntó a un joven que pasaba.

—Sí, las cinco en punto.

Esteban bajó la vista, hundiéndola en la piel de la bestia, y prefirió no pensar. Comprendió que, de hacerlo, terminaría llorando, y eso no podía ser. Él ya tenía diez años, y diez años no eran ni ocho, ni nueve ¡Eran diez años!

—¿Tiene hora, señorita?

—Sí —sonrió y dijo con voz linda:

—Las seis y diez —y se alejó apresurada.

¿Y Pedro, y los quince soles, y la revista?... ¿Dónde estaban, en qué lugar de la bestia con un millón de cabezas estaban?... Desgraciadamente no lo sabía, y sólo, quedaba la posibilidad de esperar y seguir esperando...

—¿Tiene hora, señor?

—Un cuarto para las siete.

—Gracias...

¿Entonces?... Entonces, ¿ya Pedro no iba a regresar?... ¿Ni Pedro, ni los quince soles, ni la revista iban a regresar entonces?... Decenas de letreros luminosos se habían encendido. Letreros luminosos que se apagaban y se volvían a encender; y más y más gente sobre la piel de la bestia. Y la gente caminaba con más prisa ahora. Rápido, rápido, apúrense, más rápido aún, más, más, hay que apurarse muchísimo más, apúrense más... Y Esteban permanecía inmóvil, recostado en el muro, con el paquete de galletas en la mano y con las esperanzas en el bolsillo de Pedro... Inmóvil, dominándose para no terminar en pleno llanto.

Entonces, ¿Pedro lo había engañado?... ¿Pedro, su amigo, le había robado el billete anaranjado?... ¿O sería, más bien, la bestia con un millón de cabezas la causa de todo?... ¿Y acaso no era Pedro parte integrante de la bestia?...

Sí y no. Pero ya nada importaba. Dejó el muro, mordisqueó una galleta y, desolado, se dirigió a tomar el tranvía.

Enrique Congrains Martín

# El trompo

I

Sobre el cerro San Cristóbal la neblina había puesto una capota sucia que cubría la cruz de hierro. Una garúa de calabobos se cernía entre los árboles lavando las hojas, transformándose en un fango ligero y descendiendo hasta la tierra que acentuaba su color pardo. Las estatuas desnudas de la Alameda de los Descalzos se chorreaban con el barro formado por la lluvia y el polvo acumulado en cada escorzo. Un policía, cubierto con su capote azul de vueltas rojas, daba unos pasos aburridos entre las bancas desiertas, sin una sola pareja, dejando la estela fumosa de su cigarro. Al fondo, en el convento de los frailes franciscanos se estremecía la débil campanita como un son triste.

En esa tarde todo era opaco y silencioso. Los automóviles, los tranvías, las carretillas repartidoras de cervezas y sodas, los “colectivos”, se esfumaban en la niebla gris-azulada y todos los ruidos parecían lejanos. A veces surgía la estridencia característica de los neumáticos rodando sobre el asfalto húmedo y sonoro, y surgía también solitario y escuálido, el silbido vagabundo del transeúnte invisible. Esta tarde se parecía a la tarde del vals sentimental y huachafo que, hace muchos años, cantaban los currutacos de las tiorbas:

¡La tarde era triste, la nieve caía!...

Por la acera izquierda de la Alameda iba Chupitos, a su lado el cholo Feliciano Mayta. Chupitos era un zambito de diez años, con ojos vivísimos sombreados por largas pestañas y una jeta burlona que siempre fruncía con estrepitoso sorbo. Chupitos le llamaron desde que un día, hacía un año más o menos, sus amigos le encontraron en la puerta de la botica de San Lázaro pidiendo:

—¡Despáchabame esta receta!...

Uno de los ganchos, Glicerio Carmona, le preguntó:

—¿Quién está enfermo en tu casa?





—Nadies... Soy yo que me ha salido unos chupitos... Y con “Chupitos” quedó bautizado el mocoso que ahora iba con Feliciano, Glicerio, el bizco Nicasio, Faustino Zapata, pendencieros de la misma edad que vendían suertes o pregonaban crímenes, ávidamente leídos en los diarios que ofrecían. Cerraba la marcha Ricardo, el famoso Ricardo que, cada vez que entraba a un cafetín japonés a comprar un alfajor o un comeycalla, salía, nadie sabía cómo, con dulces o bizcochos para todos los feligreses de la tira:

—¡Pestaña que tiene uno, compadre!

Gran pestaña, famosa pestaña que un día le falló, desgraciadamente, como siempre falla, y que costó una noche íntegra en la comisaría de donde salió con el orgullo inmenso de quien tiene la experiencia carcelera que él sintetizaba en una frase aprendida de una crónica policial:

—Yo soy un avezado en la senda del crimen...

El grupo iba en silencio. El día anterior, Chupitos había perdido su trompo, jugando a la “cocina” con Glicerio Carmona, ese juego infame y taimado, sin gallardía de destreza, sin arrogancia de fuerza. Un juego que consiste en ir empujando el trompo contrario hasta meterlo dentro de un círculo, en la “cocina”, en donde el perdidoso tiene que entregar el trompo cocinado a quien tuvo la habilidad rastrera de saberlo empujar.

No era ese un juego de hombres. Chupitos y los otros sabían bien que los trompos, como todo en la vida, deben pelearse a tajos y a quiñes, con el puñal franco de las púas sin la mujeril artería del evangelio. El pleito tenía siempre que ser definitivo, con un triunfador y un derrotado, sin prisionero posible para el orgullo de los mulatos palomillas.

Y, naturalmente, Chupitos andaba medio tibio por haber perdido su trompo. Le había costado veinte centavos y era de naranjo. Con esa ciencia sutil y maravillosa que solo poseen los iniciados, el muchacho había acicalado su trompo así como su padre acicalaba sus ajisecos y sus giros, sus cenizos y sus carmelos, todos esos gallos que eran su mayor y su más alto orgullo. Así como a los gallos se les corta la cresta para que el enemigo no pueda prenderse y patear a su antojo, así Chupitos le cortó la cabeza al trompo, una especie de perrilla que no servía para nada; lo fue puliendo, nivelando y dándole cera para hacerlo más resbaladizo y le cambió la innoble púa de garbanzo, una púa roma y cobarde, por la púa de clavo afilada y brillante como una de las navajas que su padre amarraba a las estacas de sus pollos peleadores.

Aquel trompo había sido su orgullo. Certero en la chuzada, Chupitos nunca quedó el último, y, por consiguiente, jamás ordenó cocina, ese juego zafio de empellones. ¡Eso nunca! Con los trompos se juega a los quiñes, a rajar al chantado y sacarle hasta la contumelia que en, en lengua faraona, viene a ser algo así como la vida. ¡Cuántas veces su trompo, disparado con su fuerza infantil, había partido en dos al otro que enseñaba sus entrañas compactas de madera, la contumelia destrozada! Y cómo se ufanaba entonces de su hazaña con una media sonrisa, pero sin permitirse jamás la risotada burlona que habría humillado al perdedor:

—Los hombres cuando ganan, ganan. Y ya está.

Nunca se permitió una burla. Apenas la burla presuntuosa que delataba el orgullo de su sabiduría en el juego, y, como la cosa más natural del mundo, volver a chuzar para que otro trompo se chantase y rajarlo en dos con la infalibilidad de su certeza. Solo que el día anterior, sin que él se lo pudiese explicar hasta este instante, cayó detrás de Carmona. ¡Cosas de la vida! Lo cierto es que tuvo que chantarse, y el otro, sin poder disimular su codicia, ordenó rápidamente por las ganas que tenía de quedarse con el trompo hazañado de Chupitos:

—¡Cocina!

Se atolondró la protesta del zambito:

—¡Yo no juego a la cocina! Si quieres a los quiñes...

La rebelión de Chupitos causó un estupor inenarrable en el grupo de los palomillas. ¿Desde cuándo un chantado se atrevía a discutir al prima? El gran Ricardo murmuró con la cabeza baja mientras enhuaracaba su trompo:

—Tú sabes, Chupitos, que el que manda, manda, así es la ley...

Chupitos, claro está, ignoraba que la ley no es siempre la justicia, y viendo la desaprobación de la tira de sus amigotes, no tuvo más remedio que arrojar su trompo al suelo y esperar, arrimado a la pared con la huaraca enrollada en la mano, que hicieran con su juguete lo que les daba la gana. ¡Ah, de fijo que le iban a quitar su trompo!... Todos aquellos compadres sabían lo suficiente para no quemarse ni errar un solo, tiro y el arma de su orgullo iría a parar al fin en la cocina odiosa, en esa cocina que la avaricia y la cobardía de Glicerio Carmona había ordenado para apoderarse del trozo de naranjo torneado, en que el





zambito fincaba su viril complacencia de su fuerza. Y, sin decirlo naturalmente, sin pronunciar las palabras en alta voz, Chupitos insultó espantosamente a Carmona pensando:

—¡Chontano tenía que ser!

Los golpes se fueron sucediendo y sucediendo hasta que, al fin, el grito de júbilo de Glicerio anunció el final del juego:

—¡Lo gané!

Sí, ya era suyo, y no había poder humano que se lo arrebatase. Suyo, pero muy suyo, sin apelación posible, por la pericia mañosa de su juego. Y todos los amigos le envidiaban el trompo que Carmona mostraba en la mano exclamando:

—Ya no juego más...

## II

¡Pero qué mala pata, Chupitos! Desde chiquito la cosa había sido de una pata espantosa. El día que nació, por ejemplo, en el callejón de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, una vecina dejó sobre un trapo la plancha ardiente, encima de la tabla de planchar, y el trapo y la tabla se encendieron y el fuego se extendió por las paredes empapeladas con carátulas de revistas. Total: casi se quema el callejón. La madre tuvo que salir en brazos del marido y una hermana de este alzó al chiquillo de la cuna. A poco, los padres tuvieron que entregarlo a una vecina para que lo lactara, no fuera que el susto de la madre se lo pasara al muchacho. Luego fue creciendo en un ambiente “sumamente peleador”, como decía él, para explicar esa su pasión por las trompeaduras. ¿Qué sucedía? Que su madre, zamba engreída, había salido un poco volantusa, según la severa y acaso exagerada opinión de la hermana del marido, porque volantusería era, al fin y al cabo, eso de demorarse dos horas en la plaza del mercado y llegar a la casa, a los dos cuartos del callejón humilde, toda sofocada y preguntando por el marido:

—¿Ya llegó Demetrio?

Hasta que un día se armó la de Dios es Cristo y mueran los moros y vivan los cristianos. Chupitos tenía siete años, y se acordaba de todo. Sucedió que un día su mamá llegó con una oreja muy colorada y el revuelto pelo mal arreglado. El marido hizo la clásica pregunta:

—¿Adónde has estado?... La comida está fría y yo... ¡espera que te espera! A ver, vamos a ver...

Y, torpemente, sin poder urdir la mentira tan clásica como la pregunta, la zamba había respondido rabiosamente:

—¡Caramba! Ni que fuera una criminal...

Arguyó la impaciencia contenida del marido:

—Yo no digo que tú eres una criminal. Lo que quiero es saber adónde has estado. Nada más.

—En la esquina.

—¿En la esquina? ¿Y qué hacías en la esquina?

—Estaba con Juana Rosa...

Y dando una media vuelta que hizo revolar la falda, se fue a avivar los tizones y recalentar la carapulcra. La comida fue en silencio. Chupitos no se atrevía a levantar las narices del plato y el padre apuraba, uno tras otro, largos vasos de vino. Al terminar, el zambo se lio la bufanda al cuello, se terció la gorra sobre una oreja y, encendiendo un cigarrillo, salió dando un portazo.

La mujer no dijo ni chus ni mus. Vio salir al marido y adivinó adónde iba: ¡a hablar con Juana Rosa! Y entonces, sin reflexionar en la locura que iba a cometer, se envolvió en el pañolón, ató en una frazada unas cuantas ropas y salió también de estampida dejando al pobre Chupitos, que, de puro susto, se tragaba unas lágrimas que le desbordaban los ojazos ingenuos sin saber el porqué. A medianoche regresó el marido con toda la ira del engaño avivada por el alcohol; abrió la puerta de una patada y rabió la llamada:

—¡Aurora!

Le respondió el llanto del hijo:

—Se fue, papacito...

El zambo entonces guardó con lentitud el objeto de peligro que le brillaba en la mano y murmuró con voz opaca:

—Ah, se fue, ¿no?... Si tenía la conciencia más negra que su cara... ¡Con Juana Rosa!... ¡Yo le voy a dar Juana Rosa!...

Su hermana había tenido razón: Aurora fue siempre una volantusa... No había nada qué hacer. Es decir, sí, sí había qué hacer: romperle la cara, marcarla duro y hondo para que se acordara siempre de su





tamaño ofensa. Allá, en la esquina, se lo habían contado todo, y ya sabía lo que mejor hubiese ignorado siempre: esa oreja enrojecida, ese pelo revuelto, era el resultado de la rabia del amante que la zamaqueó rudamente por sabe Dios, o el diablo, qué discusión sin vergüenza... Ah, no solo había habido engaño sino que, además, había otro hombre que también se creía con derecho de asentarle la mano... No, eso no: los dos tenían que saber quién era Demetrio Velásquez... ¡Claro que lo iban a saber!

Y lo supieron solo que, después, Demetrio estuvo preso quince días por la paliza que propinó a los mendaces. Y quien en buena cuenta pagó el plato, fue el pobre Chupitos, que se quedó sin madre y con el padre preso, mal consolado por la hospitalidad de la tía, la hermana de Demetrio, que todo el día no hacía sino hablar de Aurora.

—Zamba más sinvergüenza... ¡Jesús!

Cuando el padre volvió de la prisión el chiquillo le preguntó llorando:

—¿Y mi mamá?

El zambo arrugó sin piedad la frente:

—¡Se murió!... Y... ino llores!

El muchacho lo miró asombrado, sin entender, sin querer entender, con una pena y con un estupor que le dolían malamente en su alma huérfana. Luego se atrevió:

—¿De veras?

Tardó unos instantes el padre en responder. Luego, bajando la cabeza y apretándose las manos, murmuró sordamente:

—De veras. Mujeres con quiñes, como si fueran trompos... ¡Ni de vainas!

### III

Fue la primera lección que aprendió Chupitos en su vida: mujeres con quiñes, como si fueran trompos, ¡ni de vainas! Luego los trompos tampoco debían tener quiñes...No, nada de lo que un hombre posee, mujer o trompo —juguetes— podía estar maculado por nadie ni por nada. Que si el hombre pone toda su complacencia y todo su orgullo en la compañera o en juego, nada ni nadie puede ganarle la mano. Así es la cosa, y no puede ser de otra guisa. Esa es la dura ley de los hombres y la justicia dura de la vida.

Y no lo olvidó nunca. Tres años pasaron desde que el muchacho se quedara sin madre, y, en esos tres años, sin más compañía que el padre, se fue haciendo hombre, es decir, fue aprendiendo a luchar solo, a enfrentarse a sus propios conflictos, a resolverlos sin ayuda de nadie, solo por la sutileza de su ingenio criollo o por la pujanza viril de sus puños palomillas. En las tiendas de gallos, mientras sostenía al chuzo desplumado que servía de señuelo a los gallos que su padre adiestraba, aprendió ese arte peligroso de saber pelear, de agredir sin peligro y de pegar siempre primero.

Ahora tenía que resolver la dura cuestión que le planteaba la codicia del cholo Carmona: ¡había perdido su trompo! Y aquella misma tarde de la derrota regresó a su casa para pedir a su padre después de la comida:

—Papá, regáleme treinta centavos, ¿quiere?

—¿Treinta centavos? Come tu ajiaco y cállate la boca.

El muchacho insistió levantando las cejas para exagerar su pena:

—Es que me ganaron mi trompo, y tengo que comprarme otro.

—¿Y para qué te lo dejaste ganar?

—¿Y qué iba a hacer?

La lógica paterna:

—No dejártelo ganar...

Chupitos explicaba alzando más las cejas:

—Fue Carmona, papá, que mandó cocina, y como tuve que chantarme... Déme los treinta chuyos, ¿quiere?...

En la expresión y en la voz del muchacho el padre advirtió algo inusitado, una emoción que se mezclaba con la tristeza de una virilidad humillada y con la rabia apremiante de una venganza por cumplir. Y, casi sin pensarlo, se metió la mano en el bolsillo y sacó los tres reales pedidos:

—Cuidado con que te ganen otro.

El muchacho no respondió. Después de echar la cantidad inmensa de azúcar en la taza de té, bebió resoplando.

—¡Caray con el muchacho! ¡Te vas a sancochar el hocico! —rezongó la tía





El zambito, sin responder, bebía y bebía, resopló al terminar, se limpió los belfos con el dorso de la mano y salió corriendo:

—¿Adónde vas?

—¡A la chingana de la esquina!

Llegó acezando a la pulpería en donde el chino despachaba impasible a la luz amarilla del candil de kerosene:

—Oye, idame ese trompo!

Y señalaba uno, más chico que el anterior, también de naranjo, con su petulante cabecita y su vergonzante púa de garbanzo. Pagó veinte centavos y compró un pedazo de lija con qué pulir el arma que le recuperase al día siguiente el trompo que fue su orgullo y la envidia de toda la tira del barrio.

Por la mañana se levantó temprano y temprano fue al corral. Allí escogió un clavo y comenzó toda la larga operación de transformar el pacífico juguete en un arma de combate. Le quitó la púa roma, y con el serrucho más fino que su padre empleaba para cortar los espolones de sus gallos le cortó la cabeza inútil. Luego con la lija pulió el lomo y fue desgastando el contorno para hacerlo invulnerable. Dos horas estuvo afilando el clavo para hacer la púa de pelea, como las navajas de los gallos, y le robó un cabito de vela para encerarlo. Terminada la operación, enrolló el trompo con la huaraca, la fina cuerda bien manoseada, escupió una babita y lo lanzó con fuerza en el centro de la señal. Y al levantarlo, girando como una sedita, sin una sola vibración, vio con orgullo cómo la púa de clavo le hacía sangrar la palma rosada de su mano morena:

—¡Ya está! ¡Ahora va a ver ese cholo currupantioso!

#### IV

¡La tarde era triste, la nieve caía!...

En Lima, gracias a Dios, no hay nieve que caiga ni ha caído nunca. Apenas esa garúa finita de calabobos, como dije al principio de este relato, chorreando su fanguito de las hojas de los árboles, morenizando el mármol de las estatuas que ornán la Alameda de los Descalzos. Allá iban los amigotes del barrio a chuzar esa partida en que Chupitos había puesto todo su orgullo y su angustiada esperanza:

—¿Se lo ganaré a Carmona?...



Al principio, cuando Mayta, por sugerencia del zambito, propuso la pelea de los trompos, el propio Chupitos opinó que en esa tarde, con tanta lluvia y tanto barro, no se podría jugar. Y como lo presumió, Carmona tuvo la mezquindad de burlarse:

—Lo que tienes es miedo de que te quite otro trompo.

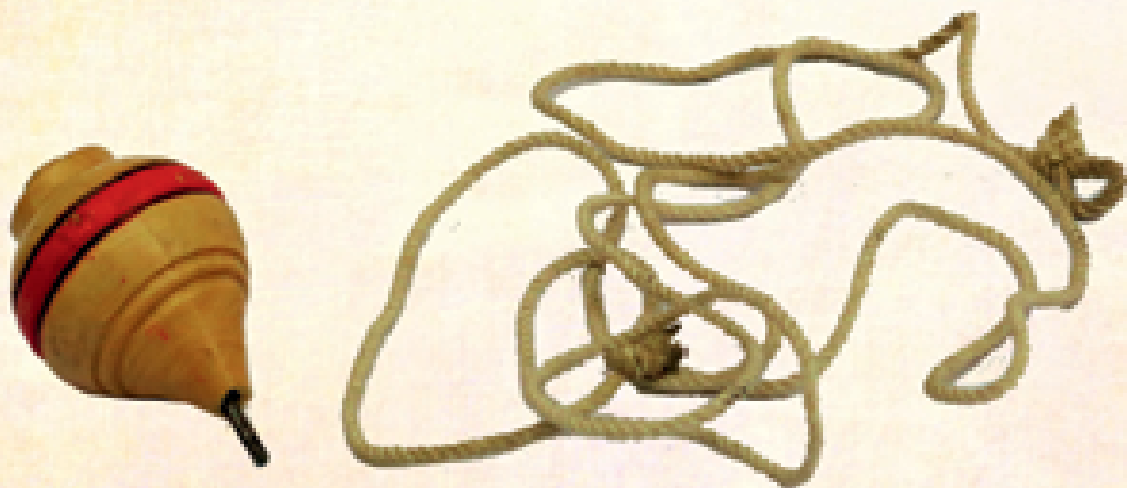
—¿Yo miento? No seas...

—Entonces, ¿vamos?

—Al tiritito.

Y fueron al camino que conduce a la Pampa de Amancaes, que todavía tiene, felizmente, tierra que juegan los palomillas. Carmona se apresuró a escupir la babita alrededor de la cual todos formaron un círculo. Mayta disparó primero, luego Ricardo, después Faustino Zapata. Carmona midió la distancia con la piola, adelantó el pie derecho, enhuacó con calma y disparó solo que fue carrera de caballo y parada de borrico porque cayó el último. Chupitos disparó a su vez; inexplicablemente para él, su púa se hincó detrás de la marca de Ricardo, quien resultó prima. Desgraciadamente, así, en público, el muchacho no pudo sugerirle que mandase la cocina con que habría recuperado su trompo, y Ricardo mandó:

—¡Quiñes!





El trompo que ahora tenía Carmona, el trompo que antes había sido de Chupitos, se chantó ignominiosamente: ¡en sus manos jamás se habría chantado! Y allí estaba estúpido e inerte, esperando que las púas de los otros trompos se cebaran en su noble madera de naranjo. Y los golpes fueron llegando: Mayta le sacó una lonja y Faustino le hizo los quiñes de emparada. Hasta que al fin le llegó el turno a Chupitos. ¿Qué podría hacer?

¡Los trompos con quiñes, como las mujeres, ni de vainas!... Nunca sería el suyo ese trompo malamente estropeado ahora por la ley del juego que tanto se parece a la ley de la vida... Lenta, parsimoniosamente, Chupitos comenzó a enhuaracar su trompo para poner fin a esa vergüenza. Ajustó ahora la piola y pasó por la púa el pulgar y el índice mojados en saliva; midió la distancia, alzó el bracito y disparó con toda su alma. Una sola exclamación admirativa se escuchó:

—¡Lo rajaste!

Chupitos ni siquiera miró el trompo rajado: se alzó de hombros y abandonando junto al viejo el trompo nuevo, se metió las manos en los bolsillos y dio la espalda a la tira murmurando:

—Ya lo sabía...

Y se fue. Los muchachos no se explicaban por qué los dos trompos allí, tirados, ni por qué se iba pegadito a la pared. De pronto se detuvo. Sus amigos que lo miraban marchar con la cabecita gacha pensaron que iba a volver, pero Chupitos sacó del bolsillo el resto del clavo que le sirviera para hacer la segunda púa de combate, y, arañando la pared, volvió a emprender su marcha hasta que se perdió, solo, triste e inútilmente vencedor, tras la esquina esa en que, a la hora de la tertulia, tanto había ponderado al viejo trompo partido ahora por su mano:

—¡Más legal, te digo!... ¡De naranjo purito!

José Diez Canseco Pereyra



# La hormiga que quería ser escritora

**E**ra una hormiga muy pequeña, insignificante si se la comparaba con los demás animales de la tierra. Pero era muy voluntariosa.

Quería ser escritora, pero sus demás amigos, que habían tenido también sus mismos deseos, arrepentidos ahora, mucho la habían tratado de desanimar. La hormiga los escuchó con paciencia, pero no les hizo caso. Ella, obstinada, quería ser escritora.

—Pues, si quieres serlo, mira esa pesada roca —le aconsejó una anciana hormiga de mucha experiencia, señalándole una enorme peña en la orilla del camino.

—¡Guau! —exclamó la hormiga que quería ser escritora—. ¡A mi lado es del tamaño de una montaña!

—Si quieres ser escritora tendrás que levantarla para que llegues a descubrir la cueva que ella oculta. Si lo logras, se te abrirán ante los ojos las cosas más maravillosas que jamás has imaginado. ¡Allí se guardan las experiencias, las sabidurías y los sueños de los más grandes escritores! —explicó emocionada la vieja hormiga, acariciándose la blanca barba.

—¡Claro que sí moveré esa montaña! —sin dudar dijo la pequeña hormiga.

—¿Estás segura? ¿Estás muy segura de que lo harás?

—¡Espera y verás! —le dijo impaciente la hormiga que quería ser escritora.

—Calma, entonces —la serenó la vieja hormiga—. Permíteme ayudarte. Toma, recibe estas cuatro bolsitas.

—¿Qué son? ¿Qué contienen?

La vieja hormiga le dijo:

—Las utilizarás cuando estés en apuros. La primera contiene rocíos de





“Ingenio y Astucia”; la segunda, rocíos de “Fuerza y Perseverancia”, la tercera, rocíos de “Autenticidad y Espejo de sí mismo”; y la cuarta, rocíos de “Experiencia”.

La vieja hormiga se fue, y la hormiga que quería ser escritora quedó sola, muy sola.

Y se enfrentó ante la roca, iera grande y seguramente más pesada de lo que había imaginado!; pero, sin embargo, no se desanimó.

Iba intentar levantarla a un lado, cuando una enorme culebra se enaromó sobre la roca y se enroscó ahí para solearse.

—¡Sal de la roca, culebra! —le gritó.

La culebra alzó la cabeza para ver quién la molestaba y se rio burlona al ver que era una pequeña criatura.

—¿Y para qué quieres que salga?

—Para levantar y apartar la roca sobre la que tú estás. Tu peso es un obstáculo sobre otro obstáculo; pero, si tú sales, estoy segura de poder alzarla. ¡Vete ya!

La culebra carcajeó y se enroscó más.

—Pues ino quiero salir! Yo aquí estoy muy bien bajo el sol tan agradable —dijo y cerrando los ojos se preparó para dormir—. Además. ¿por qué tú, una miserable hormiga, tienes tanto interés en apartar esta roca tan grande?

—¡Porque quiero ser escritora! —respondió la pequeña—. Y al apartar la roca me veré ante una cueva. Mis ojos se llenarán de cosas maravillosas. Y tendré experiencia y sabiduría.

La culebra entonces abrió los ojos para ver a la hormiga con mucho respeto. Sin duda estaba ante un insecto interesante. Pero dijo:

—Bah, ivete y déjame dormir! Además ¿qué podrías hacerme si no lo hago? —y se quedó dormida.

—¿Ah, sí? —exclamó molesta la hormiga—. Pues te las verás conmigo.

Y se dispuso a luchar: Pero ¿cómo podría luchar una pequeñísima hormiga contra una enorme culebra, por lo demás indiferente e ignorante? Recordó las bolsitas, y abrió la primera, de la que bebió una gotita de rocío, y, con gran astucia, escaló sobre la cima de la montaña.



Segura de que iba a ganar porque se tenía mucha fe, con gran ingenio picó en la cola de la culebra. La enroscada gritó y saltó en el aire como si la estuvieran comiendo viva:

—¡Ay! —se dolió—. ¿Quién es el gigante invisible que me quiere tragar entera?

Y escapó de la roca saltando como un rayo, alejándose para jamás volver. La hormiga volvió a colocarse delante de la roca, pero cuando intentó otra vez alzarla apareció un gavián y se posó sobre la cima.

—¡Gavián, sal de la roca! —se molestó la hormiga.

Era un gavián de pico filoso y garras grandes y duras como el acero.

—¿Y para qué quieres que salga? —le respondió.

—Porque quiero ser escritora —contestó orgullosa la hormiga.

—El gavián la miró con atención y con mucha envidia, y le dijo:

—Ah, yo también quise ser escritor, ¡siendo un señor gavián! Pero nunca lo he sido, aunque ves mi prestancia, la belleza de mis plumas y mi vuelo maravilloso, no sé por qué. Pero tú, insecto despreciable, qué lo vas a ser.

—Eres el peso que está demás en la roca que estoy por levantar —le indicó la hormiga—. Si sales, estoy segura de alzarla.

—¿Y para qué quieres moverla?

—La roca cubre la entrada a una cueva. Si logro ingresar, mis ojos se llenarán de cosas maravillosas, y obtendré experiencia y sabiduría.

El gavián le tuvo odio y, soberbio, acrecentó su envidia:

—Pues, si es así, ¡no saldré! Si yo gozo de la libertad y de los cielos del universo y además de ser ave de plumaje espléndido, y no he podido ser escritor, ¡tú tampoco lo serás!... Y vete, que te podría aplastar, si yo quisiera bajo mis garras. Además, ¿qué guerra podrías darme si no salgo? —dijo y, en un gesto de amenazante poder, batió airoso las alas.

—¿Ah, sí? —reclamó con gran valor la hormiga—. ¡Pues te las verás conmigo!

El duelo ya estaba pactado, pero no bien aceptó el reto la hormiga, el poderoso viento surgido de las alas del gavián, con gran menosprecio, la arrojó lejos, por los aires.

“Por lo visto, este gavián es soberbio y envidioso”, meditó la hormiga. Y sacando la segunda bolsita bebió su rocío.





Al verla volver, “qué terca”, dijo el gavián y, agitando sus alas, nuevamente hizo un gran viento. Y hecho esto quedó dormido, creyendo que aquel ridículo insecto ya no molestaría.

El gran viento, para la hormiga, fue como una tempestad, pero perseverando sacó fuerzas y se agarró bien con sus patitas para seguir avanzando.

Con mucha paciencia subió sobre un arbusto que había al lado de la roca, encaramó sus ramas y se descolgó de una hoja sobre la cabeza del gavián. Era de color tierra y no tan bello como el mismo gavián decía. Con sigilo ingresó a uno de sus oídos, y ya dentro gritó:

—¡Te dije que te fueras, feo gavián! ¡Y bien te lo advertí! — y testaruda, picándole ahí, en el pequeño agujero, dijo—: ¡Vete! ¡Lárgate ya!

El gavián saltó en el aire creyendo que acaso le había picado una avispa, pero no viendo a nadie exclamó:

—¡Ay! —gritó acobardado y quejándose—. ¿Cuál será esa fiera tan grande e invisible que habrá querido devorarme, empezando por mi cabeza?

Y elevó el vuelo para jamás volver.

La hormiga saltó a la roca, descendió de ella y se enfrentó luego bajo su enormidad, disponiéndose nuevamente a levantarla. Pero, antes de realizar el esfuerzo, un alacrán con mucha parsimonia escaló sus paredes y se posó en la cima.

Sin desalentarse, y, por el contrario, volviendo a mostrar paciencia, la hormiga otra vez insistió:

—¡Alacrán, por favor, aléjate de la roca!

El alacrán, que era brillante como el sol, alzó el aguijón amenazante y ponzoñoso, y mirando con el mayor desdén a la hormiga preguntó:

—¿Y para qué demonios quieres tú que yo salga?

—Porque quiero ser escritora —contestó esta vez con humildad—. Y si tú sales, yo podré levantar la roca. Y entonces ingresaré a la cueva, mis ojos verán cosas maravillosas y adquiriré experiencias y sabiduría para mi oficio.

El alacrán, extrañamente, se interesó en verdad por lo que oyó; miró y remiró desde lo alto a la hormiga y le dijo:



—Qué curioso. Sin embargo, a mí me gustan tanto las lecturas. ¡Y gozo con criticar! Pero, es más, sin haberte leído, ¡ya no me gusta tu obra! Eres fea, hormiga, y no me caes bien. ¡Nunca saldré! Y considérame desde hoy tu mayor obstáculo. ¿Y quieres saber por qué? Muy bien, pues: ¡mira, mira este aguijón donde guardo mi ponzoña!

—No temo —lo amenazó la hormiga—. Tendré entonces que enfrentarte.

—Ni lo intentes. Si me muevo será solo para devorarte, despreciable criatura. Además, ¿qué podrías hacerme? ¡Me dan risa tus amenazas! Vete y déjame dormir.

¡Ah, sí! —aceptó el reto la hormiga—. ¡Pues te las verás conmigo! —pero, reflexionó: “¿cómo podría vencerlo?”.

Con paciencia y segura de sus habilidades, la hormiga volvió a escalar el arbusto, encaramó la alta rama justo sobre el gran tórax donde estaban los ojos del alacrán y, soltando el rocío de la tercera bolsita, ¡chas!, le mojó la visión.

El alacrán, que dormitaba, despertó empapado, y viéndose por primera vez a sí mismo, como ante un espejo.

—¡Ay! —gritó—. ¡Qué ridículo y detestable ser! ¡Cómo leo la más profunda envidia y frustración de artista en sus ojos. ¡Morirás por asustarme. ¡Toma y toma! ¡Prueba de mi aguijonazo maligno!

Saltó el alacrán de la roca y se hundió por la maleza, quejándose:

—¡Ay, ¡ay!, ¡ay! —y así, sin dejar de picarse, desapareció.

Y cuando por fin sola la hormiga que quería ser escritora se vio ante la enorme roca, antes de intentar alzarla, se dijo:

—¡Pero caray! Tanto esfuerzo para llegar a este final, para de nuevo encontrarme con este, el más grande obstáculo, puesto que la piedra no podría oírme si yo le hablara que salga por ella sola... Pero, no me acobardo. ¡La levantaré y llegaré a la cueva!

Sin embargo, apareciendo un grillo, nada agresivo, se impresionó al ver a la hormiga en actitud de querer alzar la roca.

—Te he estado observando desde un inicio —le dijo el grillo—; y sé que quieres ser escritora. Es admirable, pero ¿puedo verte en este último esfuerzo?





—Sí —le respondió la hormiga—: con tal de que no intentes desalentarme. Tendría que luchar también contra ti, y no quisiera.

—Oh, no, yo admiro a los escritores —dijo el grillo—, y no te interrumpiré en tu destino. Sigue.... aunque, no lo olvides, te queda aún una bolsita.

—¡La de la experiencia! ¡Cierto! —se alegró la hormiga y tomó su contenido.

La hormiga, entonces, sujetó la enorme piedra, alta y pesada como podría ser un edificio de cinco pisos, pero pujó y hábilmente experta, poniendo duras y tensas las patitas, apretó las uñas firmemente en la roca; y luego, ¡increíble!, ¡el edificio de roca se movió y fue levantado en peso!

Con fácil naturalidad la hormiga que quería ser escritora, hizo a un lado la roca ¡y apareció la cueva! Era una enorme biblioteca. ¡Eran los libros más hermosos! ¡Los títulos más bellos!

La hormiga que quería ser escritora no cabía en ella de tanta alegría.

El grillo, no obstante, quedó perplejo:

—No puede ser —le dijo a la hormiga—; yo creí que habías llegado al final, ¡y tienes que leer todos estos libros!

Feliz la hormiga, ya diestra en resolver tantos problemas, le respondió:

—Pues me alegro que sea así. Que todo fin sea también el principio de un camino. Todos ellos me llevarán a mi destino, lo sé, ¡y seré escritora!

—Sin duda que ya lo eres —le dijo llegando a la cueva aquella vieja hormiga de la barba blanca—; porque has sabido vencer todos los obstáculos que se te presentaron.

—Las cuatro bolsitas mágicas me ayudaron, ¡gracias a usted! —le dijo la hormiga joven.

La hormiga anciana le contestó:

—¿Qué cuatro bolsitas mágicas? ¡No tenían nada, solo rocío, agua y aire! ¡Y nada más! ¡Todo salió de ti: fue el poder de tu hermosa imaginación!

Cronwell Jara Jiménez



# Un árbol

**M**aravillosa obra que nos enuncia cómo valorar al hombre, aprender de la naturaleza, amar todo cuanto habita en ella y la manera de acercarnos a Dios.

I

Era un hombre.

Había nacido como nace la vida. Como la planta que emerge de la tierra. Como brota el arroyo al pie de la montaña.

Había nacido del amor humilde y campesino. ¡Como decir un árbol!

Tenía una dulce tristeza en la mirada. ¡Y sus palabras eran palomas que caían por el peso de sus alas!

Jamás le vi en sus ojos una lágrima.

Él lloraba hacia adentro de sí mismo.

Se defendió en la vida a sangre abierta.

Y no tuvo más bandera que la humilde claridad de su sonrisa.

Esa misma sonrisa que iluminó su rostro la primera vez que se miró en mis ojos.

¡Sonrisa que no se congeló en los dedos de la Muerte, y que seguirá encendida hasta que no queden de él sino sus huesos para flautas del Viento y de la Luna!

¡Su voz de semilla, que él tomó de la tierra, no me abandonará mientras se pinten de verde los campos y los valles!

Sus dictados de amor los da el amanecer.

Y su arenga me llega en las estrellas que multiplica el cielo.

¡Así era mi Padre!

Y lo recuerdo para que no se quede, ni un solo día, sin flores en sus manos que el silencio está llevando, de uno a otro lugar, como si en ellas pretendiera sustentar su presencia...





## II

Amaba a mi Madre.

Alguna vez le vi hablándole al oído con ternura infinita.

No sé qué le diría. Pero la respuesta de ella fue una dulce sonrisa que creció hasta estallar en llanto.

Entonces, se abrazó a él y lo besó incansable.

Fue la primera vez que tuve la sensación de que mi Madre era la autora del amanecer, porque mientras ella lloraba la luz del nuevo día nos inundó a nosotros y a las cosas...

¡Afuera llovía silenciosamente!

¡Los pájaros cantaban desde todas las alturas hechas árboles!

## III

Cuando se fue mi Madre aprendí a conocerlo más íntimamente.

Antes, él trabajaba de noche y día para darnos el pan.

Ahora su trabajo era oración cotidiana de homenaje a la ausente.

Desde que ella murió, las manos de mi padre parecían rezar cuando abrían la tierra.

Las manos de mi padre rezaban en los surcos al encargarles la sublime esperanza de las nuevas semillas...

Muchas veces lo vi arrodillado junto a las plantas acabadas de nacer.

Y le oí pronunciar palabras tan dulces que repetían las flores y eran por eso cada vez más bellas y más perfumadas.

## IV

Una y otra tarde lo sorprendí, junto al arroyo cristalino, diciéndole tales cosas que hacían de sus aguas la música soñando por la tierra.

Se detenía junto a cada uno de sus árboles que había sembrado con sus manos agrarias heredadas; por eso quizá nuestros huertos daban más frutos cada año.

¡Mi Padre recogía las cosechas como si se tratara de los frutos de Dios!

## V

Nunca tuvimos tierras propias. Pero él nos dijo que la tierra era de todos, porque todos éramos sus hijos. Esa es, todavía, mi creencia más alta.

Y no obstante que sabemos cultivarla desde nuestras lejanas raíces campesinas, ¿por qué ha de pertenecernos de ella solamente su imagen y a lo más el hoyo en que hemos de quedar como sales devueltas a la nada...?

## VI

El mismo día que quitamos nuestras manos de los surcos, para usarlas en otras devociones que nos han adiestrado en morir, nos dijo mi Padre con la más trémula voz de su vida:

—¡Si mañana se sienten vencidos, cansados, solos, regresen a la tierra que tanto hemos amado!

Por eso, cuando me asedian la tristeza y la desesperanza, retorno a los predios de mi niñez y de mi infancia, y a fuerza de identificarme con los arroyos, los árboles, los pájaros, los sembríos, los caminos, los animales, los silencios, me siento como acabado de fundar. Y tengo nuevas ilusiones. Más bellas esperanzas. Y, también, la seguridad de que algún día mi mensaje será el mensaje de la Tierra.

¡Cada día que pasa y lo recuerdo, siento que en mi corazón tiene que caber la totalidad de la Tierra!

## VII

Hasta su último instante no perdió su profunda devoción a la tierra.

Me dijo, como encargo de luz, que todo hombre, para serlo, tiene que ejercerse ejerciendo de la tierra sus dictados.

Él cumplió de la tierra sus mandatos cuando echó semillas. Cuando defendió sus sembríos. Cuando cuidó sus árboles. Cuando cosechó sus frutos. Cuando en las maderas concretó las imágenes de sus mejores sueños...

## VIII

En pleno bosque descubrió un cedro centenario.

Dijo que ese árbol le daría la mejor madera del mundo.

Y para que su fe no fuera desmentida cuidó su árbol, muchos años, como solo se cuida al primer hijo que ha nacido.

Cuando sobre el cedro pusimos nuestras manos lo sentimos vibrar como si hubiera sido el cuerpo de mi Padre...





## IX

Por su identidad con el cedro tuvo mi Padre, revelaciones increíbles, de su árbol.

Una noche lo sentimos sollozar como un niño. Dando gritos de espanto saltó de su sueño hacia afuera de su lecho y sin esperar las preguntas de mi Madre se fue bajo la noche en busca de su cedro.

Cuando regresó, junto con el Alba, nos dijo que un rayo había desgajado de su árbol la más alta de sus ramas.

## X

Un día el cedro se quedó sin hojas. Mi Padre comenzó a cortarlo desde la parte más alta.

Descolgaba cada troza, con sumo cuidado, cual si se hubiera tratado de campanas o de imágenes de vidrio.

Cuando todo el árbol estuvo en tierra, nos dijo:

—En este cedro está expresado el tiempo; también la vida.

Cada tablón del cedro inolvidable nos parecía un libro.

Las tablas de cedro eran páginas en blanco en la que mi Padre vertía las infinitas lecciones de su alma portentosa por humilde.

## XI

—La madera, nos juró mi Padre, es el más noble material de la naturaleza. Nada hay mejor que una tabla para expresar nuestro mensaje.

Múltiple fue el mensaje de mi Padre.

Con las tablas de su cedro centenario. Hizo —a más de las puertas y ventanas de la casa, los marcos para los retratos, la mesa grande de nuestras cenas inolvidables— hasta los violines, las arpas y guitarras que todavía enfloran fiestas y capitanean serenatas.



## XII

Un día me asomé a su taller y lo vi trabajando sobre una de sus tablas.  
¡Tallaba!

Sus manos maestras para manejar el arado eran también sabias artesanas.

Cuando tallaban, yo tenía la sensación de que con sus herramientas no hacía otra cosa que descorrer el velo que oculta las sublimes imágenes y las formas perfectas.

¡Fue mi Padre el mejor artesano de mi tierra! Tal verdad la seguirán sustentando las obras que ha dejado para todos.

## XIII

Una tarde me dijo:

—Todo existe en la medida que puedas descubrirlo; porque la única verdad es que el hombre ha venido para descubrir la creación; para descubrirse a sí mismo que es la única manera de acercarse a Dios.

Otra tarde afirmó:

—Es alta la misión humana de liberarse de todas las coyundas. Ser libre y libertador de la luz prisionera en la forma.

Y su voz adquirió calidad de consigna cuando proclamó que ser libre es ser creador de la máxima belleza bajo el cielo...

## XIV

La verdad de mi Padre fue sencilla.

La dijo en su mensaje de la tierra que cultivaron sus manos, en las semillas que eligió con ternura, en las cosechas que juntó para todos.

Pero la versión incomparable de su alma nos la dio en las perfumadas maderas de su cedro, a cuya sombra nos criamos la mayor parte de sus hijos. Bajo cuyas ramas yo soñé mis primeros sueños, y hasta recibí el anuncio de lo que la vida me tenía reservado.





## XV

Amaba todo cuanto habita la tierra, todo lo que es o fue expresión de la vida.

Si los animales tuvieran el don de nuestra palabra, oíríamos al buey, al caballo, al asno, al perro, al puma decir que mi Padre fue el mejor amigo que tuvieron.

¡Quién sabe si todos ellos habrán llorado y estarán llorando, todavía, su ausencia!

## XVI

—Si el hombre sembrara sus árboles, les infundiera con ternura, sus sentimientos, los cuidara como a sus hijos hasta su madurez, obtendría maderas aptas para sus creaciones de milagro.

—Los árboles que sembraron mis manos, cuando me dieron flores, frutos y maderas, me pareció que pagaban el amor y la fe que puse en ellos.

—Todo lo que hice con la madera de mis árboles, no tengo duda, es lo mejor que dejó sobre la tierra para que nos defienda a todos.

¡Así fue como mi padre nos enunció su doctrina sobre la eternidad!

## XVII

—Los árboles están más cerca de Dios que los seres humanos.

—Sigue el ejemplo de los árboles, que no renuncian a sus raíces para sostener su devoción por la altura de cielo.

—Si llegas a ser como un árbol, el canto que nos debes te nacerá, desde tu más profundo luminoso y florar. Y todos oiremos tu voz abiertos en la tierra como rosas azules.

¡Mi Padre fue el árbol más alto del amor que sustentó la vida!

## XVIII

A veces mi Padre me daba la sensación de ser un niño jugando con maderas de colores que su imaginación organizaba primorosamente. Entonces, sin decírmelo, me enseñó a estar seguro de que la muerte no será la verdad si aún es posible juntarnos en todo cuanto se nos ha ido quedando en los caminos.

Tal teoría la he descubierto ayer mirándome en los ojos de mi hijo menor, que trataba de organizar con astillas de cristal una palabra...

En los dedos sangrantes de mi niño he besado a la eternidad, a mi Padre y a Dios...

## XIX

El día que se fue no quiso que lo viéramos llorar.

Murió solo, como el árbol más alto de la soledad.

Cuando lo llevamos, nuestros ojos ya se habían ido dejándose y dejándonos su último recado que la luz y los vientos no se cansan de pregonar:

—¡Hay que trabajar la madera con ternura infinita, con las manos desnudas, el pulso ardiendo de fervor y el corazón a flor de eternidad!

## XX

Así era mi Padre

¡Era un hombre!

Julio Garrido Malaver





# Tengo 50 años

¡Hola! ¡Qué alegría conocerte!  
¿Sabes? Tengo 50 años. Y si tú me ayudas a cuidarme, dentro de muy poco tendré más. Sí, quizás mucho más. Tal vez otros 50 añitos, como la preciosa armazón de mi carrocería.

¡Cómo pasa el tiempo! ¿Verdad?. Claro que si aún eres muy joven — como eran los niños con quienes en otras épocas jugué— el tiempo siempre está y lo ves delante de ti. Sí, siempre delante. Y no detrás, como ahora está para los que me vieron nuevecito, recién hechecito y saliendo de una carpintería a la que un papá me encargó de manera muy especial para su primer hijito.

¡Cuánto me divertí y disfruté con ese niño, mi inolvidable dueño! Y también con sus hermanitas y su hermanito cuando después fueron naciendo y uniéndose a nuestros juegos. Me hacían correr por las habitaciones de la casa, las aceras de las calles y hasta en los parques, entre flores y caminos de tierra. Me hacían llevar de todo: desde muñecos, soldaditos, pelotas, piedras, tronquitos, algunas compras que mamá hacía en la tienda de la esquina.

¡Y hasta podía cargar a cualquiera de ellos cuando todavía eran tan pequeños que cabían en mí! Entonces, estallaban en tronante algarabía, desbordando risas y enarbolando sus manitas en cada travesía.

Pero los humanos no advierten cuando los años van pasando sin sentir ni cómo un camioncito de madera va quedando en el olvido, de rincón en rincón, con rumas de trastos encima. O a la intemperie de un patio, con la lluvia y los charcos de los inviernos; o con el sol rabioso y candente de los veranos, agrietando su cuerpo de madera, decolorando su pintura, oxidando sus clavos, desvencijando sus ruedas.

Para mi suerte, aun así, en mi aparente abandono, el papá sentimental que me encargó a la carpintería se empeñó en conservarme. Y nunca se le cruzó por la mente arrojarme a la basura o tirarme a algún desmonte.



Eso sí, siempre me tenía al alcance de su vista y durante años hemos intercambiado miradas cada vez que él pasaba delante de mí. O me contemplaba con nostalgia a través del cristal de una ventana.

Por mi parte, y sin que mis lejanos compañeritos de juego lo advirtieran, los he mirado con cariño y gratitud las veces que han pasado junto a mí. Los he visto crecer y después caminar con otros niños y niñas que también ya están volviéndose adultos, y con quienes no he tenido la suerte de jugar.

Parece que he perdido el encanto que tenía. Será porque estoy viejo, lleno de polvo y bichos, me falta una de mis ruedas, las otras están destartaladas, mi pintura desteñida. Y me tienen al fondo de un cerro de trastos, que cargo muy a pesar mío.

Hasta que por fin, he oído una voz que me ha reclamado. Una voz tierna e inquieta, que quiere curar mis viejas heridas, pintarme de nuevo, ponerme la rueda que me falta, acomodar juguetes y muñecos dentro de mí. En otras palabras: idevolverme a la felicidad!

Entonces, mamá me ha sacado de mi prisión. Y papá me ha bañado con la potencia de un chorro de manguera, me ha limpiado con una lija, ha eliminado la plaga de bichos que me inundaba, me ha improvisado la rueda que me falta.

¿Y sabes? ¡Empiezo a sentirme otro! ¡Siento que rejuvenezco! ¡Que puedo cumplir 50 años más!

Y ahora, al verte, me pregunto: ¿serás tú quien haga realidad eso?

¿Serán tus manos y tu cariño las armas que hagan posible tan bello milagro?

Ójalá que así sea. Por mi parte, encantado de conocerte. Mi nombre es sencillamente El Camioncito. Y si tú lo quieres, desde este momento: Tu Camioncito.

José Hidalgo





# ¡Volveremos a jugar!

**M**anos de hada madrina le han crecido a la mañana. Manos de espuma blanca para limpiarle la noche a las cosas olvidadas de la casa. Hacendosas manos para borrar la opacidad de los cristales y hacer más transparentes las gotitas del rocío.

Alguien viene.

—¿Oyes, Canelito?

—Sí... Parece que vienen hacia acá.

Pececillo de luz, la llave. Se introduce y gira en la cerradura.

—¿Y esas campanitas? ¿Escuchas, Canelo? ¿Qué son esas campanitas?

—Es el tintinear de llaves columpiándose en un llavero.

¡Un llavero! ¡Sí, un llavero!

Manojo de cascabeles, estrellas en pedacitos para abrirle las puertas a las noches secuestradas y mirar las cosas viejas o amontonar otras más.

—¿Quién será?

—Después de tanto y tanto tiempo... —reflexiona el oso—, ¿para qué vendrán?

—Esa voz... Esa risa... ¡Yo conozco esa risa, Canelo!

—¿Estás segura, muñeca?

—¡Sí, Canelito, sí!... Es... es de mi niña.

—Imposible, muñeca de trapo... Hasta la risa de los niños cambia cuando llegan a ser mayores. Tu niña ya debe ser mamá. Imposible que ella aún ría como antes!

—Y, sin embargo, osito.

—Y, sin embargo, ¿qué?

—Esa voz... esa risa... ¡son las mismas!

Las puertas del viejo armario se abren. Encerrada la noche se desdobra



y huye, lejos, libre de su encantamiento de años. Plumeros de sol sacuden los vestigios que aún quedan de la sombra.

—¡Mira, Canelo!... ¡Es mi niña! ¡Y no ha crecido!... ¡Está igual!

—No, muñequita... Tu niña sí ha crecido, y ahora vuelve, pero convertida en mamá. Esa niña de negros ojos y rizos negros que allí tú ves, es otra niña. Muy parecida, sí. El mismo color del pelo, los mismos ojos, la misma voz. Pero, otra niña, ¡la vida así es!

Afuera brilla dorado el sol. Respira el viento. Sobre la arena se estira el mar. Las mismas islas, el mismo muelle, el mismo cielo de azul pastel, pero, la niña ya no es la misma. ¡Otra es la niña que se oye hablar!

—¡Cuántas cosas guardas aquí, mamita!

—¿Nunca te las había mostrado?

—¡Oh, no, mamita! ¿De quién son esas zapatillas con dibujos de flores?

—De tu abuelita, cuando ella era joven.

—¿Y este osito?

—Del abuelo, cuando era un niño preguntón como la niñita preguntona que está a mi lado.

—¡Oh, mira, mamita! ¡Mira esa muñequita!

—¿Cuál? ¿La de trapo?

—¡Sí! ¡Una muñeca de trapo! ¡Una muñeca de trapo!

Manos de hada madrina tiene ya la mañana. Manos para quitar la opacidad de los cristales y abrirle, de par en par, las puertas ingratas al olvido.

Polvo de tiempo ha crecido en el regazo de Bibi. Polvo y pena y sueños oscurecidos en el viejo rincón de un viejo armario.

—¡Una muñeca de trapo, mamita!

—Es Bibi... Un día me la hizo papá con una de sus camisas.

¡Fuente de los recuerdos! Abre tus puertas también. Limpia brumas, aire, lluvias. Y que en tu fondo —espejo de agua— la gente adulta vuelva a nacer.

—Bibi, mi muñequita de trapo... —susurra emocionada mamá, alzándola entre sus manos—. ¡Todo lo que ha pasado desde la última vez que te vi!





(—¡Cuánto ha crecido mi niña! Algo me quiere decir.)

—¿Me reconoces? ¿Te acuerdas también de mí? ¿Recuerdas lo mucho que jugábamos juntas, lo mucho que nos gustaba el mar?

(—¡Mi niña, osito! ¡Mi niña! Algo me quiere decir, pero ya no la entiendo. ¡Cómo ha cambiado su forma de hablar!.)

—Mamita —ruega la otra niña—, yo no tengo ninguna muñeca de trapo. Y esta, ¡es tan linda!

—¿La quieres? Tómala, entonces, mi amor. Cuídala mucho y quírela tanto como la quise yo.

—¿Y el oso, mamita? ¿El osito de felpa que jugó con mi abuelito cuando era niño?

—Saquémoslo de aquí también. Y esta vez, contigo los dos tendrán mejor suerte. ¡Nunca más los volveremos a encerrar!

—¿Entiendes algo, Canelo?

(—Ni jota. Pero de algo puedes estar segura: ¡volveremos a jugar!.)

—¡Fíjate cómo me alza esta niña! ¡Oh, qué tiernos y suaves tiene los brazos! Y mira: limpia el polvo de mi cara y me sacude mi ropita).

La niña la besó en la cara y Bibi la besó en la boca.

José Hidalgo



# El cangrejo ermitaño

Primer lugar en el concurso de cuentos para niños organizado por la Asociación Peruana de Literatura Infantil y Juvenil. Premio "Francisco Izquierdo Ríos", 1989.

Un día, hace ya muchos años, nació en nuestras playas un cangrejito que no tenía caparazón, y los demás seres que habitaban junto a él se burlaban de su aspecto. Las jaibas y otros cangrejos, que eran más robustos y bravos, le daban fuertes horquetazos en su cuerpo desnudo y le decían: "¡Quita de aquí pelao! ... ¡Fuera de aquí, cabeza de mate!"... y le hacían miles de mofas.

Pero a quienes más les temía nuestro cangrejito era a las gaviotas y a las garzas, ya que ellas le tenían una gran apetencia, porque al verlo sin caparazón les parecía más delicioso. Por esta razón el animalito sufría mucho, y casi no podía salir a pasear libremente por la playa o jugar con las olas, como sí lo hacían las jaibas, caracoles y demás seres del mar.

Cierto día decidió refundirse en lo más apartado del mar y no conversar con nadie, por lo que los demás vecinos empezaron a llamarle cangrejo ermitaño; mas siempre sentía el deseo de dar una vuelta por la playa, para lo cual esperaba que estuviera solitaria. Un día, mientras estaba correteando alegremente, lo divisó una gaviota. Nuestro cangrejito se vio perdido, y corrió sin saber dónde ocultarse. Felizmente chocó con la concha vacía de un caracol, y allí se refugió; el ave no pudo comérselo. Estuvo largo tiempo oculto en dicho lugar, y, una vez que la vio alejarse volando hasta perderse en el horizonte, hizo el intento de trasladarse hacia el agua siempre con la concha a cuestas, por temor a que volviera su enemiga. Al principio sus movimientos fueron torpes y lentos, mas poco a poco se fue acostumbrando, y decidió que ese escondite le serviría, a partir de ese día, de carapacho o casa.





—¡Creo que esta concha de caracol puede protegerme de mis enemigos! —se dijo feliz nuestro querido cangrejito. Pero pasó el tiempo y su cuerpo creció. La concha le quedaba muy estrecha y se dijo—: ¡Oh!, ¿y ahora qué hago? ... ¡Mi hogar cada día me resulta más estrecho! ¡No puedo moverme!

Así estuvo con el problema hasta que se encontró con otra más grande, y decidió trasladarse hacia ese nuevo hogar, más amplio.

—¡Ahora ya puedo salir a pasear! ¡Creo que estoy algo protegido! —se dijo dignamente el cangrejito. Mas aun así no se sentía muy seguro, y como ya había aprendido a pensar, dijo—: Si no estoy muy seguro puedo buscar algo que me proteja aún más, y así como encontré por casualidad esta concha, también puedo encontrar otra cosa que me sirva para defenderme mejor.

Un buen día, mientras paseaba por unas rocas marinas, se encontró con una anémona que estaba comiendo unos trozos de pescado:

—¡Buenos días, señora anémona! —la saludó cortésmente el cangrejo ermitaño.

—¡Buenos días! —contestó molesta la anémona.



¿Por qué está usted molesta? —preguntó sorprendido nuestro cangrejo—; si la veo que está usted almorzando, debería estar más bien alegre.

—Si usted supiera, señor cangrejo, icómo sufro de estar todo el día aquí sin poder moverme a ningún lado! —dijo tristemente la pobre anémona—. Si ahora estoy comiendo es porque tuve la suerte de que hace un rato un tiburón estuvo comiéndose un pescado aquí cerca, y entonces, quedaron estos restos.

—Pero usted tiene suerte, señora anémona —replicó el cangrejo, luego de meditar un momento—. Nadie puede hacerle daño, ni las gaviotas ni los peces más grandes, tampoco las jaibas. A mí varias veces me han ofendido. Existe el temor de chocarse con su veneno.

—Bueno, en eso tiene razón, señor cangrejo... pero lamentablemente, de aquí no puedo moverme.

—Yo en cambio puedo moverme y trasladarme de un lugar a otro, pero ando con temor a mis enemigos. Si yo tuviera sus defensas, iotro sería el destino de mi vida! —exclamó con tristeza el cangrejo.

A la anémona se le ocurrió una idea, y le dijo a nuestro amigo:

—¿Qué tal, mi estimado cangrejo, si con sus tenazas me coloca encima de su casa y me traslada por diferentes lugares?. De esta manera puedo conseguir mejor mis alimentos y a usted lo defiendo de sus enemigos. Así nadie se atreverá a molestarlo.

Sin pensarlo dos veces, el cangrejo aceptó la propuesta, y acto seguido levantó a la anémona con sus fuertes tenazas y la colocó en la parte superior de su concha.

Desde aquel día, estos dos seres —antes infelices— vivieron ayudándose mutuamente. Nuestro cangrejo jamás tuvo miedo de pasear por los fondos marinos y nuestra anémona jamás tuvo que sufrir para conseguir sus alimentos.

Hugo Noblecilla Purizaga





# Los dos caballitos

**E**ste era un rico señor que vivía en una hermosa hacienda con su mujer y dos hijas. Cierta noche de luna oyeron relinchar en el pesebre, y cuando fueron a ver encontraron que una yegua había dado a luz un caballito blanco.

—¡Regálamelo! —dijo la hija menor.

—Es para ti —le contestó su padre.

La otra yegua dio a luz en una noche de tempestad. Cuando los amos entraron al pesebre encontraron un caballo rojo, tan rojo que parecía una ascua.

—¡Este es para mí! —dijo la hija mayor—, y lo acarició llena de júbilo.

Ambos caballitos crecieron, y sus amitas los cuidaron hasta que se convirtieron en dos hermosos caballos. Las niñas salían todas las tardes a cabalgar y regresaban a la puesta del sol; pero un día la hija menor fue donde su madre y le dijo:

—Yo no quiero salir más con mi hermana. Cuando llegamos cerca de una laguna, ella me ordena seguir sin volver el rostro atrás, y desaparece misteriosamente. Después de un tiempo escucho el galope de su caballo que se aproxima, y me ordena volver a casa, mostrándose tan pensativa y preocupada que no logro cruzar con ella una palabra.

—¿Y por qué no la sigues para ver lo que ocurre? —le preguntó su madre.

—Se enojaría conmigo —respondió la muchacha.

—Toma este espejito —le dijo la buena señora—. Guárdatelo en el pecho, y cuando tu hermana se separa de ti observa por él lo que le sucede.

Y así lo hizo. Cuando la hermana mayor le ordenó que siguiera su camino, ella sacó el espejito y vio cómo aguardaba a la joven un hermoso



señor, el que montaba a la grupa del caballo rojo, y luego se introducían ambos en la laguna hasta desaparecer en el fondo de las aguas. Cuando aquella noche contó lo sucedido a sus padres, estos se afligieron mucho. Entonces fue la madre al pesebre, y mientras que el caballo rojo dormía, le cortó unas crines de la cola y poniéndolas dentro de una bolsita se las dio a su hija menor.

—Con esto podrás seguir a tu hermana hasta el fondo de la laguna —dijo.

Y así sucedió. Cuando la muchacha y su acompañante desaparecieron entre las aguas, la hermana menor los siguió. Llegó a una gran sala en donde se servía un banquete. Desde su escondite observó muchos caballeros y señoras ricamente ataviadas, que se hallaban sentados a la mesa. Al lado de su hermana se encontraba el caballo rojo, que comía y se llevaba la cuchara a la boca con tanta habilidad como el resto de los comensales.

Antes de que terminara la cena la muchacha salió de la laguna. Aquella noche contó en su casa lo sucedido, y el padre, montado en cólera, fue al corral y mató al caballo rojo cortándole la cabeza de un solo tajo.

Cuando a la mañana siguiente la muchacha halló muerto a su caballo lloró sin consuelo. Después le cortó las orejas y se las puso al cuello. Entonces preguntó:

—¡Orejas de mi caballo! decidme, ¿qué está haciendo mi amado?

Y las orejas respondieron:

—Está aguardándote en la laguna.

Y como esto se repitiera durante varios días la muchacha preguntó: —¿Cómo podré volver con mi amado a la laguna si solo mi caballito rojo me podía llevar?

Y las orejas respondieron:

—Nosotros también te podemos llevar.

La muchacha salió de su casa por la mañana temprano y anduvo a pie hasta el mediodía. Cuando llegó a la laguna el caballero no estaba como siempre aguardándola.

Ella se quitó los zapatos y se introdujo lentamente entre las aguas. Nunca nadie más la volvió a ver...





Sus padres la esperaron inútilmente solo les quedaba la hija menor, y en ella reconcentraron su cariño. La joven quería mucho a su caballito blanco, y lo cuidaba y alimentaba con sus propias manos. Y cuando estaba triste hasta le contaba sus penas.

Ocurrió que el padre se arruinó y perdió todas sus propiedades. La víspera de abandonar la finca, que era lo único que les quedaba, se presentó un caballero que pidió hablar con el jefe de la familia. Llevaba un poncho negro y usaba un gran sombrero de paja que casi ocultaba su mirada. Mas se podía apreciar que era rico, porque sus dedos estaban cubiertos de anillos. Los arneses de su caballo y las espuelas eran de plata maciza. Todo brillaba en él. Hasta sus ojos parecían tener fulgores metálicos.

—¿No me conocéis? —dijo al propietario—. Soy vuestro acreedor y vengo a haceros una propuesta. Sé que tenéis una hija muy hermosa. Si me la dais en matrimonio os perdonaré todas vuestras deudas y os devolveré vuestra hacienda.

El pobre hombre mandó llamar a su hija para que oyera la proposición del misterioso visitante. La muchacha aceptó casarse con él para salvar de la ruina a su familia.

La víspera de la boda fue a despedirse de su caballo blanco. Empezó a derramar abundantes lágrimas mientras lo acariciaba.

—Amita mía —dijo de pronto del caballito blanco—. Te voy a decir un secreto: tu prometido es el demonio.

La joven tuvo gran espanto y el caballo prosiguió:

—Voy a tratar de salvarte. Mañana después de la boda vendrá a buscarte tu esposo con una gran comitiva. Todas aquellas personas que parecen ser nobles señores son otros tantos diablos. Te rogarán que los acompañes hasta la morada de su señor, para lo cual habrán enjaezado un brioso caballo negro. Pero tú les responderás que quieres cabalgar como siempre en tu caballito blanco, y me tendrás ensillado de antemano. Luego esconderás en tu alforja una tijera, un peine y una botella con agua. Cuando te encuentres en peligro yo te avisaré con un respingo y tú los irás arrojando al suelo.

Todo sucedió como el animal lo había previsto. Después de la boda llegaron los parientes y servidores del novio trayendo lindos regalos. Le ofrecieron el caballo, pero ella lo rechazó.



Luego se despidió de sus padres y emprendió la marcha al lado de su esposo, quien parecía menos taciturno que de costumbre. Cruzaron ríos y montes, y cuando la noche se aproximaba la novia preguntó:

—¿Falta mucho para llegar a tu casa?

Y el esposo le respondió:

—A la vuelta de ese cerro está la puerta de mi palacio.

Mas la joven solo vio la entrada de una caverna. El caballito blanco dio entonces un respingo y la muchacha arrojó las tijeras al suelo y en el lugar en donde habían caído se levantó una montaña que la separó de sus acompañantes. Ella galopó entonces con dirección a su casa.

No bien había aminorado el paso creyéndose libre, vio aparecer a los demonios muy lejos, como una manchita de hormigas. El caballito blanco dio otro respingo y la muchacha tiró tras de sí el peine que guardaba dentro de la alforja. En cuanto cayó al suelo se convirtió en una mata de espinos que en un instante creció hasta cubrir todos los cerros. Entre ellos quedaron enredadas las patas de los caballos en los que cabalgaban los demonios.

Y otra vez galopaba en dirección a su pueblo. Parecía que al caballito blanco le habían crecido alas. Cuando ya creía verse libre de sus perseguidores los vio llegar corriendo otra vez, arrastrándose algunos sin sus cabalgaduras, y otros espoleándolos cruelmente. La joven arrojó la botella de agua, y esta se convirtió en un caudaloso río que los demonios trataron de vadear, mientras que ella corría sobre los cerros. Y ya faltaba muy poco para llegar, cuando divisó a los demonios que volvían en su persecución.

Entonces el caballo blanco dijo: “¡Mátame pronto con la botella rota!”.

Ella, llorando tristemente, tomó un pedazo de vidrio y se lo clavó en el corazón. En ese momento sintió que un profundo sueño se apoderaba de ella. Cuando abrió los ojos se encontró rodeada de sus familiares. Los demonios y el novio habían desaparecido. Todo estaba lo mismo que siempre. La madre hilaba en silencio. En la cuadra relinchaba alegremente el caballito blanco.

Carlota Carvallo de Núñez





# Muerte del cabo Cheo López

**P**erdóneme, don Pedro... Claro que esta no es manera de presentarme... Pero le diré... ¿Cómo podría explicarle?... Ha muerto Eusebio López... Ya sé que usted no lo conoce y muy pocos lo conocían... ¿Quién se va a fijar en un hombre que vive entre tablas viejas? Por eso no fui a traer los ladrillos... Éramos amigos, ¿me entiende?

Yo estaba pasando en el camión, y me crucé con Pancho Torres. Él me gritó: “¡Ha muerto Cheo López!”. Entonces enderezo para la casa de Cheo, y ahí me encuentro con la mujer, llorando como es natural; el hijito de dos años junto a la madre, y a Cheo López tendido entre cuatro velas... Comenzaba a oler a muerto Cheo López, y eso me hizo recordar más, eso me hizo pensar más en Cheo López. Entonces me fui a comprar dos botellas de ron, para ayudar con algo, y también porque necesitaba beber.

¡Ese olor! Usted comprende, don Pedro... Lo olíamos allá en el Pacífico..., el olor de los muertos, los boricuas, los japoneses... Los muertos son lo mismo... solo que como nosotros, allá, íbamos avanzando..., a nuestros heridos y muertos los recogían, y encontrábamos muertos japoneses de días, pudriéndose... Ahora Cheo López comenzaba a oler así... Con los ojos fijos miraba Cheo López. No sé por qué no se los habían cerrado bien... Miraba con una raya de brillo, muerta... Se veía que en su frente ya no había pensamiento. Así miraban allá en el Pacífico... Todos lo mismo...

Y yo me he puesto a beber el ron, durante un buen rato, y han llegado tres o cuatro al velorio... Entonces su mujer ha contado...

Que Cheo estaba tranquilo, sentado, como si nada le pasara, y de repente algo se le ha roto adentro, aquí en la cabeza... Y se ha caído... Eso fue un derrame en el cerebro, dijeron... Yo no he querido saber más, y me puse a beber duro. Yo estaba pensando, recordando. Porque es cosa de pensar... La muerte se ríe. Luego vine a buscar a mi mujer para llevarla al velorio, y creí que debía pasar a explicarle a usted, don Pedro... Yo no volví con los ladrillos por eso. Mañana será.



Ahora que si usted quiere ir al velorio, entrada por salida aunque sea... Usted era capitán, ¿no es eso?, y no se acuerda de Cheo López... Pero si usted viene a hacerle nada más que un saludo, yo le diré: “Es un capitán”...

¿Quién se va a acordar de Cheo López? No recibió ninguna medalla, aunque merecía... Nunca fue herido, que de ser así le habrían dado algo que ponerse en el pecho... Pero qué importa eso... ¡Salvarse! Le digo que la muerte se ríe...

Yo fui herido tres veces, pero no de cuidado. Las balas pasaban zumbando, pasaban aullando, tronaban como truenos, y nunca tocaron a Cheo López... Una vez, me acuerdo, él iba adelante, con bayoneta calada y ramas en el casco... Siempre iba adelante el cabo Cheo López... Cuando viene una ráfaga de ametralladora, el casco le sonó como una campana y se cayó... Todos nos tendimos y corría la sangre entre nosotros... No sabíamos quién estaba vivo y quizá muerto... Al rato, el cabo Cheo López comenzó a arrastrarse, tiró una granada y el nido de ametralladoras voló allá lejos... Entonces hizo una señal con el brazo y seguimos avanzando... Los que pudimos, claro. Muchos se quedaron allí en el suelo... Algunos se quejaban... Otros estaban ya callados...

Habíamos peleado día y medio, y comenzamos a encontrar muertos viejos... ¡El olor, ese olor del muerto!... Igual que ahora ha comenzado a oler Cheo López.

Allá en el Pacífico, yo me decía: “Quién sabe, de valiente que es, la muerte la respeta” es un decir de soldados. Pero ahora, viendo la forma en que cayó, como alcanzado por una bala que estaba suspendida en el aire, o en sus venas, o en sus sesos, creo que la muerte nos acompaña siempre. Está a nuestro lado y cuando pensamos que va a llegar, se ríe...Y ella dice “espera”. Por eso el aguacero de balas lo respetó. Parecía que no iba a morir nunca Cheo López.

Pero ya está entre cuatro velas, muerto... Es como si lo olierá desde aquí... ¿No será que yo tengo en la cabeza el olor de la muerte? ¿No huele así el mundo?... Vamos, don Pedro, acompáñeme al velorio... Cheo era pobre, y no hay casi gente... Vamos, capitán... Hágame siquiera un saludo...

Ciro Alegría





# Jutito

**E**l día en que el negro Vallumbrosio fue insultado por su propio ahijado, un negrito llamado Jutito, casi se le desploma la jeta. Puso los ojos de vaca, la nariz de toro y, mascando dientes, se fue a la casa de su compadre.

—Compaire Juto, he venío hacero quejá.

—¿Haceme quejá a mí, compaire?

—He venío a dade la queja de su hijo Jutito, que mia insurtrao.

—¡Qué!

—Mia dicho una temenda lisura.

—Qué lisura es esa, compaire.

—Una temenda palaibra.

—Pero cuál es esa palaibra, compaire. Poque yo quiedo sabé el tamaño y la dimensión de la palaibra, pa según eso catigá a ese muchacho.

—Uté, compaire, quiede que yo repita esa palaibra, que yo mimo me jora.

—Pero yo quiedo sabé qué coosa lia dicho ese muchacho.

—Mia dicho una temenda lisura

—Güeno —dijo Juto, torció el cuello, apuntó los dientes hacia el fondo de la casa y llamó a su mujer—. Juuuta, Juuta...

—¿Juto?

—Llámame acá a ese Jutito, que quiedo hablá con él.

Juta llamó a su hija, que estaba más al fondo:

—Jutiiiicia, Jutiiiicia...

—¿Mamá?

—Llama a ese Jutito. Dile que su tata lo ta eperando ajuera.

—Jutiiiito, Jutiito...

—Qué quiedes —dijo Jutito; estaba escondido en el corral.



—Te llama mi tata.

Y queriendo y no queriendo, Jutito fue llevado ante la presencia de su padre y de su padrino. Y el padre le dijo:

—Oooye, neriito, tuuú me vaaas a decí qué coosa lias dicho a mi compaire.

—Je..., je... Pendeijo mi tata. Quiede que yo le vuerva a joré a mi parino.

—Horita mimo tuuú me vaaas a decí qué coosa lias dicho.

—Je..., je... Yore dije a mi parino: don Mítey Cuca\*.

A Vallumbrosio se le bajó la color: se puso cenizo.

—Tuuú, nerito deriabro, nerito e too lo demonio, po qué lias dicho esa lisura a mi compaire.

—Je..., je... Poi jorelo.

—Hora tú va ve cómo yo te vuagará y te vuacé desaparecé.

Pero, ifuit!, Jutito pasó por debajo de su padre y de su padrino, tomó el frondoso y altísimo árbol que sombreaba la casa y con elástica facilidad trepó velozmente hasta la rama más alta, como una lagartija que hubiera pasado corriendo a lo largo del tronco. Luego todo quedó en silencio.

Juto y Vallumbrosio se miraron a la cara. Inmóviles del cuello hacia abajo, levantaron de costado lentamente la cabeza y miraron hacia arriba: las ramas de ese lado estaban quietas, y en la penumbra del follaje era imposible distinguir a nadie. Bajaron la cabeza y la fueron levantando poco a poco por el otro lado: la quietud y la penumbra se extendían a toda la copa del árbol. Entonces Juto, manteniendo la mirada en lo alto, llamó:

—Jutito, baja diay.

El árbol ni se movió.

—¡Oye, muchacho, baja te digo!

El árbol siguió en silencio, como si arriba no hubiera nadie y Juto le estuviera hablando al árbol.

—¿Me oíte?

Todo siguió igual. Era como para creer que ahí no había ningún árbol y Juto le estuviera hablando al aire.





Desconcertado, interrogó a Vallumbrosio:

—Yue vito que aquí se subió. Uté, compaire, ¿también vio lo que yo vi?

Vallumbrosio, que se hallaba con el ceño endurecido, apretó la jeta en señal de afirmación. Entonces Juto enfiló nuevamente la voz hacia lo alto del árbol:

—Ahí mimo tas. Horita te bajas.

La voz de Jutito se descolgó:

—Pa qué.

—¡Baja te digo!

—Pa qué.

—¿No quides obedecé?

—Aquí toy bien.

—¡Baja, muchacho de miedta!

—Ta jorío.

Vallumbrosio hizo un gesto como para matar una culebra y se marchó sin despedirse. Juto, que lo vio alejarse, miró el cielo y observó que el sol se resbalaba del centro. Entonces lanzó un escupitajo contra el tronco del árbol y rápidamente se metió en la casa. Reapareció con una segadera en la mano, jalando de una sog a un burro de serones vacíos. Trepó en el animal y se alejó de prisa.

Jutito fue asomando cautelosamente la cabeza por encima del árbol y observó el campo a la redonda. Su padre, lejano, se acercaba a un sembrado.

—Allá va mi tata —dijo—. Sia ido a cotá yerba.

En otro lado avistó a Vallumbrosio que avanzaba hacia una casa, empequeñecido por la distancia.

—Ve, allá va mi parino, don Mítey Cuca —y sin dejar de mirarlo se puso a vocear—: Miiiiítey... Miiiiítey... Mítey Cuuuuca...

\*Mítey: mister. Cuca: órgano sexual femenino.

Antonio Galvez Ronceros

## El señor Gallinazo volvió a Lima

**E**l señor Gallinazo volvió a Lima después de varios años de ausencia. Desde lo alto, ingresando por el lado del mar, advirtió que la ciudad había crecido un poco hacia arriba y muchísimo a lo ancho.

Las torres de las iglesias, sus espadañas y campanarios, eran ahora más pequeñas que los modernos edificios, y por sobre huertas, ayer floridas, fundos de frutales y parras, y aun lenguas de arena ondulada, se descubrían barrios residenciales, al sur, y oscuras masas de chozas, al norte y al este.

No obstante que durante su viaje de vuelta a la patria había decidido poner sus rugosas patas en un saledizo de la catedral, mirador tradicional de pájaros viejos, la visión lo indujo a descender, luego de ejecutar varios círculos concéntricos, en un basural, en torno al cual, como seres de semejante condición, personas y chanchos, niños y perros, parecían disputarse o compartir el mismo lugar de vida y trabajo.

Tocó tierra, contrajo sus fatigadas alas negras, aguzó sus ojillos irritados de tanto otear el horizonte y permaneció inmóvil unos instantes. Oía el hozar de los cerdos, el ladrido de los canes, la bronca voz de los adultos y la risa cristalina de los pequeños. Y meditaba sobre este desconocido aspecto de su ciudad natal.

La recordaba limpia, serena, silenciosa, dulce. Lo que en ese momento contemplaba —un torneo de hambre entre animales y hombres— decía otra cosa de los nuevos tiempos. Y eso lo entristecía.

Probablemente habría retornado de inmediato al extranjero, desalentado por aquella impresión, si un niño de pocos años (cinco, a lo más, calculó con rapidez) no se hubiera acercado valientemente a él.

Valientemente, sí, porque para una criatura la figura de un gallinazo, anciano y severo, además de gallinazo, no fue nunca ni simpática ni digna de mucha confianza.





Pero fuera porque el señor Gallinazo estaba dominado por la melancolía, fuera porque dicho sentimiento le daba un aire decididamente inofensivo, el muchachito llegó hasta medio metro del pájaro y con un palo, que llevaba en la mano derecha a modo de espada, le dio un leve empujón para verificar si se trataba de un ave viva o disecada.

En un basural existe la posibilidad de encontrar los objetos más inesperados: sortijas de oro, cartas íntimas de dos seres que alguna vez se amaron y hasta animalejos que alguien embalsamó para recuerdo o para adorno.

Con el fin de no atemorizar al osado niño, el señor Gallinazo no se movió. Se redujo a decir, en voz muy suave y amable:

—¿Cómo te llamas?

El chico dio un paso atrás, enormemente sorprendido. Iba, sin duda, a emprender la huida cuando el pájaro le advirtió:

—¡No te asustes! Quiero ser tu amigo. ¿Cómo te llamas?

Mirándolo fijamente, incrédulo todavía de que fuese cierto el prodigio de un ave que hablara, el pequeño respondió:

—Bautista... Bautista Huallpa...

—¿Y dónde vives, Bautista?

—Allá —contestó el interrogado, señalando con el brazo extendido una pobre casa de esteras.

—¡Hum! —gruñó moviendo la cabeza el señor Gallinazo—. ¿Y vas al colegio?

—No... Ayudo a mi mamá y a mi papá a buscar cosas entre la basura.

—¿A buscar cosas? ¿Qué cosas, hijito?

—¡Qué zonzo eres, gallinazo! Cosas como botellas, latas, periódicos... Son para vender.

El señor Gallinazo comenzó entonces a comprender qué hacía tanta gente en aquel montón de desperdicios.

—¿Y los perros y los chanchos buscan también esas cosas? —preguntó. Bautista rio a mandíbula batiente.

—¡No! ¡No! Ellos buscan comida. Huesos, panes duros, frutas podridas...



—Antes —reflexionó en voz alta el ave— eso lo hacíamos nosotros, los gallinazos, y por eso los limeños protegieron, mediante una ley, nuestra vida. Éramos los que manteníamos limpia la ciudad. Ahora todos los animales son gallinazos...

Y se quedó en silencio, asombrado de que los tiempos hubieran cambiado tanto las costumbres. Unos segundos después inquirió a Bautista:

—He visto desde el aire, hacia esa dirección —e indicó el sur— casas muy hermosas, con muchas habitaciones y grandes jardines... ¿Quiénes viven ahí?

Bautista, con naturalidad, explicó:

Los ricos. Ellos son los que botan a la basura lo que nosotros recogemos.

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó el señor Gallinazo poniendo su pata, lo más delicadamente posible, en el hombro de Bautista, que ya había perdido todo resto de miedo y se encontraba a pocos centímetros de su amigo.

—Mi papá. Él siempre me dice que los ricos arrojan muchas cosas que están en buen estado. Ellos solo aprecian lo que está nuevecito, recién comprado en la tienda.

—¿Y por qué no te haces amigo de un niño rico, para que él te dé esas cosas que en su casa tiran a la basura, y así tus padres y tú no tendrían necesidad de buscarlas aquí?

—¡Cómo se ve que eres un pájaro! —exclamó riendo Bautista—. Los ricos nunca son amigos de los pobres. No se juntan con nosotros, y solo nos llaman cuando necesitan alguien que sepa trabajar duro y parejo.

El señor Gallinazo se sintió ligeramente ofendido de que un niño discutiera lo que le dictara su larga experiencia, y decidió demostrar a Bautista que, aparte de cometer una falta de respeto con él, estaba en un error.

—¿Has hablado alguna vez con un rico? —preguntó.

—He visto muchos, pero no tengo ningún amigo rico.

—¿Quieres hacer amistad con uno?





—¿Tú puedes presentármelo y lograr que me acepte?

—¡Yo puedo! —dijo seguro el señor Gallinazo.

—¿Y cómo?

—Ven conmigo. Iremos hasta uno de esos barrios y trataremos de hacer amistad con un niño de tu edad que viva en un palacio con jardín y todo.

—¿Pero cómo podré yo volar? No tengo alas —protestó Bautista.

El señor Gallinazo sonrió.

—Serás jinete de un gallinazo. ¡Sube a mi espalda!

Ahí, efectivamente, se acomodó Bautista. El señor Gallinazo batió las alas con energía, planeó en redondo unos minutos y enseguida se elevó a los cielos con la tranquilidad de un veterano en hazañas aéreas.

—¡Qué bonita se ve desde aquí Lima! ¡Mira el mar! ¡Allá está la isla de San Lorenzo! ¡Y allá está el cerro San Cristóbal! ¡Mira! —gritaba entusiasmado, sin soltar sus manos de las largas plumas del cuello de su volante corcel.

Desde la altura, Orrantia parecía un trozo de paraíso, cuyo verde apenas interrumpían los chalets fastuosos y las pistas de sus calles y avenidas. Un gran parque sereno y vacío, o una campiña natural sin dueños, semejava ese hermoso barrio de césped, árboles y flores.

El señor Gallinazo, conforme acortaba el vuelo, se sentía más conmovido por la belleza del lugar, mientras Bautista pensaba que el pájaro lo había conducido al propio cielo y que no tardaría en ver ángeles tiernos y sonrientes.

—¿Qué casa elegiremos? —preguntó el ave a su amigo.

Bautista no contestó. Estaba aturdido por el espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

El señor Gallinazo descendió un poco más y distinguió en un jardín, que bordeaban altos muros cubiertos por madre selvas la figura de un niño que sentado en un columpio lo observaba con curiosidad.

—¡Bajaremos ahí! —decidió.

Enfiló hacia ese lugar y fue a posarse en el suelo, a unos veinte pasos del niño.



—Baja —ordenó Bautista—, e intentemos hacernos amigos de ese chico, que tiene más o menos tu edad.

Descabalgó Bautista tímidamente y, sin apartarse del pájaro, esperó que este entablara conversación con el pequeño del columpio.

El dueño de casa bajó de su asiento y, con un gesto de asombro en el rostro, pegándose al muro de las madreselvas, fue retirándose más y más de los recién venidos.

—¡No te vayas, amigo! —gritó el señor Gallinazo, al tiempo que daba un paso adelante.

Entonces el niño emprendió la carrera hacia la puerta de su mansión, llorando y diciendo a voz en cuello:

—¡Mamá! ¡Hay un ladrón en el jardín! ¡Mamá! ¡Papá! ¡Ladrones! ¡Ladrones! ¡Socorro!

El señor Gallinazo se rasgó la cabeza y preguntó a Bautista:

—¿Por qué dice que hay ladrones?

—¡Vámonos! —respondió Bautista—. ¡Nos van a acusar de haber venido a robar!

Antes de que el ave recapacitara, desde la casa llegaron al jardín, muy de prisa, un señor gordo de bigotes, una señora también gorda, un hombre con chaleco a rayas y otro con uniforme y gorra de chofer, detrás de los cuales venía el niño delator. Este dijo señalando a Bautista:

—¡Ahí está el ladrón! ¡Junto al gallinazo!

Todos corrieron hacia Bautista, que ágilmente trepó sobre el señor Gallinazo y, azuzándolo, le dijo:

—¡Vuela! ¡Vuela! ¡Nos llevarán a la comisaría!

El pájaro agitó sus alas sin demora y en un abrir y cerrar de ojos estaba encima de las copas de los árboles.

—¡Vamos a mi barrio, al basural...! —pidió Bautista suplicante.

En ese momento sonó una detonación en tierra. El señor Gallinazo sintió un golpe en la pata izquierda y la encogió mecánicamente.

—Creo que me han herido... —musitó.

—¡Sube! ¡Sube más! —dijo Bautista—. Un policía nos dispara con su revólver.





El ave tomó al norte. Mientras avanzaba, gotas de sangre caían de su garra derecha, regando los aires de la ciudad. Sin embargo, no se quejó.

Cuando llegaron al basural, el señor Gallinazo se sentía desfallecer. Bautista lo hizo reposar al lado de la acequia. Lavó la herida, que afortunadamente era pequeña, y la cubrió con un pañuelo limpio de su papá.

Más repuesto del dolor y el susto, el señor Gallinazo preguntó a Bautista, con el ceño fruncido de la incertidumbre:

—¿Por qué pensó ese tontito que éramos ladrones?

—¿Pero no sabes que el que entra a una casa ajena es siempre considerado como ladrón, sobre todo si, como yo, tiene un vestido pobre y la cara sucia?

—No lo sabía, Bautista —repuso el señor Gallinazo con un dejo triste—. Creía que los niños eran hermanos de los niños, y que los pájaros, aunque sean viejos, estamos en la tierra para que chicos pobres y ricos jueguen con nosotros.

—No te preocupes, amigo —dijo Bautista—. Jugarás con mis compañeros del basural. Con Chicho, el Negro, la Rata y Paco. ¿Quieres venir conmigo?

—¿No te importa que cojee?

—Yo te ayudo a caminar...

Así fue como el señor Gallinazo, recién vuelto de un largo viaje por el mundo, supo que las gentes están divididas en dos grupos que se ignoran.

Y así fue, también, como se unió a la pandilla de Bautista Huallpa, de la que, en adelante, se convirtió en maestro, protector y camarada de penas y alegrías.

Sebastián Salazar Bondy



# El vuelo de los cóndores

I

Aquel día demoré en la calle, y no sabía qué decir al volver a casa. A las cuatro salí de la escuela, deteniéndome en el muelle, donde un grupo de curiosos rodeaba a unas cuantas personas. Metido entre ellos supe que había desembarcado un circo.

—Ese es el barrista —decían unos, señalando a un hombre de mediana estatura, cara angulosa y grave, que discutía con los empleados de la aduana.

—Aquel es el domador.

Y señalaban a un sujeto hosco, de cónica patilla, con gorrita, polainas, foete y cierto desenfado en el andar. Le acompañaba una bella mujer con flotante velo lila en el sombrero; llevaba un perrillo atado a una cadena y una maleta.

—Este es el payaso dijo alguien.

El buen hombre volvió la cara vivamente.

—¡Qué serio!

—Así son en la calle.

Era este un joven alto, de movibles ojos, respingada nariz y ágiles manos. Pasaron luego algunos artistas más; y cogida de la mano de un hombre viejo y muy grave, una niña blanca, muy blanca, sonriente, de rubios cabellos, linda y morenos ojos. Pasaron todos. Seguí entre la multitud aquel desfile y los acompañé hasta que tomaron el cochecito, partiendo entre la curiosidad bullanguera de las gentes.

Yo estaba dichoso por haberlos visto. Al día siguiente contaría en la escuela quiénes eran, cómo eran y qué decían. Pero encaminándome a casa, me di cuenta de que ya estaba oscureciendo. Era muy tarde. Ya habrían comido. ¿Qué decir? Sacome de mis cavilaciones una mano posándose en mi hombro.





—¡Cómo! ¿Dónde has estado?

Era mi hermano Anfiloquio. Yo no sabía qué responder.

—Nada —apunté con despreocupación forzada—, que salimos tarde del colegio...

—No puede ser, porque Alfredito llegó a su casa a las cuatro y cuarto...

Me perdí. Alfredito era hijo de don Enrique, el vecino; le habían preguntado por mí, y había respondido que salimos juntos de la escuela. No había más. Llegamos a casa. Todos estaban serios. Mis hermanos no se atrevían a decir palabra. Felizmente, mi padre no estaba y cuando fui a dar el beso a mamá, esta, sin darle la importancia de otros días, me dijo fríamente:

—Cómo, jovencito, ¿estas son horas de venir?...

Yo no respondí nada. Mi madre agregó:

—¡Está bien!...

Metime en mi cuarto y me senté en la cama con la cabeza inclinada. Nunca había llegado tarde a mi casa. Oí un manso ruido: levanté los ojos. Era mi hermanita. Se acercó a mí tímidamente.

—Oye —me dijo tirándome del brazo y sin mirarme de frente— anda a comer...

Su gesto me alentó un poco. Era mi buena confidenta, mi abnegada compañerita, la que se ocupaba de mí con tanto interés como de ella misma.

—¿Ya comieron todos?, —le interrogué.

—Hace mucho tiempo. ¡Si ya vamos a acostarnos! Ya van a bajar el farol...

—Oye —le dije—, ¿y qué han dicho?

—Nada; mamá no ha querido comer...

Yo no quise ir a la mesa. Mi hermana salió y volvió al punto trayéndome a escondidas un pan, un plátano y unas galletas que le habían regalado en la tarde.

—Anda, come, no seas zonzo. No te van a hacer nada... Pero eso sí, no lo vuelvas a hacer.



—No, no quiero.

—Pero oye, ¿dónde fuiste?...

Me acordé del circo. Entusiasmado pensé en aquel admirable circo que había llegado, olvidé a medias mi preocupación, empecé a contarle las maravillas que había visto. ¡Eso era un circo!

—Cuántos volatineros hay —le decía—, un barrista con unos brazos muy fuertes; un domador muy feo, debe de ser muy valiente porque estaba muy serio. ¡Y el oso! ¡En su jaula de barrotes, husmeando entre las rendijas! ¡Y el payaso!... ¡pero qué serio es el payaso! Y unos hombres, un montón de volatineros, el caballo blanco, el mono, con su saquito rojo, atado a una cadena. ¡Ah!, ¡es un circo espléndido!

—¿Y cuándo dan función?

—El sábado...

E iba a continuar, cuando apareció la criada:

—Niñita. ¡A acostarse!

Salió mi hermana. Oí en la otra habitación la voz de mi madre que la llamaba y volví a quedarme solo, pensando en el circo, en lo que había visto y en el castigo que me esperaba.

Todos se habían acostado ya. Apareció mi madre, sentose a mi lado y me dijo que había hecho muy mal. Me riñó blandamente, y entonces tuve claro concepto de mi falta. Me acordé de que mi madre no había comido por mí; me dijo que no se lo diría a papá, porque no se molestase conmigo. Que yo la hacía sufrir, que yo no la quería...

¡Cuán dulces eran las palabras de mi pobrecita madre! ¡Qué mirada tan pesarosa con sus benditas manos cruzadas en el regazo! Dos lágrimas cayeron juntas de sus ojos, y yo, que hasta ese instante me había contenido, no pude más y sollozando le besé las manos. Ella me dio un beso en la frente. ¡Ah, cuán feliz era, qué buena era mi madre, que sin castigarme me había perdonado!

Me dio después muchos consejos, me hizo rezar “el bendito”, me ofreció la mejilla, que besé, y me dejó acostado.

Sentí ruido al poco rato. Era mi hermanita. Se había escapado de su cama descalza; echó algo sobre la mía, y me dijo volviéndose a la carrera y de puntitas como había entrado:

—Oye, los dos centavos para ti, y el trompo también te lo regalo...





Soñé con el circo. Claramente aparecieron en mi sueño todos los personajes. Vi desfilar a todos los animales. El payaso, el oso, el mono, el caballo, y, en medio de ellos, la niña rubia, delgada, de ojos negros, que me miraba sonriente. ¡Qué buena debía de ser aquella criatura tan callada y delgaducha! Todos los artistas se agrupaban, bailaba el oso, pirueteaba el payaso, giraba en la barra el hombre fuerte, en su caballo blanco daba vueltas al circo una bella mujer, y todo se iba borrando en mi sueño, quedando solo la imagen de la desconocida niña con su triste y dulce mirada lánguida.

Llegó el sábado. Durante el almuerzo, en mi casa, mis hermanos hablaron del circo. Exaltaban la agilidad del barrista, el mono era un prodigio, jamás había llegado un payaso más gracioso que "Confitito"; ¡qué oso tan inteligente! y luego... todos los jóvenes de Pisco iban a ir aquella noche al circo...

Papá sonreía aparentando seriedad. Al concluir el almuerzo sacó pausadamente un sobre.

—¡Entradas! —cuchichearon mis hermanos.

—¡Sí, entradas! ¡Espera!...

—¡Entradas! —insistía el otro.

El sobre fue a poder de mi madre.

Levantóse papá y con él la solemnidad de la mesa; y todos saltando de nuestros asientos, rodeamos a mi madre.

—¿Qué es? ¿Qué es?...

—¡Estarse quietos o... no hay nada!

Volvimos a nuestros puestos. Abrióse el sobre y, ¡oh, papelillos morados!

Eran las entradas para el circo; venía dentro un programa. ¡Qué programa! ¡Con letras enormes y con los artistas pintados! Mi hermano mayor leyó. ¡Qué admirable maravilla!

El afamado barrista Kendall; el hombre de goma; el célebre domador Mister Glandys; la bellísima amazona Miss Blutner con su caballo blanco, el caballo matemático; el graciosísimo payaso "Confitito", rey de los payasos del Pacífico, y su mono; y el extraordinario y emocio-

nante espectáculo "El vuelo de los cóndores", ejecutado por la pequeñísima artista Miss Orquídea.

Me dio una corazonada. La niña no podía ser otra... Miss Orquídea. ¿Y esa niña frágil y delicada iba a realizar aquel prodigio? Celebraron alborozados mis hermanos el circo, y yo, pensando, me fui al jardín, después a la escuela, y aquella tarde no atravesé palabra con ninguno de mis camaradas.

### III

A las cuatro salí del colegio, y me encaminé a casa. Dejaba los libros cuando sentí ruido y las carreras atropelladas de mis hermanos.

—¡El convite! ¡El convite!...

—¡Abraham, Abraham! —gritaba mi hermanita—. ¡Los volatineros!

Salimos todos a la puerta. Por el fondo de la calle venía un grupo enorme de gente que unos cuantos músicos precedían. Avanzaron. Vimos pasar la banda de músicos con sus bronces ensortijados y sonoros, el bombo iba delante dando atronadores compases, después, en un caballo blanco, la artista Miss Blutner, con su ceñido talle, sus rosadas piernas, sus brazos desnudos y redondos. Precioso atavío llevaba el caballo, que un hombre con casaca roja y un penacho en la cabeza, lleno de cordones, portaba de la brida; después iba Míster Kendall, en traje de oficio, mostrando sus musculosos brazos en otro caballo. Montaba el tercero Miss Orquídea, la bellísima criatura, que sonreía tristemente; en seguida el mono, muy engalanado, caballero en un asno pequeño, y luego "Confitito", rodeado de muchedumbre de chiquillos que palmoteaban a su lado llevando el compás de la música.

En la esquina se detuvieron y "Confitito" entonó al son de la música esta copla: "Los jóvenes de este tiempo usan flor en el ojal y dentro de los bolsillos no se les encuentra un real..."

Una algazara estruendosa coreó las últimas palabras del payaso. Agitó este su cónico sombrero, dejando al descubierto su pelada cabeza. Rompió el bombo la marcha y todos se perdieron por el fin de la plazoleta hacia los rieles del ferrocarril para encaminarse al pueblo. Una nube de polvo los seguía, y nosotros entramos a casa nuevamente, en tanto que la caravana multicolor y sonora se esfumaba detrás de los toñuces, en el salitroso camino.





#### IV

Mis hermanos apenas comieron. No veíamos la hora de llegar al circo. Vestímonos todos, y listos, nos despedimos de mamá. Mi padre llevaba su “Carlos Alberto”. Salimos, atravesamos la plazuela, subimos la calle del tren, que tenía al final una baranda de hierro, y llegamos al cochecito, que agitaba su campana. Subimos al carro, sonó el pitear de partida; una trepidación; soltose el breque, chasqueó el látigo, y las mulas halaron.

Llegamos por fin al pueblo y poco después al circo. Estaba este en una estrecha calle. Un grupo de gentes se estacionaban en la puerta que iluminaban dos grandes aparatos de bencina de cinco luces. A la entrada, en la acera, había mesitas, con pequeños toldos, donde en floreados vasos con las armas de la patria estaba la espumosa y blanca chicha de maní, la amarilla de garbanzos y la dulce de “bonito”, las butifarras, que eran panes en cuya boca abierta el ají y la lechuga ocultaban la carne; los platos con cebollas picadas en vinagre, la fuente de “escabeche” con sus yacentes pescados; la “causa”, sobre cuya blanda masa reposaban graciosamente el rojo de los camarones, el morado de las aceitunas, los pedazos de queso, los repollos verdes, y el “pisco” oloroso, alabado por las vendedoras...

Entramos por un estrecho callejoncito de adobes, pasamos un espacio pequeño donde charlaban gentes, y al fondo, en un inmenso corralón, levantábase la carpa. Una gran carpa, de la que salían gritos, llamadas, piteos, risas. Nos instalamos. Sonó una campanada.

—¡Segunda! —gritaron todos, aplaudiendo.

El circo estaba rebosante. La escalonada muchedumbre formaba un gran círculo, y delante de los bajos escalones, separada por un zócalo de lona, la platea, y entre esta y los palcos que ocupábamos nosotros, un pasadizo. Ante los palcos estaba la pista, la arena donde iban a realizarse las maravillas de aquella noche.

Sonó largamente otro campanillazo..

—¡Tercera! ¡Bravo! ¡Bravo!

La música comenzó con el programa: obertura por la banda. Presentación de la compañía. Salieron los artistas en doble fila. Llegaron al centro de la pista y saludaron a todas partes con una actitud uniforme, graciosa y peculiar; en el centro, Miss Orquídea con su admirable cuerpecito, vestido de punto, con zapatillas rojas, sonreía.

Salió el barrista, gallardo, musculoso, con sus negros, espesos y retorcidos bigotes. ¡Qué bien peinado! Saludó. Ya estaba lista la barra. Sacó un pañuelo de un bolsillo secreto en el pecho, colgose, giró retorcido vertiginosamente, parose en la barra, pendió de corvas, de vientre; hizo rehiletes y, por fin, dio un gran salto mortal y cayó en la alfombra, en el centro del circo. Gran aclamación. Agradeció. Después todos los números del programa. Pasó Miss Blutner corriendo en su caballo; contó este con la pata desde uno hasta diez; a una pregunta que le hizo su ama de si dos y dos eran cinco, contestó negativamente con la cabeza, en convencido ademán. Salió Míster Glandys con su oso; bailó este acompasado y socarrón, pirueteó el mono, se golpeó varias veces el payaso y, por fin, el público exclamó al terminar el segundo entreacto:

—“¡El vuelo de los cóndores!”.

## V

Un estremecimiento recorrió todos mis nervios. Dos hombres de cascaca roja pusieron en el circo, uno frente a otro, unos estrados altos, altísimos, que llegaban hasta tocar la carpa. Dos trapecios colgados del centro mismo de esta oscilaban. Sonó la tercera campanada y apareció entre los artistas Miss Orquídea, con su apacible sonrisa; llegó al centro, saludó graciosamente, colgose de una cuerda y la ascendieron al estrado. Parose en él delicadamente, como una golondrina en un alero breve. La prueba consistía en que la niña tomase el trapecio, que pendiendo del centro le acercaban con unas cuerdas a la mano, y, colgada de él, atravesara el espacio, donde otro trapecio la esperaba, debiendo en la gran altura cambiar de trapecio y detenerse nuevamente en el estrado opuesto.

Se dieron las voces, se soltó el trapecio opuesto, y en el suyo la niña se lanzó mientras el bombo —detenida la música— producía un ruido siniestro y monótono. ¡Qué miedo, qué dolorosa ansiedad! ¡Cuánto habría dado yo porque aquella niña rubia y triste no volase! Serenamente realizó la peligrosa hazaña. El público silencioso y casi inmóvil la contemplaba, y cuando la niña se instaló nuevamente en el estrado y saludó segura de su triunfo, el público la aclamó con vehemencia. La aclamó mucho. La niña bajó, el público seguía aplaudiendo. Ella, para agradecer hizo unas pruebas difíciles en la alfombra, se curvó, su cuerpecito se retorcía como un aro, y enroscada, giraba, giraba como





un extraño monstruo, el cabello despeinado, el color encendido. El público aplaudía más, más. El hombre que la traía en el muelle de la mano habló algunas palabras con los otros. La prueba iba a repetirse.

Nuevas aclamaciones. La pobre niña obedeció al hombre adusto casi inconscientemente. Subió. Se dieron las voces. El público enmudeció, el silencio se hizo en el circo, y yo hacía votos, con los ojos fijos en ella, porque saliese bien de la prueba. Sonó una palmada y Miss Orquídea se lanzó... ¿Qué le pasó a la pobre niña? Nadie lo sabía. Cogió mal el trapecio, se soltó a destiempo, titubeó un poco, dio un grito profundo, horrible, pavoroso y cayó como una avecilla herida en el vuelo, sobre la red del circo, que la salvó de la muerte. Rebotó en ella varias veces. El golpe fue sordo. La recogieron, escupió y vi mancharse de sangre su pañuelo, perdida en brazos de esos hombres y en medio del clamor de la multitud.

Papá nos hizo salir, cruzamos las calles, tomamos el cochecito y yo, mudo y triste, oyendo los comentarios, no sé qué cosas pensaba contra esa gente. Por primera vez comprendí entonces que había hombres muy malos...

## VI

Pasaron algunos días. Yo recordaba siempre con tristeza a la pobre niña; la veía entrar al circo, vestida de punto, sonriente, pálida; la veía después caída, escupiendo sangre en el pañuelo, ¿dónde estaría? El circo seguía funcionando. Mi padre no quiso que fuéramos más. Pero ya no daban el “El vuelo de los cóndores”. Los artistas habían querido explotar la piedad del público haciendo palpable la ausencia de Miss Orquídea.

El sábado siguiente, cuando había vuelto de la escuela y jugaba en el jardín con mi hermana, oímos música.

—¡El convite! ¡Los volatineros!...

Salimos en carrera loca. ¿Vendría Miss Orquídea?...

¡Con qué ansias vi acercarse el desfile! Pasó el bombo sordo con sus golpes definitivos, los músicos con sus bronces ensortijados, los platillos estridentes, los acróbatas y después el caballo de Miss Orquídea, solo, con un listón negro en la cabeza... Luego el resto de la farándula, el mono impasible haciendo sus eternas muecas sin sentido...

¿Dónde estaba Miss Orquídea?...

No quise ver más; entré en mi cuarto y por primera vez, sin saber por qué, lloré a escondidas la ausencia de la pobrecita artista.

## VII

Algunos días más tarde, al ir, después del almuerzo, a la escuela, por la orilla del mar, al pie de las casitas que llegan hasta la ribera y cuyas escalas mojan las olas a ratos, salpicando las terrazas de madera, senteme a descansar, contemplando el mar tranquilo y el muelle, que a la izquierda quedaba. Volví la cara al oír unas palabras en la terraza que tenía a mi espalda y vi algo que me inmovilizó. Vi una niña muy pálida, muy delgada, sentada, mirando desde allí el mar. No me equivocaba: era Miss Orquídea, en un gran sillón de brazos, envuelta en una manta verde, inmóvil.

Me quedé mirándola largo rato. La niña levantó hacia mí los ojos y me miró dulcemente. ¡Cuán enferma debía de estar! Seguí a la escuela y por la tarde volví a pasar por la casa. Allí estaba la enfermita, sola. La miré cariñosamente desde la orilla; esta vez la enferma sonrió, sonrió. ¡Ah quién pudiera ir a su lado a consolarla! Volví al otro día, y al otro, y así durante ocho días. Éramos como amigos. Yo me acercaba a la baranda de la terraza, pero no hablábamos. Siempre nos sonreíamos mudos, y yo estaba mucho tiempo a su lado.

Al noveno día me acerqué a la casa. Miss Orquídea no estaba. Entonces tuve una sospecha: había oído decir que el circo se iba pronto. Aquel día salía vapor. Eran las once; crucé la calle y atravesé el jirón de la Aduana. En el muelle vi a algunos de los artistas con maletas y líos, pero la niña no estaba. Me encaminé a la punta del muelle y esperé en el embarcadero. Pronto llegaron los artistas en medio de gran cantidad de pueblo y de granujas que rodeaban al mono y al payaso. Y entre Miss Blutner y Kendall, cogida de los brazos, caminando despacio, tosiendo, tosiendo, la bella criatura. Metime entre las gentes para verla bajar al bote desde el embarcadero. La niña buscó algo con los ojos, me vio, sonrió muy dulcemente conmigo y me dijo al pasar junto a mí:

—Adiós...





Mis ojos la vieron bajar en brazos de Kendall al botecillo inestable; la vieron alejarse de los mohosos barrotes del muelle; y ella me miraba triste con los ojos húmedos; sacó su pañuelo y lo agitó mirándome; yo la saludaba con la mano, y así se fue esfumando, hasta que solo se distinguía el pañuelo como una ala rota, como una paloma agonizante, y por fin no se vio más que el bote pequeño que se perdía tras el vapor...

Volví a mi casa, y a las cinco, cuando salí de la escuela, sentado en la terraza de la casa vacía, en el mismo sitio que ocupara la dulce amiga, vi perderse a lo lejos en la extensión marina el vapor, que manchaba con su cabellera de humo el cielo sangriento del crepúsculo.

Abraham Valdelomar



# Los gallinazos sin plumas

A las seis de la mañana la ciudad se levanta de puntillas y comienza a dar sus primeros pasos. Una fina niebla disuelve el perfil de los objetos y crea como una atmósfera encantada. Las personas que recorren la ciudad a esta hora parece que están hechas de otra sustancia, que pertenecen a un orden de vida fantasmal. Las beatas se arrastran penosamente hasta desaparecer en los pórticos de las iglesias. Los noctámbulos, macerados por la noche, regresan a sus casas envueltos en sus bufandas y en su melancolía. Los basureros inician por la avenida Pardo su paseo siniestro, armados de escobas y de carretas. A esta hora se ve también obreros caminando hacia el tranvía, policías bostezando contra los árboles, canillitas morados de frío, sirvientas sacando los cubos de basura. A esta hora, por último, como a una especie de misteriosa consigna, aparecen los gallinazos sin plumas. A esta hora el viejo don Santos se pone la pierna de palo y sentándose en el colchón comienza a berrear:

—¡A levantarse! ¡Efraín, Enrique! ¡Ya es hora!

Los dos muchachos corren a la acequia del corralón frotándose los ojos legañosos. Con la tranquilidad de la noche el agua se ha remansado y en su fondo transparente se ven crecer yerbas y deslizarse ágiles infusorios. Luego de enjuagarse la cara, coge cada cual su lata y se lanzan a la calle. Don Santos, mientras tanto, se aproxima al chiquero y con su larga vara golpea el lomo de su cerdo que se revuelca entre los desperdicios.

—¡Todavía te falta un poco, marrano! Pero aguarda no más, que ya llegará tu turno.

Efraín y Enrique se demoran en el camino, trepándose a los árboles para arrancar moras o recogiendo piedras, de aquellas filudas que cortan el aire y hieren por la espalda. Siendo aún la hora celeste llegan a su dominio, una larga calle ornada de casas elegantes que desemboca en el malecón.





Ellos no son los únicos. En otros corralones, en otros suburbios alguien ha dado la voz de alarma y muchos se han levantado. Unos portan latas, otros cajas de cartón, a veces solo basta un periódico viejo. Sin conocerse forman una especie de organización clandestina que tiene repartida toda la ciudad. Los hay que merodean por los edificios públicos, otros han elegido los parques o los muladares. Hasta los perros han adquirido sus hábitos, sus itinerarios, sabiamente aleccionados por la miseria.

Efraín y Enrique, después de un breve descanso, empiezan su trabajo. Cada uno escoge una acera de la calle. Los cubos de basura están alineados delante de las puertas. Hay que vaciarlos íntegramente y luego comenzar la exploración. Un cubo de basura es siempre una caja de sorpresas. Se encuentran latas de sardinas, zapatos viejos, pedazos de pan, pericotes muertos, algodones inmundos. A ellos solo les interesan los restos de comida. En el fondo del chiquero, Pascual recibe cualquier cosa y tiene predilección por las verduras ligeramente descompuestas. La pequeña lata de cada uno se va llenando de tomates podridos, pedazos de sebo, extrañas salsas que no figuran en ningún manual de cocina. No es raro, sin embargo, hacer un hallazgo valioso. Un día Efraín encontró unos tirantes con los que fabricó una honda. Otra vez una pera casi buena que devoró en el acto. Enrique, en cambio, tiene suerte para las cajitas de remedios, los pomos brillantes, las escobillas de dientes usadas y otras cosas semejantes que colecciona con avidez. Después de una rigurosa selección regresan la basura al cubo y se lanzan sobre el próximo. No conviene demorarse mucho porque el enemigo siempre está al acecho. A veces son sorprendidos por las sirvientas, y tienen que huir dejando regado su botín. Pero, con más frecuencia, es el carro de la Baja Policía el que aparece, y entonces la jornada está perdida.

Cuando el sol asoma sobre las lomas, la hora celeste llega a su fin. La niebla se ha disuelto, las beatas están sumidas en éxtasis, los noctámbulos duermen, los canillitas han repartido los diarios, los obreros trepan a los andamios. La luz desvanece el mundo mágico del alba. Los gallinazos sin plumas han regresado a su nido.

Don Santos los esperaba con el café preparado.

—A ver, ¿qué cosa me han traído? Husmeaba entre las latas, y si la provisión estaba buena hacía siempre el mismo comentario:



—Pascual tendrá banquete hoy día.

Pero la mayoría de las veces estallaba:

—¡Idiotas! ¿Qué han hecho hoy día? ¡Se han puesto a jugar seguramente! ¡Pascual se morirá de hambre!

Ellos huían hacia el emparrado, con las orejas ardientes de los pescoszones, mientras el viejo se arrastraba hasta el chiquero. Desde el fondo de su reducto el cerdo empezaba a gruñir. Don Santos le aventaba la comida.

—¡Mi pobre Pascual! Hoy día te quedarás con hambre por culpa de estos zamarros. Ellos no te engríen como yo. ¡Habrá que zurrarlos para que aprendan!

Al comenzar el invierno el cerdo estaba convertido en una especie de monstruo insaciable. Todo le parecía poco y don Santos se vengaba en sus nietos del hambre del animal. Los obligaba a levantarse más temprano, a invadir los terrenos ajenos en busca de más desperdicios. Por último los forzó a que se dirigieran hasta el muladar que estaba al borde del mar.

—Allí encontrarán más cosas. Será más fácil además porque todo está junto.

Un domingo, Efraín y Enrique llegaron al barranco. Los carros de la Baja Policía, siguiendo una huella de tierra, descargaban la basura sobre una pendiente de piedras. Visto desde el malecón, el muladar formaba una especie de acantilado oscuro y humeante, donde los gallinazos y los perros se desplazaban como hormigas. Desde lejos los muchachos arrojaron piedras para espantar a sus enemigos. El perro se retiró aullando. Cuando estuvieron cerca sintieron un olor nauseabundo que penetró hasta sus pulmones. Los pies se les hundían en un alto de plumas, de excrementos, de materias descompuestas o quemadas. Enterrando las manos comenzaron la exploración. A veces, bajo un periódico amarillento, descubrían una carroña devorada a medias. En los acantilados próximos los gallinazos espiaban impacientes y algunos se acercaban saltando de piedra en piedra, como si quisieran acorralarlos. Efraín gritaba para intimidarlos, y sus gritos resonaban en el desfiladero y hacían desprenderse guijarros que rodaban hacía el mar. Después de una hora de trabajo regresaron al corralón con los cubos llenos.

—¡Bravo! —exclamó don Santos—. Habrá que repetir esto dos o tres veces por semana.





Desde entonces, los miércoles y los domingos, Efraín y Enrique hacían el trote hasta el muladar. Pronto formaron parte de la extraña fauna de esos lugares, y los gallinazos, acostumbrados a su presencia, laboraban a su lado, graznando, aleteando, escarbando con sus picos amarillos, como ayudándoles a descubrir la pista de la preciosa suciedad.

Fue al regresar de una de esas excursiones que Efraín sintió un dolor en la planta del pie. Un vidrio le había causado una pequeña herida. Al día siguiente tenía el pie hinchado, no obstante lo cual prosiguió su trabajo. Cuando regresaron no podía casi caminar, pero don Santos no se percató de ello, pues tenía visita. Acompañado de un hombre gordo que tenía las manos manchadas de sangre, observaba el chiquero.

—Dentro de veinte o treinta días vendré por acá —decía el hombre—. Para esa fecha creo que podrá estar a punto.

Cuando partió, don Santos echaba fuego por los ojos.

—¡A trabajar! ¡A trabajar! ¡De ahora en adelante habrá que aumentar la ración de Pascual! El negocio anda sobre rieles.

A la mañana siguiente, sin embargo, cuando don Santos despertó a sus nietos, Efraín no se pudo levantar.

—Tiene una herida en el pie —explicó Enrique—. Ayer se cortó con un vidrio.

Don Santos examinó el pie de su nieto. La infección había comenzado.

—¡Esas son patrañas! Que se lave el pie en la acequia y que se envuelva con un trapo.

—¡Pero si le duele! —intervino Enrique—. No puede caminar bien.

Don Santos meditó un momento. Desde el chiquero llegaban los gruñidos de Pascual.

—Y ¿a mí? —preguntó dándose un palmazo en la pierna de palo—. ¿Acaso no me duele la pierna? Y yo tengo setenta años y yo trabajo... ¡Hay que dejarse de mañas!

Efraín salió a la calle con su lata, apoyado en el hombro de su hermano. Media hora después regresaron con los cubos casi vacíos.

—¡No podía más! —dijo Enrique al abuelo—. Efraín está medio cojo.

Don Santos observó a sus dos nietos como si meditara una sentencia.



—Bien, bien —dijo rascándose la barba rala y cogiendo a Efraín del pescuezo lo arreó hacia el cuarto—. ¡Los enfermos a la cama! ¡A podrirse sobre el colchón! Y tú harás la tarea de tu hermano. ¡Vete ahora mismo al muladar!

Cerca de mediodía Enrique regresó con los cubos repletos. Lo seguía un extraño visitante: un perro escuálido y medio sarnoso.

—Lo encontré en el muladar —explicó Enrique—, y me ha venido siguiendo.

Don Santos cogió la vara.

—¡Una boca más en el corralón!

Enrique levantó al perro contra su pecho y huyó hacia la puerta.

—¡No le hagas nada, abuelito! Le daré yo de mi comida.

Don Santos se acercó, hundiendo su pierna de palo en el lodo.

—¡Nada de perros aquí! ¡Ya tengo bastante con ustedes!

Enrique abrió la puerta de la calle.

—Si se va él, me voy yo también.

El abuelo se detuvo. Enrique aprovechó para insistir:

—No come casi nada..., mira lo flaco que está. Además, desde que Efraín está enfermo, me ayudará. Conoce bien el muladar y tiene buena nariz para la basura.

Don Santos reflexionó, mirando el cielo donde se condensaba la garúa. Sin decir nada, soltó la vara, cogió los cubos y se fue rengueando hasta el chiquero.

Enrique sonrió de alegría, y con su amigo aferrado al corazón corrió donde su hermano.

—¡Pascual, Pascual... Pascualito! —cantaba el abuelo.

—Tú te llamarás Pedro —dijo Enrique acariciando la cabeza de su perro e ingresó donde Efraín.

Su alegría se esfumó: Efraín inundado de sudor se revolcaba de dolor sobre el colchón. Tenía el pie hinchado, como si fuera de jebe y estuviera lleno de aire. Los dedos habían perdido casi su forma.

—Te he traído este regalo, mira —dijo mostrando al perro—. Se llama





Pedro, es para ti, para que te acompañe... Cuando yo me vaya al muladar te lo dejaré y los dos jugarán todo el día. Le enseñarás a que te traiga piedras en la boca.

—¿Y el abuelo? —preguntó Efraín extendiendo su mano hacia el animal.

—El abuelo no dice nada —suspiró Enrique.

Ambos miraron hacia la puerta. La garúa había empezado a caer. La voz del abuelo llegaba:

—¡Pascual, Pascual... Pascualito!

Esa misma noche salió luna llena. Ambos nietos se inquietaron, porque en esta época el abuelo se ponía intratable. Desde el atardecer lo vieron rondando por el corralón, hablando solo, dando de varillazos al emparrado. Por momentos se aproximaba al cuarto, echaba una mirada a su interior y, al ver a sus nietos silenciosos, lanzaba un salivazo cargado de rencor. Pedro le tenía miedo, y cada vez que lo veía se acurrucaba y quedaba inmóvil como una piedra.

—¡Mugre, nada más que mugre! —repitió toda la noche el abuelo, mirando la luna.

A la mañana siguiente Enrique amaneció resfriado. El viejo, que lo sintió estornudar en la madrugada, no dijo nada. En el fondo, sin embargo, presentía una catástrofe. Si Enrique enfermaba, ¿quién se ocuparía de Pascual? La voracidad del cerdo crecía con su gordura. Gruñía por las tardes con el hocico enterrado en el fango. Del corralón de Nemesio, que vivía a una cuadra, se habían venido a quejar.

Al segundo día sucedió lo inevitable: Enrique no se pudo levantar. Había tosido toda la noche, y la mañana lo sorprendió temblando, quemado por la fiebre.

—¿Tú también? —preguntó el abuelo.

Enrique señaló su pecho, que roncaba. El abuelo salió furioso del cuarto. Cinco minutos después regresó.

—¡Está muy mal engañarme de esta manera! —plañía—. Abusan de mí porque no puedo caminar. Saben bien que soy viejo, que soy cojo. ¡De otra manera los mandarían al diablo y me ocuparía yo solo de Pascual!

Efraín se despertó quejándose y Enrique comenzó a toser.

—¡Pero no importa! Yo me encargaré de él. ¡Ustedes son basura, nada más que basura! ¡Unos pobres gallinazos sin plumas! Ya verán cómo les saco ventaja. El abuelo está fuerte todavía. ¡Pero eso sí, hoy día no habrá comida para ustedes! ¡No habrá comida hasta que no puedan levantarse y trabajar!

A través del umbral lo vieron levantar las latas en vilo y volcarse en la calle. Media hora después regresó aplastado. Sin la ligereza de sus nietos el carro de la Baja Policía lo había ganado. Los perros, además, habían querido morderlo.

—¡Pedazos de mugre! ¡Ya saben, se quedarán sin comida hasta que no trabajen!

Al día siguiente trató de repetir la operación, pero tuvo que renunciar. Su pierna de palo había perdido la costumbre de las pistas de asfalto, de las duras aceras y cada paso que daba era como un lanzazo en la ingle. A la hora celeste del tercer día quedó desplomado en su colchón, sin otro ánimo que para el insulto.

—¡Si se muere de hambre —gritaba— será por culpa de ustedes!

Desde entonces empezaron unos días angustiosos, interminables. Los tres pasaban el día encerrados en el cuarto, sin hablar, sufriendo una especie de reclusión forzosa. Efraín se revolcaba sin tregua, Enrique tosía. Pedro se levantaba y después de hacer un recorrido por el corralón, regresaba con una piedra en la boca, que depositaba en las manos de sus amos. Don Santos, a medio acostar, jugaba con su pierna de palo y les lanzaba miradas feroces. A mediodía se arrastraba hasta la esquina del terreno donde crecían verduras y preparaba su almuerzo, que devoraba en secreto. A veces aventaba a la cama de sus nietos alguna lechuga o una zanahoria cruda, con el propósito de excitar su apetito, creyendo así hacer más refinado su castigo.

Efraín ya no tenía fuerzas para quejarse. Solamente Enrique sentía crecer en su corazón un miedo extraño, y al mirar a los ojos del abuelo creía desconocerlo, como si ellos hubieran perdido su expresión humana. Por las noches, cuando la luna se levantaba, cogía a Pedro entre sus brazos y lo aplastaba tiernamente hasta hacerlo gemir. A esa hora el cerdo comenzaba a gruñir, y el abuelo se quejaba como si lo estuvieran ahorcando. A veces se ceñía la pierna de palo y salía al corralón. A la luz de la luna Enrique lo veía ir diez veces del chiquero a la huerta, levantando los puños, atropellando lo que encontraba en su camino.





Por último reingresaba en su cuarto y se quedaba mirándolos fijamente, como si quisiera hacerlos responsables del hambre de Pascual.

La última noche de luna llena nadie pudo dormir. Pascual lanzaba verdaderos rugidos. Enrique había oído decir que los cerdos, cuando tenían hambre, se volvían locos como los hombres. El abuelo permaneció en vela, sin apagar siquiera el farol. Esta vez no salió al corralón ni maldijo entre dientes. Hundido en su colchón miraba fijamente la puerta. Parecía amasar dentro de sí una cólera muy vieja, jugar con ella, aprestarse a dispararla. Cuando el cielo comenzó a desteñirse sobre las lomas, abrió la boca, mantuvo su oscura oquedad vuelta hacia sus nietos y lanzó un rugido:

—¡Arriba, arriba, arriba! —los golpes comenzaron a llover—. ¡A levantarse, haraganes! ¿Hasta cuándo vamos a estar así? ¡Esto se acabó! ¡De piel!...

Efraín se echó a llorar, Enrique se levantó, aplastándose contra la pared. Los ojos del abuelo parecían fascinarlo hasta volverlo insensible a los golpes. Veía la vara alzarse y abatirse sobre su cabeza como si fuera una vara de cartón. Al fin pudo reaccionar.

—¡A Efraín no! ¡Él no tiene la culpa! ¡Déjame a mí solo, yo saldré, yo iré al muladar!

El abuelo se contuvo jadeante. Tardó mucho en recuperar el aliento.

—Ahora mismo... al muladar... lleva los dos cubos, cuatro cubos...

Enrique se apartó, cogió los cubos y se alejó a la carrera. La fatiga del hambre y de la convalecencia lo hacían trastabillar. Cuando abrió la puerta del corralón, Pedro quiso seguirlo.

—Tú no. Quédate aquí cuidando a Efraín.

Y se lanzó a la calle respirando a pleno pulmón el aire de la mañana. En el camino comió yerbas, estuvo a punto de masticar la tierra. Todo lo veía a través de una niebla mágica. La debilidad lo hacía ligero, etéreo: volaba casi como un pájaro. En el muladar se sintió un gallinazo más entre los gallinazos. Cuando los cubos estuvieron rebosantes emprendió el regreso. Las beatas, los noctámbulos, los canillitas descalzos, todas las secreciones del alba comenzaban a dispersarse por la ciudad. Enri-

que, devuelto a su mundo, caminaba feliz entre ellos, en su mundo de perros y fantasmas, tocado por la hora celeste.

Al entrar al corralón sintió un aire opresor, resistente, que lo obligó a detenerse. Era como si allí, en el dintel, terminara un mundo y comenzara otro fabricado de barro, de rugidos, de absurdas penitencias. Lo sorprendente era, sin embargo, que esta vez reinaba en el corralón una calma cargada de malos presagios, como si toda la violencia estuviera en equilibrio, a punto de desplomarse. El abuelo, parado al borde del chiquero, miraba hacia el fondo. Parecía un árbol creciendo desde su pierna de palo. Enrique hizo ruido, pero el abuelo no se movió.

—¡Aquí están los cubos!

Don Santos le volvió la espalda y quedó inmóvil. Enrique soltó los cubos y corrió intrigado hasta el cuarto. Efraín apenas lo vio, comenzó a gemir:

—Pedro... Pedro...

—¿Qué pasa? —Pedro ha mordido al abuelo... el abuelo cogió la vara... después lo sentí aullar. Enrique salió del cuarto. —¡Pedro, ven aquí! ¿Dónde estás, Pedro?

Nadie le respondió. El abuelo seguía inmóvil, con la mirada en la pared. Enrique tuvo un mal presentimiento. De un salto se acercó al viejo.

—¿Dónde está Pedro?

Su mirada descendió al chiquero. Pascual devoraba algo en medio del lodo. Aún quedaban las piernas y el rabo del perro.

—¡No! —gritó Enrique tapándose los ojos—. ¡No, no! —y a través de las lágrimas buscó la mirada del abuelo. Este la rehuyó, girando torpemente sobre su pierna de palo. Enrique comenzó a danzar en torno suyo, prendiéndose de su camisa, gritando, pataleando, tratando de mirar sus ojos, de encontrar una respuesta.

—¿Por qué has hecho eso? ¿Por qué?

El abuelo no respondía. Por último, impaciente, dio un manotón a su nieto que lo hizo rodar por tierra. Desde allí Enrique observó al viejo





que, erguido como un gigante, miraba obstinadamente el festín de Pascual. Estirando la mano encontró la vara que tenía el extremo manchado de sangre. Con ella se levantó de puntillas y se acercó al viejo.

—¡Voltea! —gritó—. ¡Voltea!

Cuando don Santos se volvió, divisó la vara que cortaba el aire y se estrellaba contra su pómulo.

—¡Toma! —chilló Enrique y levantó nuevamente la mano. Pero súbitamente se detuvo, temeroso de lo que estaba haciendo y, lanzando la vara a su alrededor, miró al abuelo casi arrepentido. El viejo, cogiéndose el rostro, retrocedió un paso, su pierna de palo tocó tierra húmeda, resbaló, y dando un alarido se precipitó de espaldas al chiquero.

Enrique retrocedió unos pasos. Primero aguzó el oído pero no se escuchaba ningún ruido. Poco a poco se fue aproximando. El abuelo, con la pata de palo quebrada, estaba de espaldas en el fango. Tenía la boca abierta y sus ojos buscaban a Pascual, que se había refugiado en un ángulo y husmeaba sospechosamente el lodo. Enrique se fue retirando, con el mismo sigilo con que se había aproximado. Probablemente el abuelo alcanzó a divisarlo pues mientras corría hacia el cuarto le pareció que lo llamaba por su nombre, con un tono de ternura que él nunca había escuchado.

¡A mí, Enrique, a mí!...

—¡Pronto! —exclamó Enrique, precipitándose sobre su hermano—. ¡Pronto, Efraín! ¡El viejo se ha caído al chiquero! ¡Debemos irnos de acá!

—¿Adónde? —preguntó Efraín.

—¿Adonde sea, al muladar, donde podamos comer algo, donde los gallinazos!

—¡No me puedo parar!

Enrique cogió a su hermano con ambas manos y lo estrechó contra su pecho. Abrazados hasta formar una sola persona cruzaron lentamente el corralón. Cuando abrieron el portón de la calle se dieron cuenta que la hora celeste había terminado y que la ciudad, despierta y viva, abría ante ellos su gigantesca mandíbula.

Desde el chiquero llegaba el rumor de una batalla.

Julio Ramón Ribeyro

## Por las azoteas

**A** los diez años yo era el monarca de las azoteas y gobernaba pacíficamente mi reino de objetos destruidos. Las azoteas eran los recintos aéreos donde las personas mayores enviaban las cosas que no servían para nada: se encontraban allí sillas cojas, colchones despanzurrados, maceteros rajados, cocinas de carbón, muchos otros objetos que llevaban una vida purgativa, a medio camino entre el uso póstumo y el olvido. Entre todos estos trastos yo erraba omnipotente, ejerciendo la potestad que me fue negada en los bajos. Podía ahora pintar bigotes en el retrato del abuelo, calzar las viejas botas paternas o blandir como una jabalina la escoba que perdió su paja. Nada me estaba vedado: podía construir y destruir, y con la misma libertad con que insuflaba vida a las pelotas de jebe reventadas, presidía la ejecución capital de los maniqués.

Mi reino, al principio, se limitaba al techo de mi casa, pero poco a poco, gracias a valerosas conquistas, fui extendiendo sus fronteras por las azoteas vecinas. De estas largas campañas, que no iban sin peligros —pues había que salvar vallas o saltar corredores abismales—, regresaba siempre enriquecido con algún objeto que se añadía a mi tesoro o con algún rasguño que acrecentaba mi heroísmo. La presencia esporádica de alguna sirvienta que tendía ropa o de algún obrero que reparaba una chimenea, no me causaba ninguna inquietud, pues yo estaba afincado soberanamente en una tierra en la cual ellos eran solo nómades o poblaciones trashumantes.

En los linderos de mi gobierno, sin embargo, había una zona inexplorada que siempre despertó mi codicia. Varias veces había llegado hasta sus inmediaciones, pero una alta empalizada de tablas puntiagudas me impedía seguir adelante. Yo no podía resignarme a que este accidente natural pusiera un límite a mis planes de expansión.

A comienzos del verano decidí lanzarme al asalto de la tierra desconocida. Arrastrando de techo en techo un velador desquiciado y un





perchero vetusto, llegué al borde de la empalizada y construí una alta torre. Encaramándome en ella, logre pasar la cabeza. Al principio solo distinguí una azotea cuadrangular, partida al medio por una larga farola. Pero cuando me disponía a saltar en esa tierra nueva, divisé a un hombre sentado en una perezosa. El hombre parecía dormir. Su cabeza caía sobre su hombro y sus ojos, sombreados por un amplio sombrero de paja, estaban cerrados. Su rostro mostraba una barba descuidada, crecida casi por distracción, como la barba de los náufragos.

Probablemente hice algún ruido, pues el hombre enderezó la cabeza y quedo mirándome perplejo. El gesto que hizo con la mano lo interpreté como un signo de desalajo, y dando un salto me alejé a la carrera.

Durante los días siguientes pasé el tiempo en mi azotea fortificando sus defensas, poniendo a buen recaudo mis tesoros, preparándome para lo que yo imaginaba que sería una guerra sangrienta. Me veía ya invadido por el hombre barbudo; saqueado, expulsado al atroz mundo de los bajos, donde todo era obediencia, manteles blancos, tías escrutadoras y despiadadas cortinas. Pero en los techos reinaba la calma más grande, y en vano pasé horas atrincherado, vigilando la lenta ronda de los gatos o, de vez en cuando, el derrumbe de alguna cometa de papel.

En vista de ello decidí efectuar una salida para cerciorarme con qué clase de enemigo tenía que vérmelas, si se trataba realmente de un usurpador o de algún fugitivo que pedía tan solo derecho de asilo. Armado hasta los dientes, me aventuré fuera de mi fortín y poco a poco fui avanzando hacia la empalizada. En lugar de escalar la torre, contorneé la valla de maderas, buscando un agujero. Por entre la juntura de dos tablas apliqué el ojo y observé: el hombre seguía en la perezosa, contemplando sus largas manos transparentes o lanzando de cuando en cuando una mirada hacia el cielo, para seguir el paso de las nubes viajeras.

Yo hubiera pasado toda la mañana allí, entregado con delicia al espionaje, si es que el hombre, después de girar la cabeza, no quedara mirando fijamente el agujero.

—Pasa —dijo haciéndome una seña con la mano—. Ya sé que estás allí. Vamos a conversar.

Esta invitación, si no equivalía a una rendición incondicional, revelaba al menos el deseo de parlamentar. Asegurando bien mis armamentos, trepé por el perchero y salté al otro lado de la empalizada.



El hombre me miraba sonriente. Sacando un pañuelo blanco del bolsillo —¿era un signo de paz?— se enjugó la frente.

—Hace rato que estás allí —dijo—. Tengo un oído muy fino. Nada se me escapa... ¡Este calor!

—¿Quién eres tú? —le pregunté.

—Yo soy el rey de la azotea —me respondió.

—¡No puede ser! —protesté—. El rey de la azotea soy yo. Todos los techos son míos. Desde que empezaron las vacaciones paso todo el tiempo en ellos. Si no vine antes por aquí fue porque estaba muy ocupado por otro sitio.

—No importa —dijo—. Tú serás el rey durante el día y yo durante la noche.

—No —respondí—. Yo también reinaré durante la noche. Tengo una linterna. Cuando todos estén dormidos, caminaré por los techos.

—Está bien —me dijo—. ¡Reinarás también por la noche! Te regalo las azoteas, pero déjame al menos ser el rey de los gatos.

Su propuesta me pareció aceptable. Mentalmente lo convertía ya en una especie de pastor o domador de mis rebaños salvajes.

—Bueno, te dejo los gatos. Y las gallinas de la casa de al lado, si quieres. Pero todo lo demás es mío.

—Acordado —me dijo—. Acércate ahora. Te voy a contar un cuento. Tú tienes cara de persona que le gustan los cuentos. ¿No es verdad? Escucha, pues: “Había una vez un hombre que sabía algo. Por esta razón lo colocaron en un púlpito. Después lo metieron en una cárcel. Después lo internaron en un manicomio. Después lo encerraron en un hospital. Después lo pusieron en un altar. Después quisieron colgarlo de una horca. Cansado, el hombre dijo que no sabía nada. Y sólo entonces lo dejaron en paz”.

Al decir esto, se echó a reír con una risa tan fuerte que terminó por ahogarse. Al ver que yo lo miraba sin inmutarme, se puso serio.

—No te ha gustado mi cuento —dijo—. Te voy a contar otro, otro mucho más fácil: “Había una vez un famoso imitador de circo que se llamaba Max. Con unas alas falsas y un pico de cartón, salía al ruedo y comenzaba a dar de saltos y a piar. ¡El avestruz! decía la gente, señalándolo, y se moría de risa. Su imitación del avestruz lo hizo famoso en todo el mundo. Durante años repitió su número, haciendo gozar a





los niños y a los ancianos. Pero a medida que pasaba el tiempo, Max se iba volviendo más triste, y en el momento de morir llamó a sus amigos a su cabecera y les dijo: ‘Voy a revelarles un secreto. Nunca he querido imitar al avestruz, siempre he querido imitar al canario’”.

Esta vez el hombre no rio sino que quedó pensativo, mirándome con sus ojos indagadores.

—¿Quién eres tú? —le volví a preguntar—. ¿No me habrás engañado? ¿Por qué estás todo el día sentado aquí? ¿Por qué llevas barba? ¿Tú no trabajas? ¿Eres un vago?

—¡Demasiadas preguntas! —me respondió, alargando un brazo, con la palma vuelta hacia mí—. Otro día te responderé. Ahora vete, vete por favor. ¿Por qué no regresas mañana? Mira el sol, es como un ojo... ¿lo ves? Como un ojo irritado. El ojo del infierno.

Yo miré hacia lo alto, y vi solo un disco furioso que me encegueció. Caminé, vacilando, hasta la empalizada, y cuando la salvaba, distinguí al hombre que se inclinaba sobre sus rodillas y se cubría la cara con su sombrero de paja.

Al día siguiente regresé.

—Te estaba esperando —me dijo el hombre—. Me aburro, he leído ya todos mis libros, y no tengo nada qué hacer.

En lugar de acercarme a él, que extendía una mano amigable, lancé una mirada codiciosa hacia un amontonamiento de objetos que se distinguía al otro lado de la farola. Vi una cama desarmada, una pila de botellas vacías.

—Ah, ya sé —dijo el hombre—. Tú vienes solamente por los trastos. Puedes llevarte lo que quieras. Lo que hay en la azotea —añadió con amargura— no sirve para nada.

—No vengo por los trastos —le respondí—. Tengo bastantes, tengo más que todo el mundo.

—Entonces escucha lo que te voy a decir: el verano es un dios que no me quiere. A mí me gustan las ciudades frías, las que tienen allá arriba una compuerta y dejan caer sus aguas. Pero en Lima nunca llueve o cae tan pequeño rocío que apenas mata el polvo. ¿Por qué no inventamos algo para protegernos del sol?

—Una sombrilla —le dije—, una sombrilla enorme que tape toda la ciudad.

—Eso es, una sombrilla que tenga un gran mástil, como el de la carpa de un circo y que pueda desplegarse desde el suelo, con una soga, como se iza una bandera. Así estaríamos todos para siempre en la sombra. Y no sufriríamos.

Cuando dije esto me di cuenta que estaba todo mojado, que la transpiración corría por sus barbas y humedecía sus manos.

—¿Sabes por qué estaban tan contentos los portapliegos de la oficina?  
—me pregunto de pronto—. Porque les habían dado un uniforme nuevo, con galones. Ellos creían haber cambiado de destino, cuando solo se habían mudado de traje.

—¿La construiremos de tela o de papel? —le pregunté.

El hombre quedó mirándome sin entenderme.

—¡Ah, la sombrilla! —exclamó—. La haremos mejor de piel, ¿qué te parece? De piel humana. Cada cual dará una oreja o un dedo. Y al que no quiera dárnoslo, se lo arrancaremos con una tenaza.

Yo me eche a reír. El hombre me imitó. Yo me reía de su risa y no tanto de lo que había imaginado —que le arrancaba a mi profesora la oreja con un alicate— cuando el hombre se contuvo.

—Es bueno reír —dijo—, pero siempre sin olvidar algunas cosas: por ejemplo, que hasta las bocas de los niños se llenarían de larvas y que la casa del maestro será convertida en cabaret por sus discípulos.

A partir de entonces iba a visitar todas las mañanas al hombre de la perezosa. Abandonando mi reserva, comencé a abrumarlo con toda clase de mentiras e invenciones. Él me escuchaba con atención, me interrumpía solo para darme crédito y alentaba con pasión todas mis fantasías. La sombrilla había dejado de preocuparnos, y ahora ideábamos unos zapatos para andar sobre el mar, unos patines para aligerar la fatiga de las tortugas.

A pesar de nuestras largas conversaciones, sin embargo, yo sabía poco o nada de él. Cada vez que lo interrogaba sobre su persona, me daba respuestas disparatadas u oscuras:

—Ya te lo he dicho: yo soy el rey de los gatos. ¿Nunca has subido de noche? Si vienes alguna vez verás cómo me crece un rabo, cómo se afilan mis uñas, cómo se encienden mis ojos y cómo todos los gatos de los alrededores vienen en procesión para hacerme reverencias.





O decía:

—Yo soy eso, sencillamente, eso y nada más, nunca lo olvidés: un trasto.

Otro día me dijo:

—Yo soy como ese hombre que después de diez años de muerto resucitó y regresó a su casa envuelto en su mortaja. Al principio, sus familiares se asustaron y huyeron de él. Luego se hicieron los que no lo reconocían. Luego lo admitieron pero haciéndole ver que ya no tenía sitio en la mesa ni lecho donde dormir. Luego lo expulsaron al jardín, después al camino, después al otro lado de la ciudad. Pero como el hombre siempre tendía a regresar, todos se pusieron de acuerdo y lo asesinaron.

A mediados del verano, el calor se hizo insoportable. El sol derretía el asfalto de las pistas, donde los saltamontes quedaban atrapados. Por todo sitio se respiraba brutalidad y pereza. Yo iba por las mañanas a la playa en los tranvías atestados, llegaba a casa arenoso y famélico y después de almorzar subía a la azotea para visitar al hombre de la perezosa.

Este había instalado un parasol al lado de su sillona, y se abanicaba con una hoja de periódico. Sus mejillas se habían ahuecado, y, sin su locuacidad de antes, permanecía silencioso, agrio, lanzando miradas coléricas al cielo.

—¡El sol, el sol! —repetía—. Pasará él o pasará yo. ¡Si pudiéramos derribarlo con una escopeta de corcho!

Una de esas tardes me recibió muy inquieto. A un lado de su sillona tenía una caja de cartón. Apenas me vio, extrajo de ella una bolsa con fruta y una botella de limonada.

—Hoy es mi santo —dijo—. Vamos a festejarlo. ¿Sabes lo que es tener treinta y tres años? Conocer de las cosas el nombre, de los países el mapa. Y todo por algo infinitamente pequeño, tan pequeño que la uña de mi dedo meñique sería un mundo a su lado. Pero ¿no decía un escritor famoso que las cosas más pequeñas son las que más nos atormentan, como, por ejemplo, los botones de la camisa?

Ese día me estuvo hablando hasta tarde, hasta que el sol de brujas encendió los cristales de las farolas y crecieron largas sombras detrás de cada ventana teatina.



Cuando me retiraba, el hombre me dijo:

—Pronto terminarán las vacaciones. Entonces, ya no vendrás a verme. Pero no importa, porque ya habrán llegado las primeras lloviznas.

En efecto, las vacaciones terminaban. Los muchachos vivíamos ávidamente esos últimos días calurosos, sintiendo ya en lontananza un olor a tinta, a maestro, a cuadernos nuevos. Yo andaba oprimido por las azoteas, inspeccionando tanto espacio conquistado en vano, sabiendo que se iba a pique mi verano, mi nave de oro cargada de riquezas.

El hombre de la perezosa parecía consumirse. Bajo su parasol, lo veía cobrizo, mudo, observando con ansiedad el último asalto del calor, que hacía arder la torta de los techos.

—¡Todavía dura! —decía señalando el cielo—. ¿No te parece una maldad? Ah, las ciudades frías, las ventosas. Canícula, palabra fea, palabra que recuerda a un arma, a un cuchillo.

Al día siguiente me entregó un libro:

—Lo leerás cuando no puedas subir. Así te acordarás de tu amigo..., de este largo verano.

Era un libro con grabados azules, donde había un personaje que se llamaba Rogelio. Mi madre lo descubrió en el velador. Yo le dije que me lo había regalado “el hombre de la perezosa”. Ella indagó, averiguó y cogiendo el libro con un papel fue corriendo a arrojarlo a la basura.

—¿Por qué no me habías dicho que hablabas con ese hombre? ¡Ya verás esta noche cuando venga tu papá! Nunca más subirás a la azotea.

Esa noche mi papá me dijo:

—Ese hombre está marcado. Te prohíbo que vuelvas a verlo. Nunca más subirás a la azotea.

Mi mamá comenzó a vigilar la escalera que llevaba a los techos. Yo andaba asustado por los corredores de mi casa, por las atroces alcobas, me dejaba caer en las sillas, miraba hasta la extenuación el empapelado del comedor —una manzana, un plátano, repetidos hasta el infinito— u hojeaba los álbumes llenos de parientes muertos. Pero mi oído solo estaba atento a los rumores del techo, donde los últimos días dorados me aguardaban. Y mi amigo en ellos, solitario entre los trastos.





Se abrieron las clases en días aún ardientes. Las ocupaciones del colegio me distrajeran. Pasaba mañanas interminables en mi pupitre, aprendiendo los nombres de los catorce incas y dibujando el mapa del Perú con mis lápices de cera. Me parecían lejanas las vacaciones, ajenas a mí, como leídas en un almanaque viejo.

Una tarde, el patio de recreo se ensombreció, una brisa fría barrió el aire caldeado y pronto la garúa comenzó a resonar sobre las palmeras. Era la primera lluvia de otoño. De inmediato me acordé de mi amigo, lo vi, lo vi jubiloso recibiendo con las manos abiertas esa agua caída del cielo que lavaría su piel, su corazón.

Al llegar a casa estaba resuelto a hacerle una visita. Burlando la vigilancia materna, subí a los techos. A esa hora, bajo ese tiempo gris, todo parecía distinto. En los cordeles, la ropa olvidada se mecía y respiraba en la penumbra, y contra las farolas los maniqués parecían cuerpos mutilados. Yo atravesé, angustiado, mis dominios y a través de barandas y tragaluces llegué a la empalizada. Encaramándome en el perchero, me asomé al otro lado.

Solo vi un cuadrilátero de tierra humedecida. La sillona, desarmada, reposaba contra el somier oxidado de un catre. Caminé un rato por ese reducto frío, tratando de encontrar una pista, un indicio de su antigua palpitación. Cerca de la sillona había una escupidera de loza. Por la larga farola, en cambio, subía la luz, el rumor de la vida. Asomándome a sus cristales vi el interior de la casa de mi amigo, un corredor de losetas por donde hombres vestidos de luto circulaban pensativos.

Entonces comprendí que la lluvia había llegado demasiado tarde.

Julio Ramón Ribeyro



# La insignia

**H**asta ahora recuerdo aquella tarde en que al pasar por el malecón divisé en un pequeño basural un objeto brillante. Con una curiosidad muy explicable en mi temperamento de coleccionista, me agaché y después de recogerlo lo froté contra la manga de mi saco. Así pude observar que se trataba de una menuda insignia de plata, atravesada por unos signos que en ese momento me parecieron incomprensibles. Me la eché al bolsillo y, sin darle mayor importancia al asunto, regresé a mi casa. No puedo precisar cuánto tiempo estuvo guardada en aquel traje que usaba poco. Solo recuerdo que en una oportunidad lo mandé a lavar, y, con gran sorpresa mía, cuando el dependiente me lo devolvió limpio, me entregó una cajita diciéndome: “Esto debe ser suyo, pues lo he encontrado en su bolsillo”.

Era, naturalmente, la insignia y este rescate inesperado me conmovió a tal extremo que decidí usarla. Aquí empieza realmente el encadenamiento de sucesos extraños que me acontecieron. Lo primero fue un incidente que tuve en una librería de viejo. Me hallaba repasando añejas encuadernaciones cuando el patrón, que desde hacía rato me observaba desde el ángulo más oscuro de su librería, se me acercó y, con un tono de complicidad, entre guiños y muecas convencionales, me dijo: “Aquí tenemos libros de Feifer”. Yo lo quedé mirando intrigado porque no había preguntado por dicho autor, el cual, por lo demás, aunque mis conocimientos de literatura no son muy amplios, me era enteramente desconocido. Y acto seguido añadió: “Feifer estuvo en Pilsen”. Como yo no saliera de mi estupor, el librero terminó con un tono de revelación, de confidencia definitiva: “Debe usted saber que lo mataron. Sí, lo mataron de un bastonazo en la estación de Praga”. Y dicho esto se retiró hacia el ángulo de donde había surgido y permaneció en el más profundo silencio. Yo seguí revisando algunos volúmenes maquinalmente, pero mi pensamiento se hallaba preocupado en las palabras enigmáticas del librero. Después de comprar un libro de mecánica salí, desconcertado, del negocio.





Durante algún tiempo estuve razonando sobre el significado de dicho incidente, pero como no pude solucionarlo acabé por olvidarme de él. Mas, pronto, un nuevo acontecimiento me alarmó sobremedida. Caminaba por una plaza de los suburbios cuando un hombre menudo, de faz hepática y angulosa, me abordó intempestivamente y, antes de que yo pudiera reaccionar, me dejó una tarjeta entre las manos, desapareciendo sin pronunciar palabra. La tarjeta, en cartulina blanca, solo tenía una dirección y una cita que rezaba: SEGUNDA SESIÓN: MARTES 4. Como es de suponer, el martes 4 me dirigí a la numeración indicada. Ya por los alrededores me encontré con varios sujetos extraños que merodeaban y que, por una coincidencia que me sorprendió, tenían una insignia igual a la mía. Me introduje en el círculo y noté que todos me estrechaban la mano con gran familiaridad. En seguida ingresamos a la casa señalada, y en una habitación grande tomamos asiento. Un señor de aspecto grave emergió tras un cortinaje y, desde un estrado, después de saludarnos, empezó a hablar interminablemente. No sé precisamente sobre qué versó la conferencia ni si aquello era efectivamente una conferencia. Los recuerdos de niñez anduvieron hilvanados con las más agudas especulaciones filosóficas, y a unas digresiones sobre el cultivo de la remolacha fue aplicado el mismo método expositivo que a la organización del Estado. Recuerdo que finalizó pintando unas rayas rojas en una pizarra, con una tiza que extrajo de su bolsillo.

Cuando hubo terminado, todos se levantaron y comenzaron a retirarse, comentando entusiasmados el buen éxito de la charla. Yo, por condescendencia, sumé mis elogios a los suyos, mas, en el momento en que me disponía a cruzar el umbral, el disertante me pasó la voz con una interjección, y al volverme me hizo una seña para que me acercara.

—Es usted nuevo, ¿verdad? —me interrogó, un poco desconfiado.

—Sí —respondí, después de vacilar un rato, pues me sorprendió que hubiera podido identificarme entre tanta concurrencia—. Tengo poco tiempo.

—¿Y quién lo introdujo?

Me acordé de la librería, con gran suerte de mi parte.

—Estaba en la librería de la calle Amargura, cuando el...

—¿Quién? ¿Martín?

—Sí, Martín.

—¡Ah, es un colaborador nuestro!

—Yo soy un viejo cliente suyo.

—¿Y de qué hablaron?

—Bueno... de Fejfer.

—¿Qué le dijo?

—Que había estado en Pilsen. En verdad... yo no lo sabía.

—¿No lo sabía?

—No —repliqué con la mayor tranquilidad.

—¿Y no sabía tampoco que lo mataron de un bastonazo en la estación de Praga?

—Eso también me lo dijo.

—¡Ah, fue una cosa espantosa para nosotros!

—En efecto —confirmé—, fue una pérdida irreparable.

Mantuvimos una charla ambigua y ocasional, llena de confidencias imprevistas y de alusiones superficiales, como la que sostienen dos personas extrañas que viajan accidentalmente en el mismo asiento de un ómnibus. Recuerdo que mientras yo me afanaba en describirle mi operación de las amígdalas, él, con grandes gestos, proclamaba la belleza de los paisajes nórdicos. Por fin, antes de retirarme, me dio un encargo que no dejó de llamarme la atención.

—Tráigame en la próxima semana —dijo— una lista de todos los teléfonos que empiecen con 38.

Prometí cumplir lo ordenado, y, antes del plazo concedido, concurrí con la lista.

—¡Admirable! —exclamó— Trabaja usted con rapidez ejemplar.

Desde aquel día cumplí una serie de encargos semejantes, de lo más extraños. Así, por ejemplo, tuve que conseguir una docena de papagayos a los que ni más volví a ver. Más tarde fui enviado a una ciudad de provincia a levantar un croquis del edificio municipal. Recuerdo que también me ocupé de arrojar cáscaras de plátano en la puerta de algunas residencias escrupulosamente señaladas, de escribir un artículo sobre los cuerpos celestes, que nunca vi publicado, de adiestrar a un menor en gestos parlamentarios, y aun de cumplir ciertas misiones confidenciales, como llevar cartas que jamás leí o espiar a mujeres exóticas que generalmente desaparecían sin dejar rastros.

De este modo, poco a poco, fui ganando cierta consideración. Al cabo de un año, en una ceremonia emocionante, fui elevado de rango. “Ha ascendido usted un grado”, me dijo el superior de nuestro círculo, abrazándome efusivamente. Tuve, entonces, que pronunciar una breve alo-





cución, en la que me referí en términos vagos a nuestra tarea común, no obstante lo cual, fui aclamado con estrépito. En mi casa, sin embargo, la situación era confusa. No comprendían mis desapariciones imprevistas, mis actos rodeados de misterio, y las veces que me interrogaron evadí las respuestas porque, en realidad, no encontraba una satisfactoria. Algunos parientes me recomendaron, incluso, que me hiciera revisar por un alienista, pues mi conducta no era precisamente la de un hombre sensato. Sobre todo, recuerdo haberlos intrigado mucho un día que me sorprendieron fabricando una gruesa de bigotes postizos pues había recibido dicho encargo de mi jefe.

Esta beligerancia doméstica no impidió que yo siguiera dedicándome, con una energía que ni yo mismo podría explicarme, a las labores de nuestra sociedad. Pronto fui relator, tesorero, adjunto de conferencias, asesor administrativo, y conforme me iba sumiendo en el seno de la organización aumentaba mi desconcierto, no sabiendo si me hallaba en una secta religiosa o en una agrupación de fabricantes de paños.

A los tres años me enviaron al extranjero. Fue un viaje de lo más intrigante. No tenía yo un céntimo; sin embargo, los barcos me brindaban sus camarotes, en los puertos había siempre alguien que me recibía y me prodigaba atenciones, y en los hoteles me obsequiaban sus comodidades sin exigirme nada. Así me vinculé con otros cofrades, aprendí lenguas foráneas, pronuncié conferencias, inauguré filiales a nuestra agrupación y vi cómo extendía la insignia de plata por todos los confines del continente. Cuando regresé, después de un año de intensa experiencia humana, estaba tan desconcertado como cuando ingresé a la librería de Martín.

Han pasado diez años. Por mis propios méritos he sido designado presidente. Uso una toga orlada de púrpura con la que aparezco en los grandes ceremoniales. Los afiliados me tratan de vucencia. Tengo una renta de cinco mil dólares, casas en los balnearios, sirvientes con librea que me respetan y me temen, y hasta una mujer encantadora que viene a mí por las noches sin que yo la llame. Y a pesar de todo esto, ahora, como el primer día y como siempre, vivo en la más absoluta ignorancia, y si alguien me preguntara cuál es el sentido de nuestra organización, yo no sabría qué responderle. A lo más, me limitaría a pintar rayas rojas en una pizarra negra, esperando confiado los resultados que produce en la mente humana toda explicación que se funda inexorablemente en la cábala.

Julio Ramón Ribeyro

# El pecesito dorado

Cuentan que una vez los habitantes de un pueblito cerca del mar, vivían aburridas sin iniciativas y sin grandes ideales que realizar. Por eso, solo de queja en queja estaban. Al vivir así, trabajos importantes no hacían. Y por supuesto progreso en ese pueblito no existía. En realidad, al no hacerse trabajos de importancia y al no saberlos propiciar, ¿podrán ustedes imaginarse? ¡Cuán grandes problemas allí existían!

¿Qué es lo que haremos?, esta pregunta, es la que muchos se hacían, y con críticas y críticas creían consolar las situaciones de miseria en las que ellos se encontraban.

Una mañana de un buen domingo, a ese lugar, llegó un gran personaje. ¡Era Prodeo!, aquel que habiendo nacido allí viajó desde muy joven a lugares lejanos. Efectivamente, a Prodeo, por muchos viajes y estudios que había hecho, le acompañaba una gran experiencia. Prodeo, tenía fe en las comunidades. Él, al mirar a su pueblo, se conmovió tanto que ideó la más fabulosa iniciativa que se recordará.

Y así fue.

Reunió a quienes en ese pueblo, podían ayudarlo a construir una casa con todas sus comodidades. Así se hizo. La casa en corto tiempo estuvo hecha, y era muy linda.

Entonces, en una mañana de un gran domingo, reunió a toda la comunidad y así les dijo:

—Esta casa que hemos construido, con el esfuerzo de algunos vecinos, ha de ser el gran premio para la familia que logre pescar, en el mar que está cercano, al... Pecesito Dorado.

—¡Al Pecesito Dorado!, exclamaron varios de ellos y se miraban unos con otros.





—Sí, —prosiguió diciendo Prodeo—, ese es el pez que con tanto cuidado traje de mi largo peregrinaje, y que he echado en las aguas del mar, donde ustedes habrán de buscarlo.

—¡Eso es! —dijeron algunos.

—¡Ahora lo haremos! —expresaron otros.

¡Nosotros podemos!, manifestaron los que, a esa reunión, en familias habían concurrido.

Y dicho y hecho, todo, todito el pueblo comenzó la gran tarea: pescar al Pececito Dorado.

¡Había que imaginarse la gran actividad que en esa comunidad se desplegó! Se comenzó a preparar cañas de pescar, redes, botes y todos los implementos que se requieren para practicar la pesca. Como el camino hacia el mar no era adecuado, todos colaboraron y cooperaron en arreglar esa vía; mañana, tarde y noche se trabajó.

Contando ya con ese camino hacia el mar, familias enteras comenzaron la gran tarea: buscar al Pececito Dorado.

Con la práctica y el ejercicio de la pesca, todos se volvían grandes trabajadores del mar. ¡Hasta de noche y durante las noches, con linternas pescaban!

Trayendo al pueblo innumerables peces, se preguntaban: ¿Qué haremos con tantos peces?

Prodeo les dijo: “¡Serán nuestro alimento!, aprenderemos a hacer muchas clases de comidas a base de pescados... y así fue”.

El pueblo comenzó a alimentarse con variados potajes a base de pescado; se dice que uno de ellos, el cebiche, gustó y gusta hasta ahora muchísimo. Pero la pesca proseguía y proseguía, pues el pececito dorado no aparecía; llegó el momento en que habían peces en superabundancia, mucho más de lo que se necesitaba para alimentar a todo el pueblo.

“¿Y... ahora qué haremos con tantos peces?”, se volvieron a preguntar.

Prodeo, nuevamente los orientó diciéndoles: haremos harina de pescado y muchas clases de conservas de pescado, para intercambiar con otros productos que otros pueblos produzcan. Y así fue.



Prodeo los volvió a orientar y les dijo:

—Organicémonos mejor, como comunidades de familias y vecinos y como comunidades de trabajadores, para que el beneficio de nuestro trabajo sea para todos igual.

—¡Eso es! ¡Muy bien! ¡Manos a la obra!, —eran las expresiones que en todo el pueblo se repetían.

¡Podéis imaginar!, —era un pueblo que aprendió a pescar, a intercambiar el producto de su trabajo y... ¡ahora organizado para beneficiarse en comunidad!

El resultado no se hizo esperar, familias enteras, todas en común, comenzaron a hacer sus viviendas, sus parques, sus caminos, sus centros de estudios; adquirieron maquinarias, vehículos y... ¡uff!, tantas y tantas cosas.

Hicieron sus centros de trabajo con todas las comodidades para laborar con alegría y seguridad; ya no solo producían harina de pescado y conserva, sino muchas y muchas cosas que necesitan los hombres para vivir bien.

Y así fue, vivieron con progreso y felicidad.

Pasó algún tiempo para ello, pero el esfuerzo y la constancia de ese pueblo, habían sido muy bien compensados. Mas, alguien de ese pueblo, recordando el tiempo anterior se preguntó, y... ¿el Pececito Dorado?

La pregunta la expuso a su familia y vecinos, y recorrió rápidamente todo el pueblo. Así se decían: ¿Qué fue del Pececito Dorado?

Toda la comunidad decidió reunirse una mañana para escuchar de Prodeo, su guía y amigo, la respuesta ansiada, esto es, ¿qué fue del Pececito Dorado?

Prodeo, con gran decisión y aplomo, les dijo: Hermanos... el Pececito Dorado, fue una gran iniciativa. Sí, fue una hermosa idea que los impulsó a realizar trabajos de importancia, obras de gran interés, con fe y amor en ustedes mismos.

¿Una gran iniciativa? ¿Una hermosa idea?, se preguntaban, con admiración y asombro, unos con otros.

Prodeo explicó: “Una gran iniciativa mueve a los hombres y mujeres a trabajar, a conquistar, a crear, a ser más y mejor; impulsa a hombres,





pueblos y naciones a hacer muchas y muchas cosas, es una gran fuerza interior. Y efectivamente, así como permitió construir una casa que fue ofrecida como premio y estímulo a ese gran trabajo que habéis realizado, podría decirles, que el Pececito Dorado, está... ¡en cada uno de ustedes!, ¡en cada uno de nosotros mismos!

Por eso, tú, niño; tú, niña, ¡recuérdalo siempre!

Si alguna vez tú o tus semejantes no encontraren explicaciones a los problemas que tengan, busquen una gran iniciativa, propónganse una solución, y a trabajar para resolver esos problemas; así verán cómo determinaciones y progreso obtendrán.

¡Acuérdate del gran Prodeol!, que dio una iniciativa, la del Pececito Dorado y sacó a todo un pueblo de las situaciones de quejas y pobrezas en que vivían.

Iván Tello Carbajal



# El asno que voló a la Luna

**E**ste era un abuelito que toda su vida había tenido un raro oficio: el arte de volar; mas nadie le hacía caso y todos se burlaban de él.

Adonde él y su asno llegaban, la gente se alborotaba y los perros lo mordían. Los campesinos de la costa no lo entendían cuando el abuelito sacaba unas tijeras y se ponía a danzar antes de iniciar el rito del vuelo. Y comentaban: “¿Para qué, pues, podría servir un viejito con esas enormes alas de cóndor? ¿Para qué se burlen de él? ¿Y lo sigan los perros?”

Así iban de pueblo en pueblo, sufriendo hambre y frío, recibiendo la indiferencia del mundo, sin que nadie les ofreciera trabajo. Diciéndoles: “¿Alas? ¿tijeras? ¡Bah!”

Llegaron un día a la granja de Liz cuando jugaba con su único amigo, un loro cabeza roja llamado Jobito. Al ver al viejo y al asno arrastrando tan grandes alas, Liz se alegró, pero Jobito y todos los animales de la granja se espantaron, carcajeando: “¡Miren, ja, ja, ¡qué viejo y qué asno tan chistosos! ¿Imitar querrán a los pájaros del cielo? Ja, ja. Cuando dijo el viejo cuál era su oficio, los padres de Liz también rieron creyéndolo un abuelito extraño pero bueno; pero al verlo tan hambriento y mordido por los perros, le dijeron:

—Quédese, ¡no faltaba más! Pero sepa que aquí su oficio de volar no sirve. ¿Por qué no arroja esas viejas alas al barranco? Solo queremos aquí a un peón que dé agua y alimente las aves, lleve a pastear la vaca y barra el establo y los chiqueros.

Y lo dejaron solo con sus alas sobre el asno, en el corral de las gallinas. Fue cuando Liz, oculta tras un naranjo, oyó decir al abuelo:

—Qué terrible, amigo asno, ¡es triste ver en el mundo el desinterés por aprender a volar!





Al oírlo, juguetones, los animales de la granja lo reconocieron y, hechos un escándalo mayúsculo, saltaron sobre su cabeza:

—Ajá, ¿pero, no es este el viejo que insiste en saber volar? ¿Y no son esas sus alas? —dijo el pavo, esponjándose en risa.

—¡Con esas alas tan torpes y pesadas no llegaría a ningún lado! —exclamó el cerdo moviendo sus orejotas—. ¡Hasta yo volaría mejor, miren! Ja, ja.

Un día don Carlos tuvo que viajar a la capital del país a comprar semillas y visitar, de paso, a sus padres. Le dijo al abuelo:

—Voy por un mes, y le ruego cuide a Liz, a Jobito y a mi esposa Dina...

Mas a los tres días, no bien se había ido don Carlos, empezaron a ocurrir en el caserío y en todos los campos cosas extrañas. Primero cayó en la pampa de la casa, en pleno vuelo, un gavián muerto. Después corrió un aire seco y amarillento, y la gente por los caminos, sintiéndose mal, empezó a morir. Y cundió por los caseríos la voz de que había llegado una epidemia. Mamá Dina cayó un día enferma, y con mareos y dolores de cabeza tuvo que ir a la cama.

Liz, junto con su loro Jobito, corrió a decirle:

—¡Dinos, mamá Dina! ¡Qué podremos hacer para salvarte!

—Tienes que ver la forma de avisar a tu papá —le contestó mamá Dina.

Pero Liz también cayó enferma, la cogieron fiebres y fue a la cama, mas tanta fue su voluntad de recuperarse que al día siguiente se levantó y se acordó del abuelo y sus alas.

—Ay, abuelito —le dijo—. ¡Sálvanos! ¿Podrías volar y avisarle a mi papá Carlos de la epidemia que nos ha caído?

—¡Con toda mi alegría, niña Liz! —le contestó contento el abuelo—. ¡Así lo haré!

El abuelito se puso las alas, cogió sus tijeras y se puso a danzar; pero ni bien estaba danzando cuando volvieron a alborotarse los animales. El gallo fue el primero en caerle sobre la cabeza a picotadas y aletazos, diciendo:



—Pero ¿otra vez? ¡Ya basta, abuelo, con querer engañar al gallinero! ¿Quién te va a creer que podrías elevarte más que nosotros en el cielo? ¡Toma, por mentiroso! ¡Y toma por farsante!

Al gallo se le agregaron las gallinas y los pavos:

—¡Sí, toma y toma! ¡Merecido lo tiene! —decían envolviéndolo y castigándolo en el suelo.

El asno quiso defender a su amo, pero el caballo y el toro a cornazos y patadas lo hicieron huir al campo.

Liz, valiente, gritando fuerte, tuvo que separar los para que no mataran al abuelo:

—¡Basta, basta ya!

Fue cuando Jobito, el loro cabeza roja, tuvo que decir una verdad:

—¿Es que no se dan cuenta de que si no es el abuelo quien vaya a pedir ayuda todos moriremos?

—¡Eso es mentira! —dijo una gallina—: ¡Yo sí podría volar a Lima y decirle a don Carlos lo que aquí pasa! Ese abuelo no tiene mejores alas que las mías.

—¡Pues anda! —le ordenó Liz—. Y apura, que si no viene ayuda el zorro podría venir y matar a todas tus primas.

—Es verdad —dijo asustada una pava—; ¡vuela, gallina!

Pero la gallina que alzó el vuelo no avanzó más de diez pasos y cayó a tierra.

—Entonces yo iré —clamó la pava—: que si no es el zorro, sería el tigrillo quien vendría a quitarme mis polluelos —y alzó el vuelo.

Pero, aunque volando con más empeño, no llegó un tanto más lejos que a donde había llegado la gallina.

—Veo que nadie puede y tendré que ir yo —le tocó el turno al cerdo—. ¡Mis patitas son veloces!

Y empezó a correr, pero cansado tropezó de patitas y cayó de trompa a una distancia mucho más cercana de donde había llegado el pavo y la gallina.





Será mejor que yo vaya —se empeñó el caballo viendo que nadie podía distanciarse—; pero ¿dónde está Lima? ¡Ay, no sé dónde está Lima!

—¡Ni yo tampoco!—agregó el toro.

—¡Qué desgracia! — se lamentó entonces la primera gallina—. ¡Si es así, entonces, estaremos en consecuencia a merced del zorro, el gavián, el tigrillo y los pumas! ¡Todos moriremos si no nos defienden nuestros amos! ¡Alguien tendrá que salvarnos!

Liz, analizando el grave problema, tuvo que insistir:

para que no mataran al abuelo ¿Ya vieron? ¡Dejemos que nos ayude el abuelo!.

Pero el abuelo, picoteado y azotado por tantas aves, herido por los cuatro costados, se levantó para decir:

—¡Ay, ahora ya no podría, amigos míos! ¡Tantas golpizas he recibido que ahora ya no tengo fuerzas! Otro tendrá que ponerse estas alas y partir.

Liz se asustó:

—¿Pero quién?

—El asno y tú, Liz con Jobito —dijo el abuelo. Las aves se sintieron indignadas.

—¡No puede ser! ¡Eso jamás! ¿Y cómo un asno podría volar? —reclamaron!—. ¿Y con una niña y un perico? ¡Horror, que vergüenza para nosotras las gallinas y los pavos!

—Todos tuvieron su oportunidad —dijo el abuelo— ¡Y nadie pudo volar más allá del cerdo! Y es que nadie se tuvo fe. ¡Y yo sí le tengo fe a mi asno! También a Liz y a su perico Jobito.

—¡Y si la fe mueve montañas, cómo un asno no podría mover un par de alas! —dijo Liz—. ¡Vamos!

Pusieron las alas al asno, y Liz y su loro Jobito lo cabalgaron. Y no bien comenzó a danzar el abuelo haciendo sonar las tijeras, el asno tensó las alas. Para sorpresa de todos, ¡al batirlas suavemente empezó a elevarse! ¡Hasta que de modo fácil se vio sobre los árboles! ¡El asno sabía volar! ¡Y para Liz era una maravilla estar encima del asno con alas!

—Adiós —dijo Liz y se perdió en las alturas—. Preguntando, llegaremos a Lima.



Arriba, sobre las nubes y montañas, Liz admirada vio cómo abajo todo empequeñecía.

Volaron hacia el sur, y cuando los favorecía al rato un viento suave, Liz, tratando de orientarse, le indicó a su perico Jobito:

—¡Mira, esas son las famosas cordilleras Blanca y Negra! Pero: ¿dónde quedará Lima?

—Allá viene una paloma, pregúntale a ella —dijo el loro Jobito.

—Amiga paloma —le dijo Liz cuando la tuvo cerca—, ¿puede decirme, por favor, dónde queda Lima?

—¡No me preguntes por Lima! —respondió ásperamente la paloma— Pero sigan nomás igual rumbo, por la orilla del mar.

La paloma siguió su vuelo. Y Liz no la entendió.

—¿Qué habrá querido decir?

—Pregúntale a ese gavián que ahí viene —volvió a indicarle Jobito.

—Amigo gavián, ¡eh, oiga! ¿Puede indicarme, por favor, la ruta que nos lleve hacia Lima?

—Bah, ¡qué tontera de Lima! —contestó molesto el gavián—. Pero sigan nomás la misma ruta, y cuando vean mucha niebla ¡ahí bajarán en una!

El gavián prosiguió el vuelo. Y Liz tampoco entendió.

—¿Esos pájaros estarán jugando conmigo? ¿Qué habrán querido decir? —se preguntó.

—Pregúntale a ese viejo cóndor que ahí viene —insistió Jobito. Y Liz le formuló la pregunta respondió:

—¡Lima! —se rio burlón el cóndor—. ¡Si quieres llegar a Lima, querida amiga, tendrás que subir primero a la Luna!

—¿A la Luna? ¿Y cómo lo haré? —preguntó Liz.

—¿Ves esa alta montaña? Pues bien, vuelen hacia allá, y cuando la Luna pase por ahí cerca ¡salten hacia ella! Estando ahí les será fácil ubicar cualquier ciudad del mundo. ¡Lima es una ciudad de brumas bajo la gran cruz del cerro San Cristóbal! ¡Y al lado tiene una gran alameda!

—¡Cierto, la Alameda de los Descalzos! —dijo Liz.





Y así lo hicieron; enrumbaron hacia la alta cumbre de la montaña indicada, y no bien llegando a ella: ¡pasaba la Luna! Se apoyaron sobre una empinada roca y saltaron. ¡Liz no cabía en ella por tanta emoción!

—¡Oh, es una maravilla observar desde aquí las ciudades del mundo! para que no mataran al abuelo.

¡Allá! —dijo señalando un punto en el azul planeta—. ¡Hay una zona neblinosa! ¡Y sobresale una alta cruz sobre una alameda!

—Vayamos hacia allá —dijo Jobito—. Oí que viven por ahí tu papá y tus abuelos.

Lanzándose en picada desde la Luna, descendieron, y habiendo traspasado una gran capa de neblina, apenas empezó a oler horrores, Liz exclamó:

—¡Puf... y cómo huele! ¡Razón tenían las aves! ¡Este lugar tiene que ser Lima! ¡Sí, entonces llegamos!

Sorpresa feliz fue cuando sobrevolaron la Plaza de Armas y el techo de la Catedral con sus campanarios, porque la gente al verlos los recibió con aplausos. Pero Liz, reflexionando, no podía detenerse:

—Oh, no; no podría bajar para agradecerles. ¡Voy hacia algo urgente! —les dijo, saludando con una mano.

Cruzando el río Rímac, causando pánico y admiración en los rimenses, quienes jamás habían visto a un asno alado con una niña y un loro cabeza roja cruzar el cielo, no les resultó difícil llegar a donde se habían propuesto; porque después de un par de vueltas (para alegría de Liz), Jobito gritó:

¡Mira, es tu papá Carlos! ¡Allá abajo, entre los jardines de esa calle! Papá Carlos, al verlos, soltó la bolsa de pan que llevaba señalando un punto en el azul planeta.

El asno alado descendió ante él, Liz saltó a sus brazos.

—¡Hay una epidemia, papá! ¡Regresa a casa!

Y todo fue un abrazo.

Era el abrazo que papá Carlos dio a Liz, en su cuna, apenas retornó a la granja.



Había regresado solo, y mamá Dina había salido a recibirlo. Mamá Dina ya estaba restableciéndose, y abrazando a su esposo, tuvo que preguntarle no resistiendo la curiosidad:

—Pero, ¿por qué has regresado tan pronto? ¿Quién fue a avisarte que estábamos en peligro?

—Liz fue a decírmelo —dijo don Carlos—; todos los días la soñaba yo, iyéndome a buscar sobre un asno de alas enormes!... Y ya ves que he vuelto. Y he traído medicamentos. ¡Justo los que necesitamos!

Sin embargo, Liz nunca se levantó de su cuna, desde que cayó enferma —dijo llorando mamá Dina—. ¡Ella solo hablaba en sueños, soñaba ir a decírtelo, delirando por las fiebres!

—Pero, ya se repondrá, no llores —dijo papá abrazándola.

—En tanto que al abuelo y a su asno no les fue igual... —agregó mamá Dina triste.

Papá Carlos, en su desesperación por llegar pronto, a la granja, ya los tenía olvidados; no había pensado en ellos, pero, ahora que mamá Dina hablaba, preguntó:

—Cierto, ¿dónde están? ¿Qué ha sido de ellos?

—Cuando nos dio la epidemia —dijo mamá Dina—, el abuelo se propuso salvarnos. Se puso alas, tocó las tijeras, y sé que su danza fue la más hermosa, porque quería volar y “con su espíritu” ser él quien primero llegara a ti cruzando el cielo para avisarte de nuestro peligro...

Mamá Dina calló, le era difícil hablar. Papá Carlos tuvo que insistirle: —¿Y qué más? Sigue.

Mamá Dina abrevió:

—El abuelo, apenas dijo que “su espíritu” ya había ayudado a Liz a que se abrazara contigo, murió danzando, y su asno murió de pena...

Cronwell Jara Jiménez





# Historia de Cifar y de Camilo

A Marita

Sus ojos eran dos óvalos dorados y perfectos. Largo y sedoso el pelaje. Blanquísimo. Así era Cifar. Habitaba en una vieja casa rodeada por un jardín inmenso, en una transversal de la avenida Osma. Solía mostrarse, a una hora invariable, todas las tardes, en el pretil de la terraza. Inmóvil, reposaba, apenas si ladeaba las orejas cuando pasaba un auto por la esquina. Y se estaba así, absorto, hasta el anochecer, cuando el mayordomo abría la mampara y lo hacía retornar al interior. Era sin duda el gato más hermoso y engréido de Barranco. Lo vimos por primera vez una tarde en que, aburridos por una ruta siempre idéntica, nos aventuramos, yo y mi hermana Cata, por ese barrio elegante. Íbamos, en esos días, a ayudar a tía Eduviges, que trabajaba como lavandera en las casas del malecón. Fue Cata quien descubrió, curiosa como era, la impasible figura, y exclamó: “¡Mira Camilo! ¡Mira ese gato lindísimo!” Levanté la vista. El gato, sorprendido también, volteó la cabeza hacia nosotros. Nos observó un espacio, luego tornó a su posición original. Nos acercamos a la reja que circundaba la mansión. Una voz de mujer llamó de adentro: “¡Cifar! ¡Ven aquí, Cifar! “Se llama Cifar”, dijo Cata. Y esperamos allí hasta que el importante personaje se dignó condescender al llamado. “Vámonos”, me urgió mi hermana, acordándose de que estábamos retrasados. Y no dejó, por cierto, de contar a la tía el encuentro que habíamos tenido, pero ella se limitó a decir: “¡Bah! ¡El mundo está lleno de gatos!” Desconcertados por el comentario, pusimos toda nuestra atención en la ropa. Ya en casa, sin embargo, Cata dio curso a su entusiasmo hablando del elegante morador de la casona. Mi padre, enfrascado como estaba en reparar un badilejo, y parco como era, se limitó a mirar un momento a la niña. Mi madre, por su parte, andaba demasiado ocupada en recoser unas prendas. Y fueron nuestros hermanos pequeños, Tula y Zósimo, los que atendieron a las palabras de Cata e hicieron algunas preguntas. Yo también la escuché con sorpresa, pues si bien me era familiar la vehemencia de sus afectos,



me parecía el suyo un temperamento muy práctico, y poco propenso, en consecuencia, a los arrebatos líricos. Vivaz y obstinada Cata, que a pesar de tener solo diez años, se imponía sobre todos sus hermanos, incluso sobre Salustio. Al día siguiente, no obstante, no habló más del asunto, y pensé que lo habría olvidado.

En cuanto a mí, soñé esa noche con el gato. Me acordé de él al despertarme, y evoqué una y otra vez su figura en el trayecto a mi escuela. Me había parecido tan leve, casi tan irreal. Y era tan hermoso. Así pues, cuando el maestro suspendió por algún motivo la clase antes de la hora habitual, resolví dirigirme a la casona. No había nadie en el jardín. Frente a la entrada el chofer limpiaba el auto de la familia, un Chrysler color de plata. No me gustó la expresión díscola del hombre, y menos aún el modo con que miró. Al poco rato, por suerte, se sentó al volante y se marchó. Me acerqué entonces a la reja y alcé la vista. Cifar reposaba, imperturbable, sobre el pretil. “¡Hola!”, dije. Me observó un momento distraído. “¡Hola!”, dije nuevamente. Me miró entonces con mayor atención, se irguió luego, y caminó hasta una esquina, desde donde se volvió a examinarme. Después alcanzó de un salto la baranda de la escalera, bajó con ligereza y se detuvo en el último peldaño. Repetí quedamente: “¡Cifar!”. Brincó hacia el muro que sostenía la reja, y bordeando los barrotes se acercó. Sus ojos eran de una impávida fijeza. Tendí una mano para acariciarlo. Aceptó mi gesto con benevolencia, pero luego, con un impulso aún más osado que el anterior, se subió a un fresno y desapareció en el follaje. En ese instante el mayordomo salió a la terraza y lo llamó. Como no obtuvo respuesta, optó por descender al jardín. Juzgué prudente marcharme. La pobreza de mi ropa, mis pies descalzos y el descolorido bolso en que guardaba mis cuadernos, habría suscitado su recelo. Cuando llegué a casa mi hermana se aproximó, suspicaz. “¿Por qué vienes tarde?”, me interrogó. Dije: “Pero si no es tarde...” Chasqueó los labios y apuntó: “Tú te fuiste a ver al gato. No mientas, Camilo”. Y como yo callara, insistió: “A mí no me engañas. ¿Estaba en la terraza?” “Sí”, respondí. Cambió su aire imperioso y me dijo con dulzura “Me gustaría robarme a ese gato...”.

Decidió finalmente: “Iremos a verlo juntos este sábado”. Se quedó un rato aún a mi lado, pensativa. Observé con una mezcla de admiración y ternura su faz trigueña, sus ojos lucientes, sus delgadas manos. Orgullosa, más también mudable, y a veces tiránica. ¿Cuál era el capricho que la hacía interesarse de ese modo por el gato?





En los días que siguieron, y en espera del fin de semana, me las arreglé para ir solo a la calle que desembocaba en el malecón. Sabía ya que un ligero llamado era suficiente para atraer la atención de mi amigo, y que descendería casi de inmediato. Cada tarde, sin embargo, escogía una vía diferente. Una vez bajó por la estrecha rampa adyacente a la escalera y remató con un espléndido salto. En otra se subió al enrejado de madera que daba sombra a la terraza, salvó el vacío para alcanzar un ficus, y terminó, en súbito vuelo, al pie del portal. Y otra, en fin, discurrió por la cornisa del piso alto, se deslizó por el borde de la azotea y reapareció por una de las ventanas, desde la cual vino a situarse a poca distancia de mí. Pero lo que me impresionó más en esas tardes no fue tanto su audacia, ni su inclinación por los efectos teatrales. Fue más bien el espectáculo de esa blanca levedad que se proyectaba sobre el fondo oscuro del ramaje y de los setos. Y la visión, asimismo, de esas pupilas metálicas, vagamente irónicas, que se iluminaban con imprevisible resplandor. Me quedaba yo allí hasta que salía el mayordomo, o hasta que obscurecía. Y mientras regresaba a mi domicilio, evocaba en detalle lo que había presenciado. No es de extrañar pues que en esas noches soñara, y nuevamente con el gato. Y una escena recurrente, en esos sueños, era que ambos íbamos por una playa inmensa. Yo me tornaba hacia él y él volvía hacia mí sus ojos de un fulgor azulado y lejano. Y se desvanecía, después, en el aire brillante del sol y de bruma. Y de nada valía, entonces que yo fuera tras de él, ni que lo buscara en esa ribera. A la mañana siguiente, luego de esas visiones, me sentía cansado y ojeroso, y Cata se burlaba: “¿Qué tienes, Camilo? ¿No has dormido? A lo mejor te has enamorado...”. Yo no le decía el motivo, pues no me habría comprendido. Avanzaba el día, y pronto me recobraba y estaba en aptitud de atender a mis quehaceres, y de entusiasmar-me con la perspectiva de un nuevo encuentro con el felino.

El sábado por la tarde Cata se puso su vestido más presentable y me dijo: “Vamos a ver a ese gato tan pituco. ¡De verdad quiero robarlo!”. “¿Y para qué Cata?” “Pues para tenerlo y acariciarlo. Le pondré unos listones”. “¿A un gato así, hermana?”, me admiré. “Y ¿Por qué no, chinchoso?”. No insistí. Y me encargué más bien de avisar a mi madre que íbamos de paseo. Y ella no se sorprendió, pues con frecuencia salíamos juntos, yo y Cata, y jugábamos también a la guerra, a los toros, al fútbol. Nuestra casa estaba en los límites con Surco, y debíamos cruzar el centro de Barranco, pero mi hermana no se entretuvo en mi-



rar tiendas ni en observar a los paseantes del parque, de modo que en poco tiempo nos hallamos frente a la casona. No encontramos a Cifar. Las puertas que daban a la terraza estaban cerradas, y el Chrysler tampoco se veía. No sabíamos qué hacer, cuando oímos un ligero ruido junto a nosotros. Era Cifar, que había surgido de unas matas. “Debe tener una mucama, sino ¿cómo está siempre tan limpio?”, se asombró Cata. Y agregó: “Pero aun así, limpiísimo, es un amor. ¡Oh, yo me lo robo!” “Pero Cata”, repliqué, “tú sabes que no tendremos qué darle de comer, y de seguro solo querrá carne y pescado”. “Bah”, se impacientó ella, “tú no tienes ideas, Camilo. Te asustas de todo. Con razón dice Salustio que solo sirves para poeta...” No me enojé por su ironía y traté de ser persuasivo: “Mira, Cata, si mamá nos ve llegar con este gato, se desmaya”. Cata no prestó mayor atención a mis palabras y rascando la cabeza al minino comenzó a decir: “Te sacaré conmigo a la plazuela, con tu cinta azul. Nos pasearemos juntos, y ni caso les haremos a las Rivas, ni miraremos sus muñecas y bicicletas. Y dirán, embobadas: “¡Pero qué gato tan lindo!”” Y Cifar, mientras tanto, se dejaba arengar y la observaba con curiosidad. Y Cata habría continuado si no hubiera escuchado que se abría la puerta de servicio. Salió una criada joven, morena, quien nos preguntó: “¿Les gusta ese michi?” “Sí”, respondió Cata, con desenvoltura, “nos gusta mucho”. “Pues entren a jugar con él. ¡Sí, entren al jardín!” Yo callé, incrédulo, pero mi hermana aceptó de inmediato: “¡Listo! ¡Vamos, Camilo!” Yo vacilé: “Pero, ¿y los dueños...?” La morena dijo: “La señora no está, ni tampoco Fausto, el mayordomo, ni el chofer. “¡Ya vamos!” me apremió Cata. Ingresamos, pues, precedidos por la muchacha, que tomó al animal en sus brazos y nos condujo al centro del jardín, junto a una pequeña fuente de mármol. Soltó allí a Cifar y nos dijo: “Jueguen por aquí, y cuando se cansen, se van por donde han entrado”. Se marchó luego, y Cata murmuró: “Debe ser la mucama, y querrá estar libre para conversar con su enamorado”. Cifar, entre tanto, se había subido al brocal, y se deleitaba en seguir con la mirada las ondas que rizaban el agua. Se bajó luego y corrió a un costado. Nos lanzamos en su persecución. Se escurría, inasible, y nos desafiaba con repentinas detenciones. Pasamos así a los parterres laterales y al jardín posterior, que por su vastedad era como un parque. Nos detuvo la vista del comedor, tras una gran mampara, con su gran mesa ovalada, las sillas tapizadas de rojo, aparadores con platería, doble cortinaje y una gran araña de luces. Nunca habíamos visto nada semejante. “¡Uy, mira eso, Camilo! ¡Y nosotros que ni co-





medor tenemos!”, exclamó Cata en voz baja. Miramos por un espacio toda aquella riqueza, preguntándonos cómo serían el salón y los dormitorios. Buscamos después a Cifar, que se había sentado en el césped. Reanudamos el juego, aunque todavía mi hermana musitaba, de rato en rato: “¡Yo me robo a este gato!”. Su misma insistencia, sin embargo, me indicó que no lo haría. Serenado a este respecto, puse mayor brío en nuestras carreras, que nos llevaron de regreso al jardín delantero. Y estábamos a punto de dar alcance a nuestro amigo, cuando de pronto, sin que nadie lo hubiera anticipado, se abrió la reja. Era el chofer, que nos miró asombrado. Yo y Cata nos quedamos paralizados. Luego de unos instantes el hombre regresó al Chrysler, que esperaba en la calle. Intercambió unas palabras con la persona que se hallaba dentro, y que era indudablemente la propietaria. Al cabo de un momento nos llamó: “Vengan, la señora quiere hablarles”. Nos acercamos, al tiempo que asomaba por la ventanilla posterior la cara de una mujer de edad, gruesa, ajada. Sus ojos azules nos escrutaron, y preguntó: “¿Qué hacen aquí?”. Cata le contestó: “Hemos entrado a jugar un ratito con el gato. La vieja se espantó: “¿Con mi gato? ¡Y quién les ha dado permiso ...!” Mi hermana mintió: “Nadie, señora. Vimos la puerta abierta”. “¿Y ustedes creen que así nomás pueden entrar en mi casa y jugar con el gato?”. Y ordenó: “¡Bótalos, Celso!”. No esperamos que lo hiciera y nos alejamos. De pronto Cata se dio vuelta y chilló: “Váyase al demonio, vieja bruja!”. Pero ya Celso ponía en marcha el auto para ingresar, y la mujer no oíría lo que la niña gritaba. Sentí la tentación de reírme, pero me contuve al ver las mejillas congestionadas de mi hermana. Dije, sin embargo: “No lo tomes así. No vale la pena”. No me replicó, y acelerando la marcha, repitió: “¡Vieja maldita! ¡Ojala se muera!” No quiso ir a mirar los afiches del cine Barranco, ni visitar la laguna, y nos fuimos directamente a casa. Mi madre advirtió el aire sombrío de su hija, pero no preguntó nada, imaginando quizás que nos habíamos peleado. Nos pidió, más bien, que la ayudásemos bañando a Tula y Zósimo. Así lo hicimos, y los pequeños, atemorizados por el mutismo de Cata, se dejaron asear sin protestar. Yo pensaba, entre tanto, en la vieja millonaria. ¿Cómo no habrían de asustarla nuestra ropa raída, mis cabellos hirsutos, el triste peinado de mi hermana? ¿Cómo no habría de horrorizarse, desde su punto de vista, ante el espectáculo de unos rapaces de callejón jugando con su finísimo gato? Y me acordaba también de los ojos inmensos, vagamente burlones, del animal. Acabamos con esa tarea, y me fui a sentar al altillo. Cata, ya más sosegada, acom-



pañó a mamá a la cocina. Oí que en cierto momento le decía: “¿Hay gente muy rica, no?”. “Sí, hijita, asintió mi madre”. “¿Y por qué? ¿Por qué a ellos les sobra y a nosotros nos falta casi todo?”. Mi madre calló, como si hiciera un gesto de resignación. Al poco rato la niña vino a mi lado. Me animé a decir: “Y Cifar ¿no nos echará de menos?” Cata dijo con tristeza: “¡Era tan hermoso ese gato, Camilo! ¡Tan hermoso!”. No habló más, y yo pensé con melancolía en su frustrado sueño de lucirse con él en la plazuela, allí donde las hijas del abogado Rivas exhibían sus patines y sus bicicletas.

No me aventuré, en los días que siguieron, a regresar por la casona. Temía la hostilidad del chofer, pero temía mucho más los fríos ojos de la millonaria. Mis pensamientos, no obstante, volvían con mucha frecuencia a ese jardín, y a la blanca y menuda figura que lo tenía como escenario para sus evoluciones. Me representaba, una y otra vez, su ir y venir entre las cornisas y el follaje, entre la fuente y los barandales. Y en mis sueños reaparecía, insistente, su faz de ojos lucientes, sobre el horizonte de un océano inabarcable. No quise contar nada de ello a Cata, para no recordarle, por asociación, un incidente que había sido tan ingrato para ella. No pude, sin embargo, dejar de decirle un día: “¿No quisieras ir a ver otra vez a Cifar?”. Sonrió con amargura y me contestó: “No, Camilo. Me gustaba muchísimo el gato, pero no quiero, por nada en el mundo, volver a ver la cara de esa vieja. ¿No te acuerdas cómo nos botó?”. Y agregó: “Lo que no puedo tener, y ni siquiera mirar, prefiero olvidarlo”. No insistí, y en los días subsiguientes me dediqué a averiguar de dónde procedía el extraño nombre que habían puesto al animal. Busqué en varios diccionarios de la escuela, acudí a los maestros de los años superiores, y como no me dieran razón, fui a la casa de un profesor de literatura que vivía en la calle Lima. Dijo este: “¿Cifar? Espera un momento. Ah, sí, ya recuerdo. Es el nombre de un famoso caballero andante, como lo era don Quijote. ¿Sabes quién fue don Quijote, no? Bueno, pues, Cifar fue un caballero como él. Y si recuerdo bien, era todo un modelo de sosiego, de prudencia...”. Le agradecí mucho por su información, y me admiré luego, mientras retornaba, cómo podía llamarse así ese gato, si todo en él era capricho y fantasía. No en vano había dicho Cata, en una ocasión: “¡Es un gato loco!”. ¿Y de dónde habría sacado ese nombre la vieja? Me propuse, para saber más, ir a la Biblioteca Nacional. En cuanto llegué a casa le pregunté a Salustio, que estaba mirando su acné de los dieciocho años





en un espejo: “¿Cómo se va a la Biblioteca Nacional?”. Me miró torvamente, y dijo: “¿Y a qué vas a ir a la Nacional? Ni pienses que el viejo te va a dar dinero para el pasaje. Lo han despedido...”. Fui de inmediato a ver a mi madre, y su sola expresión bastó para confirmarme la verdad de la noticia. Cata me contó más tarde que la compañía en que papá trabajaba como albañil había despedido al personal por falta de contratos. “Otras veces también suspendieron a la gente, y los tomaron de nuevo”, le dije, para darnos ánimo. Y no pude dejar de pensar en el poco atractivo proyecto de lustrar zapatos en el parque.

Así estaban las cosas cuando unos días después, a la salida de la escuela, el corazón me dio un vuelco: Celso, el chofer, aguardaba junto a la puerta. Se acercó al verme y dijo, con semblante que quiso ser amable: “¿No quieres ir a ver al gato?”. Y repuse desconfiado: “¿Y cómo supo que estudio aquí?”. Sonrió y dijo: “Esta es la única escuela que hay por aquí, y te había visto con tus cuadernos. ¿Y tu hermana?”. “Ella estudia en otra escuela”. “Ah, ya. Di, ¿no quieres venir? Es una cosa bien rara, pero el gato te echa de menos...”. Y como yo callara, insistió: “Ven, que no pierdes nada. La señora está inquieta por su engreído, que es tan fino. ¡Vamos, allá está el carro!”. Reflexioné un momento y terminé por aceptar. Subí pues al Chrysler, y apenas si me fijé en su lujoso interior, desconcertado como me hallaba por la noticia de que Cifar me extrañaba. ¿Él también soñaría como yo había soñado? El auto realizó el recorrido en menos de un minuto, y entró de frente al jardín, donde la dueña, sentada ante una mesita, bebía una taza de café. Me reconoció y trató de ser amigable: “Ah, eres tú. ¿Cómo te llamas?”. “Camilo, señora”. “¿Vas al colegio?”. “Voy a la escuela. Tengo once años”. Movié la cabeza, sin poder dejar de mirar mis remiendos, y pregunté: “Y tu papá, ¿qué hace?”. “Es albañil, señora”. Guardó silencio un momento, y quiso saber, inquisitiva: “Y la chica que estaba contigo, ¿es tu hermana?” “Sí, señora”. Acotó ella: “Malcriadísima, esa mocosa. Y dime, ¿tu papá vive de su trabajo?”. “¡Claro que sí!” repliqué molesto. Ella se explicó: “No, no lo tomes a mal. Pero es que tengo que cuidarme. ¡Se ven ahora tales cosas!”. Y como yo diera señales de querer retirarme, la vieja dijo: “Mira, Camilo, como te habrá dicho mi chofer, el gato les echa a ustedes de menos, sobre todo a ti. Sí, desde que no vienes se está ahí en la terraza, mirando hacia la entrada. Y no come y está nervioso. “Y tú sabes que es un gato muy costoso”. Le dije: “¿Y qué puedo hacer yo, señora? No voy a vivir en su palacio...”. Ella se rió y prosiguió: “¡Claro



que no! Nieves dice que el gato se pondrá felicísimo si lo visitas a diario”. “¿Nieves?” “Sí, Nieves, la morena de la cocina. Camilo, quiero que vengas todas las tardes, como lo hacías en días pasados. Harás jugar al gato”. Tardé en responder, y dije finalmente: “Podría venir después de la escuela, si no tengo otra cosa que hacer, y si mi papá me da permiso”. “Sí te lo va a dar. Es necesario que el gato haga ejercicio, pues está muy gordo. ¿Sabes que es un angora? Lo compré en una exposición en París, y no hay otro como él en todo el Perú. ¡Qué digo! ¡En toda Sudamérica!”. Trató de ver el efecto que sus palabras me producían, y continuó: “Cuando salgo de viaje me lo llevo conmigo. Es un gato cosmopolita, ¿sabes? Sí, cosmopolita, lo que quiere decir que está como en su casa en todo el mundo. Vendrás entonces, ¿no?”. Buscó en su bolso y trató de darme un billete. Yo necesitaba ese dinero, pero algo más fuerte me impulsó a rechazarlo: “No, señora”. Me miró sorprendida y optó por llamar: “¡Nieves! Sírvele un lonche a este chico”. Y la morena me llevó a la cocina y me sirvió un té delicioso, con panecillos y mermelada. Era la misma muchacha que nos había hecho entrar en esa tarde memorable. Me dijo: “Gracias por no decirle que yo los invité a pasar”. Y añadió, bromista: “Así que vas a hacer jugar al gato, Camilo”. Yo la corregí: “No, jugaremos juntos”. “¿Y tu hermana?”. “Estará en la casa”. Nieves precisó: “No creo que la señora quiera tenerla aquí. Creo que la oyó”. Yo no formulé ningún comentario, y me preparaba a salir, cuando Nieves abrió una alacena, y de un tarro muy vistoso sacó un montón de galletas y me las tendió diciendo: “Toma, son inglesas y riquísimas”. Hizo que las escondiera en mis bolsillos y me acompañó al jardín. La dueña, doña Ivonne, ya se había retirado. Se acercaba en cambio el mayordomo, Fausto, trayendo al felino. Era un hombre calvo y reseco, que me miró glacialmente. Cifar venía malhumorado, pero al verme saltó suavemente para venir hacia mí. “Mira, Fausto, cómo reconoce al muchacho”, lo solté en el césped. Y como no se alejara me incliné y lo saludé: “Hola, amigo”. Él me observó largamente y se arrimó luego a una de mis piernas. Después corrió, de súbito, como desafiándome. Pronto estuvimos entregados a ese juego que habría podido describirse como una variante del de celadores y ladrones, entre la fuente y las cocheras. En un alto me animé a subir a la terraza. La vista del mar era espléndida. Un sol rojizo, próximo al ocaso, tendía sobre el océano un resplandor que contrastaba extrañamente con la blancura gris de la neblina. Cifar contempló conmigo el crepúsculo. Se habría dicho que era tan sensible como yo a la magia del paisaje que teníamos por delante.





Bajamos luego y jugamos por entre las farolas ya encendidas. Serían ya las siete cuando busqué a Nieves y le anuncié que me retiraba. “No dejes de venir pronto”, me pidió, al tiempo que yo me despedía del animal con una caricia, a la que respondió con una mirada inquisitiva y amistosa. En casa no encontré a nadie sino a Salustio, que hojeaba una revista en el corredor. “¿Por qué estás contento?”, me preguntó, y sus ojillos me escrutaron malévolos.

Fue así como, un día sí y otro no, acudí a la casa del malecón para jugar con Cifar. Nieves me servía siempre aquel té delicioso y las galletas inglesas y chocolates suizos. “Oh, come nomás, que la doña no se dará cuenta”, me decía sentándose frente a mí. Y yo miraba con turbación sus bellos ojos. Su invitación no podía ser más oportuna, pues las comidas de mi madre eran cada vez más frugales. Fue por eso también que, en la ocasión más propicia, escondí en mí bolsillo un buen puñado de galletas, que llevé a Zósimo y Tula. Les previne: “No avisen lo que les he traído y coman”. Mi recomendación, sin embargo, los indujo a hacer precisamente lo contrario, y le contaron de mi obsequio a la misma Cata. Esta vino de inmediato a buscarme, suspicaz: “Así que ahora comes galletas muy finas, Camilo. ¿De dónde las has sacado?” Me miró un momento, y exclamó: “¡Ya sé! ¡Es la vieja del gato! ¡Ella te las ha dado!” Y como yo guardara silencio, continuó: “¡No lo niegues, Camilo! ¡No lo niegues!”. Sorprendido por su exaltación, admití: “Sí, Cata. He ido a ver a Cifar, pero no te pongas así”. Relampagueó la cólera en sus ojos y gritó: “¿Y por qué son las galletas?”. Dije serenamente: “Juego con Cifar, y Nieves, la morena, me las invita”. Me miró sin ceder: “¿Haces jugar al gato? ¿Y te dejas pagar con unas miserables galletas? ¿No te acuerdas de cómo nos botó la vieja?”. “Sí, me acuerdo, pero es cierto también que ella creyó que habíamos entrado sin permiso”. Dio unos pasos y dijo con esfuerzo: “Tú no sabes estimarte, Camilo. ¡No tienes orgullo!” Y gritó histérica: “¡Se lo voy a decir a papá! ¡Se lo voy a decir a papá!”. Dejé que se marchara y me fui al altillo. Al poco rato vino Salustio, diciendo: “A ver, ¿qué galletas son esas? ¿Qué gato es ese?. No le contesté. Insistió: “¡Habla! ¿Dónde están las galletas?”. “Me las comí”, dije fríamente. Lanzó un insulto y me aventó una escobilla que tenía en las manos, que por suerte no me acertó. Se marchó luego. No bajé a tomar el refrigerio, y al cabo de una hora se presentó Cata, aún muy molesta. “Camilo, escúchame”, dijo. “No puedo comprender por qué regresaste a esa casa, y menos que le aceptes sus lonches a la vieja.

¡Me da tanta rabia!”. Le hablé, reposadamente: “Cata, voy allá por el gato, y porque la vieja me lo pidió. Es tan bonito jugar en el jardín con Cifar y mirar con él cómo obscurece, y el mar...”. “¿Dices que la vieja te lo pidió?”. “Sí, me mandó buscar con el chofer a la escuela, porque el gato me echaba de menos”. Reflexionó unos instantes, pero no cedió: “¿Y las galletas? ¿Por qué aceptas esas ridículas galletas? ¿Por qué no exiges en todo caso un jornal?”. Me expliqué nuevamente: “No me las da la vieja sino Nieves. Y además, ¿por qué hacer escándalo por ellas? ¿No ves que voy porque quiero y que puedo dejar de ir cuando me dé la gana? ¿Y que la vieja me importa un rábano?”. Meneó la cabeza, obstinada, y concluyó: “No quieres darte cuenta, Camilo. ¡No importa Cifar, sino lo que esa vieja nos hizo!”. Y se fue, más deprimida que furiosa. Después de unos minutos bajé para lavarme y me di con mi padre, que leía los avisos económicos de un diario. Nos veíamos muy poco, y eran raras las ocasiones en que conversábamos. Pero yo apreciaba mucho el modo silencioso con que nos quería, sus desvelos para mantenernos, y su tenaz voluntad de remediar en alguna medida su incultura. Y lo admiraba, además, por su terca lealtad a sus compañeros. Me llamó: “Ven, hijo, siéntate ahí”. Así lo hice, y él continuó: “Me han dicho que en algo te ganas ya la vida, aunque sea en forma de galletas”. Prosiguió después de una pausa: “A tu edad yo trabajaba, pero no cuidando gatos sino pisando barro para hacer adobes”. Lo interrumpí suavemente: “Papá, no te preocupes. Dejo la escuela y me pongo a lustrar zapatos. Quise hacerlo la vez pasada, pero tú no me dejaste”. Mi madre, que había entrado sin que la oyéramos, terció: “Pedro, no hay por qué ofender al chico”. “Nadie lo ofende”, dijo mi padre, “y no me parece mal que se gane un lonche. Por ahora no es urgente que trabaje, y en todo caso, antes que él, lo hará el holgazán de Salustio. ¡Oyelo bien, María!”. Y me preguntó: “¿No necesitará un albañil esa señora?”. Prometí averiguarlo, y como mi padre dio por terminada la conversación, me retiré a acostarme. Pero me fue difícil conciliar el sueño. Pensaba con rencor en la riqueza de la vieja. En el lujoso y siempre cerrado portal del salón, en los cristales y la platería del comedor, en ese auto tan poderoso y relumbrante. Detesté todavía aquellos pálidos ojos. Aun Nieves, buena como era, y sin duda tan pobre como nosotros, ni aun ella se sustrajo a esa irrupción de hostilidad. Solo quedó al margen Cifar, no obstante su condición de animal de lujo. Y es que Cifar era para mí un ser absolutamente singular, en el oro terso de sus ojos, en su danzante blancura, en su exótico origen. Y singular, sobre todo,





en su misteriosa aptitud para suscitar una intensa sensación de levedad, de vida subyacente, de alegría...

Al día siguiente le pregunté a Nieves: “¿No necesitará la señora un albañil?”. “No”, me respondió, “tienen un ingeniero y un maestro para cuidar de esta casa, y de otras que tiene”. “¿Y una lavandera, quizás?”. Sonrió con dulzura y dijo: “Tiene ahí atrás una lavandería completa. ¿Por qué me preguntas? ¿Tu papá está sin trabajo?”. “Sí”, le dije, “y comenzamos a pasarla un poco mal”. Insistí: “¿Y sus hijos? ¿Sus parientes?”. Meneó la cabeza y me informó: “Tiene un solo hijo, que está en los Estados Unidos. Y sus primas y amistades son tan ricas como ella”. Pero agregó: “En fin, quizás...”. Salí luego a jugar con mi amigo, y el debió adivinar mi estado de ánimo, pues refrenó sus impulsos y se sentó conmigo en el borde de la terraza. Estuvimos así un prolongado espacio, mirando el mar. Y cuando me despedí, creí ver en sus ojos algo así como una inquieta transparencia. Durante el retorno a casa no evoqué, como se había hecho usual, los momentos que había pasado a su lado. Pensé más bien en mis padres, en mis hermanos menores, y en cómo podría encontrar trabajo. Hallé a mamá en la cocina y le conté: “La vieja esa no necesita a nadie”. Se sorprendió: “¿La vieja? ¿Qué vieja?” Digo, la señora de la casa esa”. Ella hizo un gesto de resignación, como si no hubiera esperado nada por ese lado. Y como Cata se iba a comprar pan, me fui con ella. Vi en sus ojos huellas de llanto. Le dije: “Vamos mal, ¿No?” “Sí”, me contestó, “papá no consigue otro empleo”. Y ¿has llorado, Cata?” Encogió los hombros con dulzura. No aludió para nada a nuestra disputa. Me refirió más bien: “He conseguido que la tía Aurora me dé lana para tejer gorritos de bebe para su tienda”. “¿Y Salustio?” “Papá lo ha obligado a entrar como aprendiz en una mecánica”. Compramos el pan y retornamos, desvanecido ya, por lo que me pareció, el diferendo que nos había separado. Se me ocurrió preguntarle: “¿Y no sabes dónde podría encontrar yo un trabajo? Digo, un trabajo de verdad...”. Me miró a los ojos y sugirió: “Creo que el papá de Toño va a poner otro puesto de cigarrillos junto a un cine. ¿Por qué no hablas con él? Mamá no quiere que lustres zapatos...”.

Así lo hice esa misma noche. Toño era un chico que había sido nuestro vecino, y vivía ahora en San Roque. Me recibió con afecto y me llevó de inmediato ante su padre. Este me oyó, y aunque debía tener otros postulantes, accedió a confiarme el puestecillo. Tendría que comenzar a trabajar al día siguiente, junto al cine Balta, desde las seis de la tarde,

lo cual me dejaba tiempo para dejar antes mis libros y cuadernos en casa. Toño, por su parte, vendía ya en la puerta del “Barranco”, y su hermano Luis en el “Raimondi”. Me despedí, y ya en casa comuniqué la noticia a mi padre. Me dijo: “¡Muy bien! ¡Está muy bien que nos ayudes, porque con los pequeños encargos que consigo no nos alcanza!. Y aunque no solía ser expresivo, se inclinó y me acarició los cabellos. Quien más se alegró fue Cata: “¡Estupendo, Camilo! Y a esa vieja imándala al demonio!”. No le contesté, y estimé más decente ir donde Nieves al día siguiente y avisarle que no podría ir como lo había venido haciendo. Así lo hice, y Nieves fue a informar a doña Ivonne, que así se llamaba su patrona. Esta me convocó al comedor, donde tomaba un tardío desayuno. “¿Así es que ya no vas a venir?”, me preguntó, entre escéptica e irritada. “No, señora. He conseguido un trabajo”. “¿Y qué trabajo es ese?”. “Voy a vender cigarrillos en la puerta de un cine. La vieja estuvo pensativa un rato. Miró en cierto momento un calendario, en la agenda que tenía en su bolso, y murmuró algunas palabras en inglés. Quiso saber luego: “¿Y cuánto vas a ganar con eso?”. “Estaré a comisión, señora. Serán unos cincuenta o setenta soles por noche. Y no tendré que dejar la escuela”. Volvió a mirar el calendario y dijo: “Mira, no quiero que el gato se aburra. Yo te daré ciento veinte soles por tarde. ¿Te parece?”. Me quedé asombrado. “Sí”, insistió, “y además el lonche”. Atiné a decir: “¿Y qué le diré al señor de los cigarrillos?”. Ella hizo un gesto de vaga impaciencia.

“Consultaré a mi papá”, dije. Y sin ver a Cifar, me despedí. Nieves salía en ese momento con un recado, así es que caminamos juntos un par de cuadras. Dijo: “¿Por qué te quiere tanto ese gato? ¿Acaso los gatos son cariñosos?”. “No sé, Nieves”, le contesté, “será porque a los dos nos gusta el aire, el mar, las tardes. Y le gustará también embelesarme con sus ojos raros...”. Ella rio y comentó: “¡Qué bien hablas, Camilo! Cuando seas grande, serás poeta, ¿no?”. Y sin esperar mi respuesta, continuó: “Es raro ese animal. La señora esta chiflada con él. Lo muestra a sus amigas, le da de comer lo que él quiere, lo acaricia, lo lleva de viaje al extranjero, y, a pesar de todo, yo diría que el gato no la quiere, y a ti sí. ¿Por qué? Y como yo guardaba silencio, prosiguió: “Se podría pensar que hace mucho que te conoce, y tú a él”. “No, Nieves, no nos hemos visto nunca, hasta ese día. En sueños sí, quizás...”. Ella se rió nuevamente y dijo: “Sí, tú pareces poeta, Camilo”. “Eso mismo dice Cata”, apunté pensativo. Tornó a reírse, y nos separamos.





La noticia dejó perplejo a mi padre. “¡Vaya, qué caprichos de ricos!”, dijo, “y ¿dices ciento veinte soles por tarde? ¡Acepta, hijo! ¡Acepta volando! y te felicito por tu buena suerte. ¡Ciento veinte por hacer jugar un gato, y con lonche, y solo dos horas por tarde!”. “Pero papá, y ¿qué le digo al viejo de Toño?”. “No te preocupes, hijo. Yo hablaré con él y comprenderá, porque él también ha sido pobre”. Mi madre intervino: “Pero ¿le durará al chico ese cachuelo? ¿No es mucho mejor el de los cigarros?”. “Sí, claro”, convino mi padre, “pero ese gato debe ser mozo, y a la doña no se le va a acabar la plata, de modo que el chico podrá ganarse en poco tiempo buenos cobres”. Y sin decir más se levantó de su silla para salir. Mamá no quedó muy convencida, pero guardó silencio. No fui a la escuela, y me preparaba ya para ir al malecón, cuando llegó Cata. Se enteró de lo acontecido, y se expresó rotunda: “¡Déjate de tonterías, Camilo! ¡Lo de Toño es primero!”. “Ya es tarde hermana. Papa ha ido a hablar con su viejo”. Su rostro se encendió, pero se contuvo, y dijo solamente: “Como quieras, pero esa es una tontería. Ya me darás la razón...”. Y se fue a encerrarse en la cocina. “Déjala”, me dijo mi madre, “¡es tan orgullosa!” Yo partí hacia la avenida Osma. Mientras caminaba reflexioné nuevamente en las objeciones de Cata. Eran producto de su susceptibilidad, estaba seguro de ello. Y si mi trabajo era inhabitual, y hasta quizás cómico, no tenía nada de indecoroso. Además, la vieja y su riqueza me importaban un comino. Lo que deseaba era ayudar a mis padres y seguir disfrutando del extraño contento que me procuraban los juegos con Cifar. En adelante lo vería todos los días. Sí, ese blancor que surgía de los bambúes y los mármoles, y se diluía entre la niebla y el rumor marino.

Iba todas las tardes después de la escuela. Dejaba mis libros y cuadernos en la cocina, tomaba lonche con Nieves y subía a la terraza a buscar a mi amigo. Juntos bajábamos al jardín. Y ya fuera porque el animal iba llegando a la adultez, o porque así lo determinaban los anuncios de la primavera, lo real es que fuimos dedicando menos tiempo a las exploraciones y a las carreras, y más a estar juntos, sentados en el pretil, contemplando el ocaso. De vez en cuando volvía hacia mí sus pupilas, como si adivinase el curso de mis pensamientos, y quisiera concertar su ánimo —bien podía hablarse de ánimo tratándose de él— con el mío. Juntos dejábamos que anocheciese. Y era ya tarde cuando yo me despedía. Llamó sí mi atención que doña Ivonne se mostrase muy poco en aquellas horas. No la veía, tampoco, por las ventanas de

la sala de diario, mirando la televisión o jugando a las cartas con sus amigos. Le pregunté a Nieves qué sucedía, y ella me dijo: “Ahora tienes que salir porque...” Se interrumpió como si se hubiera arrepentido de decir lo que tenía en la punta de la lengua. “¿Por qué, Nieves?”, insistí. “Pues porque tienen muchas cosas que hacer”, me respondió con sequedad. No quise atribuir demasiada importancia a su reticencia, pero me propuse estar con los ojos bien abiertos. Me percaté así de que el chofer volvía a veces solo, buscaba algo en la casa y partía de nuevo a toda prisa. Se cruzaban también conmigo, en el jardín, personas que no eran las habituales. Una tarde, incluso, se presentó el veterinario con una señorita de blanco, y Nieves vino a pedirme que les llevara a Cifar: “Anda, Camilo, que quieren al gato. Y puedes irte porque la consulta será larga”. “¿Consulta? Pero si no está enfermo...”. “No, ya lo sé pero tiene que pasar consulta”. El asunto me pareció extraño, pero me dije que era cosa de ellos, y que la vieja podía hacer con su plata lo que le viniese en gana. Me marché, pues, y me pregunté una y otra vez qué podría estar sucediendo. En todo caso me trataban bien, y mi salario me era pagado puntualmente por el mayordomo. Tula y Zózimo esperaban impacientes los panecillos y bombones que me obsequiaba Nieves. Cata, por su parte, andaba muy ocupada con su negocito de gorros y medicillas, y no parecía acordarse de mi trabajo ni de sus enojos. “Quizás, pues, se habrá dado cuenta de su exageración”, me decía a mí mismo. Acabé por decirme, también, que sin duda me dejaba llevar por las aprensiones, y que más bien debía disfrutar de esa relativa bonanza, y de los momentos de juego y contemplación. Pronto pude comprobar, sin embargo, que ese vago recelo no había sido infundado.

Aquel lunes, acaso movido por un presentimiento, me apuré a la salida de la escuela, sin hablar con nadie. La tarde estaba despejada y tibia. Me había hecho el proyecto de sentarnos junto a la fuente y oír cómo caía la noche en los ficus y en los bambúes. Llegué, pues, a la casona, y con gran sorpresa hallé el portón cerrado. También estaban cerradas las ventanas del salón, del estar de diario, de la terraza. El Chrysler se encontraba sí, pero no en la calle sino frente a la cochera, al lado izquierdo del jardín. Toqué el timbre, pero nadie respondió. No sabía qué hacer, cuando de pronto apareció Celso, viniendo desde el fondo con un balde. Me vio y su expresión se hizo sardónica. “¿Y la señora?”, le pregunté. “¿Qué señora?”. “La señora de la casa, doña Ivonne...”. “Ah”, pretendió acordarse, “se ha ido a Estados Unidos”. Me quedé de





una pieza, y solo después de un momento pude reaccionar: “¿Y Nieves?”. ¿Y Cifar?” Se rio en voz baja mientras comenzaba a limpiar la carrocería. “¿Te refieres al gato? Pues se lo llevó, claro está. Y también a Nieves”. No supe qué decir, pero luego de un espacio insistí: “¿Y no ha dejado nada para mí? ¿No me ha señalado otras tareas?” Se rio, nuevamente y sentenció: “Mira, mejor regresas a tu casa, porque no dijo nada”. “Pero ¿no me ha dejado ningún encargo?” “¡No, hombre! ¿Y qué encargo te iba a dejar”. Me obstiné todavía: “¿Y cuándo volverá? Abrió los brazos en gesto que expresaba una absoluta y burlona ignorancia. Vacilé unos instantes, y después, sin despedirme, me dirigí al malecón. Me senté en una banca. Perdido estaba, pues, aquel trabajo, y no tendría otro camino que lustrar zapatos, por más que esa labor no gustase a mi madre ni a mí. Y ausente además, acaso para siempre, mi amigo. Dejé que transcurriera un buen rato, y me preparé para lo peor: contar lo sucedido a mi padre, y soportar los reproches de Cata y los sarcasmos de Salustio. Me levanté, pues, y deambulé unas horas por el centro de Barranco. Por momentos resurgía en mí una cólera violenta contra esa vieja egoísta, a quien no le había importado hacerme perder una colocación más estable y conveniente, pues de seguro sabía ya de su viaje cuando me contrató. Y lo sabía igualmente Nieves. ¡Aun ella me había engañado! Y todos se habrían reído del tonto muchachillo que, con su extraña amistad por el gato, había ayudado a ponerlo en forma para que su dueña lo luciera allá en una exposición o concurso, como los que había mencionado alguna vez Nieves. Poco a poco, sin embargo, mi indignación se fue atenuando y aumentó, en cambio, mi pena por Cifar. Sin duda no lo vería ya nunca. ¡Blancura callada, imprevisible, afectuosa! Caminé largamente, y eran ya como las nueve de la noche cuando llegué a casa. Mi padre estaba en la salita, y reparó en mi aire alterado. “¿Qué tienes?”, me preguntó. “La vieja se ha ido a Estados Unidos”, dije, “y se ha llevado a Nieves y al gato, y me han dejado en el aire”. Me miró con calma, y guardó silencio. Dijo después con suavidad: “No tengas cólera ni sufras, hijo. Yo también tengo la culpa”. Y agregó: “Así es la vida de los pobres...” Mi madre nos había oído, desde la cocina, y salió y trató de consolarme: “Ya buscaremos otra cosa. No tendrás que abandonar la escuela”. Me senté junto a la mesita del florero. Solo entonces me di cuenta de que Salustio estaba en el altillo, y de que él también había escuchado. Al cabo de un rato asomó la cabeza y en voz baja y sarcástica se rio: “¡Jo, jo, jo, ¡Así que ya no eres mas niño de gatos! ¿Te convences de que eres un cojudo,



Camilo? ¿Un reverendo cojudo?” Me di vuelta, y con calma, le repliqué: “Y tú, Salustio, eres un pobre diablo!” Mi padre terció: “¡Ya basta! ¡Cállense!”.

Al poco rato llegó Cata. Entró contenta y diciendo “¡Mamá, me han dado más lana! ¿No es linda esta madeja?” Me vio, entonces, y la cara mustia que yo mostraba. “¿Qué pasa?”, preguntó, “¿por qué estás así?”. “Pues nada”, le respondí, sino que la vieja se largó al extranjero, y me quedé sin gato y sin cachuelo”. Se acercó sin hablar y tomó asiento a mi lado. Los ojos le relampagueaban, pero no formuló ninguna reprimación. Dejó transcurrir unos instantes, y habló luego, quedamente: “¡No importa, Camilo! ¡No serenos nunca más juguetes de los ricos!”. Calló un espacio y continuó: “Era lindo el gato. Tú lo querías, y él a ti. Eso es lo que me da más pena. Él también te echará de menos”. Puso una de sus manos sobre las mías y aproximó su rostro, que noté afiebrado, súbitamente afiebrado. Dijo: “Era un sueño tu amistad con Cifar, y no podía durar. Esas cosas no son para nosotros, Camilo”. Y se fue a la salita, donde estuvo conversando en voz baja con mi padre. Después de un rato me fui a acostar. Salustio ya lo había hecho, y dormía como un tronco. En cierto momento vino mi madre, y, creyéndome dormido, me acomodó las cobijas. Yo sabía que me sería muy difícil dormir, y me resigné a una suerte de desvarío en que aparecía una y otra vez ante mí la figura de Cifar. Me veía con él en la terraza, en el malecón, en la plazuela, en el comedor de cristales, en una playa inmensa. Y siempre tornaba hacia mí unos ojos interrogadores y lucientes, en los que, de algún modo, afloraban ansiedad y nostalgia. Se desvanecía después, en una bruma luminosa y cada vez más lejana. Veía también, por instantes, el rostro ajado de la vieja y la faz sonriente de Nieves. Y creía, incluso, estar ya más crecido, y tener un puesto en donde, alternativamente, vendía cigarrillos y lustraba zapatos. Y mientras trabajaba, me decía: “¿No ven? ¡Ya olvidé a Cifar!”. Pero una voz me advertía siempre: “¡No, Camilo! ¡No lo olvidarás nunca!”. Y otra vez volvía a estar con mi amigo, y los dos íbamos hacia un mar cada vez más azul y más lejano...

Edgardo Rivera Martínez





# La campana invisible

**E**n el valle de Mala, dominio que fuera de Chuquimancu, se encuentran dispersos, bordeando los cerros que descienden hasta el mar, restos de antiguas poblaciones: casas y cementerios en ruinas, huacos, vestidos; todo en lamentable forma y estado porque el tiempo y los huaqueros han hecho del adobe presa fácil de su lenta pero eficaz labor erosiva; se conservan también de aquellos tiempos prehispanicos: leyendas y relatos no exentos de verdad y de interés.

A la orilla derecha del río que forma el valle y que lleva por nombre el de Mala, entre los distritos de San Antonio y de Flores (Santa Cruz de Flores), abrigados por los brazos de un diminuto y trunco portachuelo, se extienden paredones y cráneos rotos, vestigios de crecida población en otrora. Conocido es el sitio con el nombre de la Opería, y su prestigio no reside en el valor arqueológico que quizá represente, pues no ha sido estudiado, sino en lo que a su alrededor sucedía.

Oíase en los lugares cercanos a las ruinas de la Ollería los tañidos de una invisible campana. Raros sonidos que no obedecían a pauta alguna: débiles, violentos, sonoros y fuertes, ya en la cumbre de los cerros, ya debajo de las mismas ruinas o en el subsuelo sobre el que se hallaba el caminante, indistintamente se presentaban.

¿Se sabe algo de tal fenómeno? El hecho original se remonta a los primeros años de la conquista; la tradición lo conserva matizándolo con su aporte de siglos.

A la llegada de los españoles, los nativos, cuando Atahualpa desde Cajamarca ordenara el recaudo de tesoros para lograr su libertad, temerosos de perder lo poco que les quedara, después de haber cumplido con su contribución, optaron por llevar los objetos más preciados a lugar seguro. Cavaron entonces en las faldas de los cerros secretas galerías e hicieron de ellas inestimables cofres y seguros refugios, pues a la vez eran especie de catacumbas donde los hijos del Sol siguieron reuniéndose para venerar a su padre Inti. Se salvaron así de la codicia



de los españoles múltiples objetos de oro y plata, los cuales con el tiempo y por el choque o contacto con otros cuerpos o por la acción del viento, transmiten a través de las rocas o de túneles subterráneos sus inarmónicas vibraciones que sorprendían al viajero no avisado.

Se había hecho creencia general entre los pobladores nativos que dicha campana llamaba a las almas de los antepasados, los primitivos habitantes del valle, porque más de una vez habían visto también, en las noches oscuras, un largo desfile de luces alrededor de los muros de las ruinas. Les era difícil aceptar que tales luces no fueran otra cosa que las emanaciones que desprenden al contacto con el aire.

Recopilador: Alejandro Manco Vivanco





# El Ichic-Ollgo

Una bruja muy vieja dio a luz un niño, que no creció y se quedó chico como chiuchi de un año. Cuando murió su madre, salieron los demonios de los cerros en forma de animales y cargaron con él. Le pusieron por nombre Ichic-Ollgo.

El ichic-ollgo andaba errante por los montes y quebradas, dormía en los machaes o cuevas que quedaban desde ese día sagradas. Cada machay comunica con los pantanos, por eso ellos son feo-patsa, sitio malo que se debe huir. El enanito se buscó una flauta y una caja, y así tocando pifano y tambor espantaba a las vacas y a los gorriones.

Solito se crio muy malo el enano. Subía el Ichic-Ollgo por las quebradas y se orinaba donde nace el río: el agua bajaba turbia y haciendo ruido, arrasando las huertas llenas de frutos. Como le gustaba la chicha, los campesinos, para complacerlo, al servir, derramaban de intento un poco y decían “Quizá tenga sed el pobrecito Ichic-Ollgo”.

Algunas veces, hasta ahora, se convierte en toro. Relucientes los cuernos, el hocico humeante y los ojos brilladores. “Gocha-Toro” lo llaman, que quiere decir “toro de la laguna”, porque se mete entre los pantanos y hozando, con las pezuñas escarba el lodo, destrosa los juncales y rompe la verde maraña de huaailla, la yerba de la laguna, hasta abrir un gran boquete por donde se escapa el agua y el barro del charco. Por el mismo cauce de la quebrada el gocha-toro baja dando brincos; a voces invita a los cerros a desprenderse y así todos se vienen derrumbando pendiente abajo: piedras, agua, rocas y lodo. ¡El huaico! ¡Es el huaico!, gritan los cholos...

Cuando algún borracho bebió más de la cuenta y regresa cantando a su casa, el Ichic-Ollgo lo espera escondido entre las retamas del camino y comienza a gritarle “apallinai, apallinai”; que quiere decir “cárgame, cárgame”. Como es chico y está tiritando de frío, el borrachito lo levanta, mas el enano es muy pesado, casi como de fierro.



A la alborada se transforma en gavián y pica los ojos, las orejas y la nariz reluciente y roja de los borrachitos.

Así es el Ichic-Ollgo. Va por los cerros y las quebradas, durmiendo en los machaes, tocando su flauta y su caja para asustar a las vacas y a los gorriones.

Arturo Jiménez Borja





## El hombre que convivía con la duende

**E**n el distrito de La Encañada vivía un señor dedicado al negocio de la coca, motivo por el que viajaba continuamente de ese lugar a la provincia de Celendín, pasando por Cajamarca. En uno de esos viajes se encontró con unos amigos en una casa cerca a La Encañada libando con ellos varias copas de aguardiente, después de lo cual y ya entrada la noche prosiguió su camino, pero vencido por el sueño decidió descansar un rato en el sitio llamado El Chicche, junto al puquio que en ese lugar existe.

Efectivamente, asegurando a su cabalgadura, se acostó en la pampa a dormir. Ya serían las once de la noche cuando se despertó notando con gran sorpresa que a su lado también se había acostado una mujer muy hermosa, blanca y de pelos rubios, la misma que notando que se había “recordado” le insinuó para que tuviera relaciones sexuales.

Al principio se resistió, pero como la mujer insistía practicaron el acto, después del cual le recomendó que ya no tuviera relaciones maritales con su esposa, que ella iba a proporcionarle la buena suerte para que prosperara en su negocio y que solo con ella conviviera, propuestas a las que el hombre, ya enamorado, accedió.

Desde entonces procuró no cohabitar con su esposa, e incluso pasaba muy largas temporadas en la casa que tenían en el Pueblo Nuevo (barrio de Cajamarca). Su señora se dio cuenta que algo raro le estaba pasando, puesto que no podía tratarse de asuntos del negocio, ya que la suerte les favorecía enormemente, llegando a tener mucha plata.

Intrigada la mujer, una de esas veces, envió al mayor de sus hijos para que viera lo que su padre hacía en Cajamarca. Efectivamente el muchacho llegó a la casa y sorprendió a su padre con una mujer gringa en la cama.

Con esta novedad regresó a donde su madre, a quien contó lo que había visto. La señora decidió constituirse personalmente a la ciudad de Cajamarca, y ella misma vio, desde una casa vecina que por las noches



ingresaba después de su marido una mujer muy blanca y rubia, pero al día siguiente solo salía de la casa el marido y no la mujer. Un día decidió ingresar al domicilio para ver qué es lo que se quedaba haciendo la mujer, mas con gran sorpresa no encontró a nadie, y más bien percibió cierto olor a azufre, y que de la pared se habían descolgado sus estampitas.

Alarmada contó del hecho a una comadre, la misma que le dijo que probablemente su marido estaba ya compactado con la duende, aconsejándole que tan luego viera que la mujer se metía a la casa ella también se presentara portando un crucifijo de acero, del que no debía desprenderse en ningún momento. En efecto, al día siguiente esperó el momento oportuno e ingresó a la casa, sorprendiendo a su marido con la duende echados en la cama. Entonces ella, enseñando el crucifijo le dijo: “si no ha de ser mío no ha de ser de nadie” y dio muerte al hombre que no atinó a defenderse.

Antonio Rodríguez





# El duende de Chontapaccha

**H**asta ahora cuenta una mujer, ya anciana, de lo que le sucedió cuando lavaba ropa en las aguas provenientes del puquio que existe en Chontapaccha. Dice esta señora que hace muchos años, cuando era todavía joven, se ganaba la vida lavando la ropa de varias familias de Cajamarca.

Que siempre y con el objeto de ganar sitio y tiempo se dirigía al puquio, que queda en la bajada de Chontapaccha, como a las cuatro de la mañana, alumbrándose con su linterna de kerosene; pero que una vez, equivocándose de hora, se fue más temprano, será más o menos las dos de la mañana en que llegó al puquio, bajó su quipe, y que ya había comenzado a remojar la ropa cuando, con gran sorpresa vio que un bulto salía del puquio y tumbándola practicó con ella el acto sexual, no obstante los gritos que daba y la resistencia que opuso. Que desde entonces por las noches, el mismo bulto, entraba a su casa y que subiéndose a la tarima en donde dormía volvía a practicar el acto sexual, sin que ella ni su marido pudieran oponerse.

Que como resultado de estas relaciones a los nueve meses dio a luz un muchacho deforme, con la cabeza parecida al del chancho, el mismo que felizmente al poco tiempo murió. Que después del alumbramiento volvió el bulto y que el marido escuchaba en forma muy clara cuando la poseía sexualmente. Que de tales hechos dio cuenta a una de sus comadres, quien le aconsejó que echara agua bendita a la casa y colocara en la cabecera de la cama una cruz de acero, como que en efecto lo hizo desapareciendo desde entonces el duende del puquio.

Recopilador: Luis Iberico



# El duende de Huacaloma

En el sitio denominado Huacaloma, comprensión del paraje de Mollepampa, había un puquio que ahora se ha secado, y donde se abastecían de agua los moradores del lugar (en este lugar, distante 4 kilómetros. de Cajamarca, en 1970, la misión arqueológica japonesa, dirigida por el doctor Tejada, practicó excavaciones en busca de asentamientos humanos tempranos).

Dicen que en ese puquio, en las noches de luna llena, salía una mujer blanca, gringa, muy buenamoza, a sentarse en la orilla, en procura de conquistar a los jóvenes y hombres, los cuales, después de caer en su red de amores, aparecen completamente locos, idos o atontados.

Últimamente la duende se enamoró de un joven perteneciente a la familia Chunque, el mismo que después de gozar un tiempo de esos amores empezó a dar muestras de locura y de estar muy enfermo. Dicen que la duende, por las noches, llegaba a la casa del Chunque y golpeaba su pared: cuando el joven salía lo jalaba del brazo y lo llevaba hasta el puquio.

Los vecinos se dieron cuenta de que el joven había sido tentado por la duende, por lo que, para salvarlo, pidieron autorización a sus padres y fabricaron un bollo de azúcar blanca que lo dejaron, acompañados del maestro, en el puquio, a cambio del joven. Desde entonces la duende ya no fastidia al joven, y este poco a poco ha recobrado su salud y su razón.

Luis Iberico Más





# Leyenda del médano Blanco

**E**n el distrito de Sechura, en el desierto, a unos veinte kilómetros de la población, se encuentra un inmenso médano, que por la blancura de sus arenas es llamado médano Blanco. Este es muy alto y nadie puede subirlo porque dicen que está encantado.

Está rodeado de forraje, y cuentan los pastores que habitan por allí, que siempre oían tocar un tamborcito, pero que nunca llegó a ser descubierto quién lo tocaba. En el centro del médano hay corales y cosas de oro, por eso la gente quería subir, y apenas habrían subido cinco a seis metros, comenzaban a hundirse, y como tenían miedo, no continuaban.

Cuenta la leyenda del médano Blanco que dos señores, yendo por esos lugares, se perdieron del camino. Cuando se dieron cuenta de que estaban perdidos ya habían caminado bastante; tenían sed y no encontraron dónde tomar agua.

Caminaron más y más, buscando cómo orientarse. De pronto, vieron un río, se alegraron y se dirigieron a él. Cuando llegaron hicieron beber a sus caballos. Ellos llevaban dos depósitos, y también los llenaron de agua. Creían que era el río de Batán, que pasa cerca de Sechura; pero como estaban cansados, se quedaron a descansar y se durmieron. Cuando despertaron, cuál sería su sorpresa al ver que el río era un médano; los depósitos que llenaron de agua estaban llenos de arena. Estaban encantados; este médano era el famoso médano Blanco, y no sabían cómo llegaron a él. Dicen que en época de Semana Santa aparecen varios de esos llamados “encantos”, junto al médano; también dicen que aparece un patito, y creen que este fue una persona que por curiosa subió al médano y se quedó encantada. Algunas veces el patito aparece en los ríos, transformado en patito de oro, y cuando encuentra alguna persona buena sale a hablarle, diciéndole que en tal o cual lugar hay un tesoro reservado para él.

Francisco Izquierdo Ríos

# La laguna encantada

Los comuneros de las parcialidades de Tunacayuna y Masac, en Marachanca, habían acordado construir una acequia para irrigar sus terrenos; pero, como surgieron discrepancias, los de Tunacayuna principiaron a construir por los lugares de Hueroc y Ninacúa, a la vez que los de Masac comenzaron por otro lado. Los comuneros de ambas parcialidades volvieron a reunirse para cambiar ideas, nuevamente, sobre el sitio en que deberían de construir la esperada acequia. Después de una discusión acalorada, cuando menos lo esperaban se les presentó un caballero, montando un hermoso caballo blanco, y les preguntó de qué trataban; ambas partes le manifestaron que deseaban construir una acequia.

...“El personaje aparecido, después de escuchar sus razones, les dijo: —Ustedes no podrán construir la acequia por ninguna de las partes que han principiado; solo yo puedo hacerlo, de la noche a la mañana, si me entregan a la más bella doncella”.

...“La mayoría no creyó, pero un comunero de la localidad de Tunacayuna de apellido Chinchihualpa aceptó, y le ofreció entregar a su más bella hija a la mañana siguiente. Así fue, al día siguiente salió a cumplir su compromiso llevando a su hija menor, llamada Evangelina. Al mismo tiempo se presentó el caballero desconocido en su brioso corcel, quien recibió a la bella Marachanquina y la hizo montar a la grupa, ofreciendo bajo juramento que a las doce de la noche de ese día la acequia estaría lista con bastante agua. Y desapareció el desconocido, como por encanto”.

...“El padre se fue a casa muy triste, pero el misterioso caballero cumplió. Al día siguiente la acequia estaba lista, bien enlajada (ferrada con piedras) con dos túneles por los que corría el agua en abundancia y bordeada por árboles frondosos, los que hasta ahora existen, de una especie que en toda la zona de Matucana solo crecen a orillas de esta acequia y la laguna”.





..“La leyenda cuenta que en las noches de luna llena se le puede ver a Evangelina a orillas de la laguna peinándose. Si uno llega a verla es mejor pasar de largo porque muchas personas han ido a parar al fondo de la laguna dejándose llevar por ella”.

Recopilador: Miryam Canicela



# La playa de Yasila

**Y**asila es una atrayente playa situada en las proximidades de Paíta. Acerca del origen de este nombre unos dicen que viene de dos palabras que se unieron. Un joven llamado Zila vivía en esa playa, y cuando sus familiares lo llamaban, le decían “Ya Zila”, y al unirse estas dos palabras, llamaron a esta atrayente playa “Yasila”.

Según otros el origen de la palabra se remonta a los tiempos del último inca de una región llamada Chinchasuyo. Había entonces una familia muy respetada, y en ella siempre se destacaba el hijo mayor como sabio, o sea, amauta.

En aquel tiempo la tribu nombró como cacique a un hombre llamado Yucay, el cual era enemigo del amauta. Siempre, desde su infancia, el hijo de la familia se había distinguido por su ingenio, es decir, el hijo de la familia respetada. Este hijo era entonces Huayna, contemporáneo de Yucay. En cambio Yucay era envidioso, y siempre buscaba la forma de deshacer el trabajo de Huayna, pero este, que era más hábil que Yucay, lograba evitarlo.

Pasaron algunos años hasta que Yucay se destacó como guerrero, y lo elevaron a cacique. Lo primero que hizo fue expulsar a la familia de Huayna, y ordenó que se retiraran en secreto, durante la noche. La familia de Huayna se componía de siete personas, y salieron en más de cien llamas, pues se les permitió que llevaran sus tesoros.

El viaje fue penoso, hasta que llegaron a una playa solitaria, y sintieron temor; pero luego se acostumbraron a la soledad, y decidieron quedarse, y empezaron a construir sus viviendas.





Pero como la felicidad nunca es duradera, cierto día unos indios desconocidos, incivilizados, llegaron a perturbarles su tranquilidad, atacándolos. Ellos pensaron en salvarse. y se embarcaron en un gran bote, gimiendo y pidiendo ayuda. Mas, viendo que todo era inútil, resolvieron callarse.

La familia de Huayna continuó navegando en su canoa, cantando himnos al sol, y en sus estrofas decían varias veces: “Yasila, Yasila”. De allí que la gente de aquellos tiempos optó por llamarle a este lugar Yasila.

Francisco Izquierdo Ríos



# El pueblo de Narihualá

**A** pocos kilómetros de la ciudad de Catacaos existe un pueblecito llamado Narihualá. Este pueblo, según relatos históricos y los restos encontrados, fue poblado por varias tribus. En tiempo en que los tallanes poblaron esta ciudad, vivían formando ayllus que se dedicaban al pastoreo y la agricultura.

Al tener noticias de que el conquistador Francisco Pizarro se encontraba cerca del pueblo, se llenaron de espanto, y se enterraron vivos, con todas las riquezas que poseían, a fin de que los españoles no se apoderaran de ellas. También dicen que este pueblo tenía un grandioso templo dedicado al culto del Sol, adornado con objetos de gran valor. Entre estos objetos existía una campana de oro; al descubrirla, los españoles se llenaron de admiración, y aumentó más su codicia. Se arrojaron para capturar la campana, pero ella se desplomó, y cayó al suelo, hundiéndose, y no fue posible encontrarla a pesar de los esfuerzos de los españoles. Hoy este pueblo tiene pocos habitantes, y todavía existen paredes de casas antiguas. La iglesia está construida sobre una lomita de tierra, a la cual se le ha denominado el Alto de Narihualá.

Cuentan los pobladores que el día de Viernes Santo sale un indiecito que lleva en la mano derecha un candil encendido y en la izquierda una campana que al tocarla hace gran ruido, y que este día es el apropiado para hacer la búsqueda de los objetos enterrados.

Muchas veces han encontrado sepulcros rodeados de objetos de oro, plata y huacos que contienen dentro gran cantidad de perlas.

Está prohibido por el Gobierno y las autoridades apoderarse de estas riquezas, aplicando serios castigos a los que desobedecen esta orden.

Francisco Izquierdo Ríos





# La barquita misteriosa

**E**n el departamento de Piura, como sabemos, se encuentra Cabo Blanco. Dicen que en este sitio ocurrió un caso que hasta ahora se recuerda con mucho temor. Pues cuentan que gentes que se dedicaban a la pesca en las noches iban en su bote a pescar cerca de Cabo Blanco, pero no volvían nunca más; solo su barca era devuelta por las olas a la orilla, pero sin la menor seña de algún pobre pescador; desaparecían misteriosamente, como por encanto. Y cuentan que todas las noches aparecía un barquito luminoso a pasearse y navegar, y luego desaparecía en la inmensidad de las aguas. En Semana Santa era cuando los dedicados a la pesca sentían un impulso de irse muy adentro del mar a pescar, pero no se volvía a saber nada de ellos.

La esposa de un pescador estaba cierta vez triste y desesperada por la tardanza de su esposo, cuando sintió un inmenso calor en todo el cuerpo y el reflejo tan grande de la luz de aquel barquito; y luego ella quiso huir hacia su humilde hogar, pero quedó petrificada y una voz débil le dijo: “No habrá más aflicciones para este sitio, pero pido que mañana, que es Día de san Juan, arrojen al mar un niño sin bautizar, a las doce de la noche, o si no, los hombres que fueron a pescar desaparecerán”.

La mujer palideció y prometió hacer lo convenido; la barca desapareció rápidamente. Para esto, todas las mujeres comentaban sobre la voz que había salido de la barca. Y una mujer, haciendo el más grande de los sacrificios, tomó a su hijita en sus brazos; la niña estaba moribunda, desahuciada por los médicos, y con gran pena arrojó la criatura al mar. Una luz hizo estremecer a la mujer: era la explosión de aquella barca que según dicen era de un pirata que estaba condenado y que quiso salvarse haciendo desaparecer a muchos hombres; pero solo un niño



sin pecado podía salvarlo, y es por eso que desapareció para siempre aquella inmensa pena e inquietud de los pescadores, con el sacrificio de la criatura moribunda. Sin embargo, aún hoy, con mucha timidez, van cerca de ese sitio, para ver si sale la barquita mágica, pero la barquita no se asoma. Y dicen que solo para Semana Santa sale a las doce de la noche y da terror.

Francisco Izquierdo Ríos

## El cerro de la Vieja y el Viejo

Cuentan los antepasados esta leyenda del cerro de la Vieja y del Viejo que se encuentra en el centro de la carretera de Lambayeque a Motupe. Dicen que en el cerro vivían un par de viejitos, y un día se les presentó Nuestro Señor Jesucristo en persona, y como tenía sed, les pidió por favor le dieran agua, y los viejos le negaron, y entonces Nuestro Señor Jesucristo, en castigo, los convirtió en cerros. Y dicen que cada año cae una piedra de los cerros y que estos lanzan sus quejidos.

Francisco Izquierdo Ríos





## El cerro de la campana

Contaba muy pocos años, cuando una de aquellas tardes en que la familia, entre una y otra cosa, hace recaer la conversación sobre temas históricos, leyendas y cosas lejanas que han ocurrido aquí o allá, que yo escuché una historia, una historia que se grabó tanto en mi memoria, que nunca pude olvidar, y la cual voy a relatar como yo la escuché entonces:

Hace muchísimos años de este suceso, y los españoles aún eran dueños y señores del Perú. En un cerrito de la caleta de Huanchaco apareció una Virgen. En ese lugar se levantó una capilla. Poco tiempo después, y cuando ya la capilla albergaba a la Virgen, muy cerca se encontró una enorme campana de oro de una belleza divina; llevaba una inscripción que rezaba: “Para la iglesia de Huanchaco”. La noticia se difundió en un momento y llegó hasta Trujillo. Se trató de averiguar su procedencia; pero vanos fueron los esfuerzos porque no se supo nada. Se discutió sobre el destino que se debía dar a la campana; según unos debía quedarse en la capilla de Huanchaco; pero otros alegaban que no podía quedarse una cosa de tanto valor en una caleta insignificante; que Trujillo adquiriría mayor atractivo con su catedral adornada por esa campana; además lo mismo daba que estuviera en una iglesia o en otra. Aceptándose la segunda opinión, y con mucho trabajo, en el cual cooperaron muchos hombres, se trasladó la campana hasta la catedral de Trujillo. Pero si el transporte fue difícil, mucho más costó subirla hasta la torre y fijarla en las barras donde se debía tañer. Muy cansados y transpirando a cual mejor bajaron los hombres de la torre para contemplar cuán hermosa se veía la catedral con su nueva y potente campana. Mas el espectáculo no duraría; al día siguiente, y muy temprano, acudieron nuevos curiosos a conocer la campana; pero cuál sería su sorpresa al contemplar la torre vacía y los barrotes de la campana rotos. ¡La campana había desaparecido!



Un mensajero de Huanchaco vino a confundirlos más, pues la campana se hallaba en el lugar donde la vieron por primera vez. Pero a pesar de este raro suceso, no se conformaron con que la campana se quedara en Huanchaco, e hicieron los preparativos para llevarla nuevamente a Trujillo. Esta vez la encontraron muy pesada, y tuvieron que redoblar el esfuerzo y el ingenio para conseguir su propósito. Con todo, sintieron gran satisfacción al contemplar la campana nuevamente en la catedral, donde por segunda vez la admiraron. Se pusieron guardianes para evitar que se repitiera el suceso que días antes los había asombrado. ¿Pero qué sucedió? Quizá los guardianes se durmieron; lo cierto es que al día siguiente, en lugar de la campana, estaban solo los barrotes rotos.

Esta vez no podrían apoderarse más de la campana; los habitantes de Huanchaco la habían visto pasar por el aire, en vuelo veloz, y clavarse con gran estruendo en un cerro que queda cerca de la capilla de esa caleta. Y ahí está y estará; quién sabe hasta cuándo.

A la Virgen de la capilla se le hace una gran fiesta cada cinco años, y se la lleva desde Huanchaco hasta Trujillo. En las vísperas de esa fiesta, cuentan que a las doce de la noche se oyen los tañidos graves y sonoros de la campana; y otros dicen que no solo por esos días, sino todos los días a las doce de la noche se oyen unos toques como si llamaran a misa, que el repique es muy impresionante y extraño.

Esta capilla es notable por su Virgen y porque ahí reposan los restos de deán Saavedra, y además junto a ella se halla el cerro de la Campana.

Francisco Izquierdo Ríos





# La novia sin cabeza

Una vez terminada la conversación, tuve que despedirme de mi buen amigo el párroco y aventurarme a la soledad de la noche, que a veces a estas altas horas de la noche es muy solitaria y silenciosa. Antes de partir hacia el cercado mi amigo el párroco me deseó suerte y me advirtió de los peligros y sustos que se pueden dar a la oscuridad de la noche, y me dio un crucifijo.

“Gracias”, le dije, y yo no estaba tan preocupado por ninguna de esas viejas leyendas de vampiros, fantasmas y duendes que existen. Yo no creo en ese tipo de historias; en cualquier caso, yo siempre me había caracterizado por mi valentía.

Ya había recorrido gran parte del camino para llegar a la vieja casona donde vivo; cuando atravesé por la callejuela de Santa Catalina, vi algo inesperado: a escasos metros pude ver la figura de una dama, llevaba un vestido blanco y manchado de sangre, sosteniendo en una de sus manos una cabeza, y a esos escasos metros escuche que lloraba.

Quedé consternado por lo inexplicable y sobrenatural. Me detuve por unos minutos y esperé que aquella entidad misteriosa desapareciera; sin embargo, recordé el crucifijo, que lo tenía en mi bolsillo, y este me dio valor para seguir mi camino, porque si no me tardaría en llegar a mi casa a descansar.

Cuando di unos cuantos pasos hacia adelante quedé más estremecido al ver que aquella espantosa dama se acercaba a mí. El rostro ensangrentado en su mano me llenó de espanto y terror. No pude seguir caminando; mi cuerpo se deslizó al suelo del susto. En esos momentos temí por mi vida, y mi corazón latía más rápido. Metí mi mano al bolsillo y saqué el crucifijo que me dio mi amigo el párroco.

Al acercarse más la aterradora figura de la mujer pensé que este podía ser el fin de mi existencia y me daría un ataque de susto. Tenía el cru-



cifijo en mis manos, y con mucho esfuerzo con mis manos temblorosas apunté el crucifijo hacia ella.

Entonces escuché un horrible y bestial llanto. La desgarradora figura empezó a alejarse de mí rápidamente, perdiéndose por el callejón que está detrás de la Catedral.

Me levanté de la helada pista y, con el crucifijo en mi mano, me armé de valor y decidí perseguirla. Recorrí una cuadra de la calle San Francisco, y luego, al dirigir mi mirada hacia las afueras de la catedral, vi que su cuerpo empezaba a elevarse y así perderse en la oscuridad del infinito cielo.

Al día siguiente desperté muy tarde, y al recordar lo que me pasó en la noche no podía creerlo. Me había encontrado cara a cara con la novia sin cabeza, una leyenda de hace mucho tiempo. Dicen que era una dama que un día antes de casarse sufrió un accidente, y estuvo a punto de perder la cabeza; por eso sale en las noches a deambular por las calles haciendo asustar a los incrédulos transeúntes que caminan muy de noche. Salí de mi casa a ver a mi amigo el párroco y agradecerle por haberme proporcionado su crucifijo, porque si no lo hubiera hecho, tal vez no hubiera vivido para contarlo.

Inspirado en el cuento: “El vampiro del Monasterio” del Libro “Arequipa y sus misterios” de Pablo Nicoli Segura (2001)





# Cahuachi: el príncipe volador

Un raro ser

**E**ra una noche de plenilunio en un lugar muy cerca de la mar, los fuertes vientos mezclados con arenilla golpeaban el rostro de un viejo rey que acompañado de sus súbditos realizaban un peregrinaje en los templos piramidales y desde la sumidad contemplaban extasiados la luna llena que con su fulgor de plata bañaba todos los rincones de los areniscos, los añejos guarangales orlados con nidos de cuculíes y de rojos piturrines. De vez en cuando se veía a lo lejos el brillo de los ojos de nocturnos animales que como brazas de fuego calentaban la fría noche.

El cielo estrellado, y el rey, dotado de una gran industria, observaba minucioso el firmamento tratando de hallar sentido en el misterioso paso de los astros y la manera como se agrupaban entre sí, que como nebulosas formaban caprichosamente figuras de seres que habitaban en la tierra.

Nanaska, el gran monarca, estaba junto a su hijo Cahuachi, un sacerdote guerrero, mozo fuerte y valiente, futuro heredero del reino, quien muy atento aprendía las sabias lecciones de astronomía del padre.

—Hijo, tú que pronto heredarás los destinos de la nación, es importante que conozcas el paso de los grandes ojos de fuego. En ellas —prosiguió— verás el triunfo o la derrota, la abundancia de agua o las sequías, la prosperidad o la decadencia, la vida o la muerte, pues, cuando una estrella cae en la tierra, es señal de una vida que se apaga.

De pronto un gran vocerío se escuchó de todas partes, interrumpiendo al rey. Todos miraban asustados al infinito. Una pequeña, una tenue



lucecita se dirigía a una extraordinaria velocidad a la tierra, agigantándose más su tamaño cada vez que se acercaba y su color brillante se hacía más intenso e incesante, resplandeciendo de tal forma que se podía ver los asustados rostros de los súbditos del rey.

—No teman, es una bola de fuego de los cabellos de oro —dijo el monarca, confundiéndolo con un cometa.

La fría noche daba la sensación de que se convertía en día cuando la intensa luz fulgurante irradió a los sorprendidos hombres. A los terrenos de arena, las viviendas de piedra y barro con techos de carrizos y paja. Se pudo mirar los verdes guarangales de donde salieron despavoridas las aves que dormitaban en sus fuertes ramas. La inmensa y pedregosa pampa sembradas de naturales calatos. Se vio las altas y bajas colinas, a los zorrillos y serpientes furtivos cazadores de la noche que asustados buscaban refugio en sus madrigueras. El suelo estéril y cuarteado por la sequedad, donde se observaba chamuscados maticos por el fuerte sol en el día y los ladridos de los perros rompían el silencio de la noche. Entonces la bola de luz cayó en la tierra en una gran pampa, dejándose escuchar ensordecedor sonido y el eco horrorizó más a la gente.

Después volvió el silencio y la oscuridad.

El rey, príncipe y guerreros se dirigieron raudos al lugar que se había precipitado la extraña luz, y acortando distancias, salvando escollos, subiendo y bajando pequeñas colinas, recorriendo largas planicies, muy pronto con la velocidad que llevaban llegaron al sitio, donde aún se podía ver restos oscilantes luces y un fino humo que se levantaba perdiéndose en la oscuridad de la noche.

Cahuachi, mostrando vacilación y curiosidad, llegó al objeto volador en forma temeraria.

Allí pudo observar un gran móvil de metal con la forma de un platillo, con muchas luces y pequeñas ventanas. El valiente príncipe abrió la puerta principal y del interior del objeto volador pudo salir un raro ser nunca visto por los ojos humanos. Acompañado a este ser, otra criatura cubierto de un extraordinario pelaje. Sus pequeñas orejas se mantenían siempre erguidas. No tenía ojos, estaba provisto de dos extremidades que le servían como mano-pies llevaba cuatro dedos que usaba para caminar y en la otra mano-pies tenía cinco dedos con los que cogía





objetos. La misteriosa criatura lanzaba amenazas por su boca pequeña escondida por las pelusas, emitiendo raros sonidos:

¡Akú, akú, akú!

En cambio, el fabuloso ser no era muy prodigioso de tamaño y no se distinguían sus formas, porque estaba protegido por una vestimenta especial. En una de sus partes superiores tenía dos ovalados lentes y tras de ellos observaban sus grandes ojos que asustados miraban al príncipe Cahuachi.

Pero la criatura muy debilitada se desvaneció, quedando tendida en el suelo a merced de los guerreros que intentaron golpearlo con sus makanas. Pero el otro ser no dejaba que se le acercaran, hacía mucho ruido. Entonces todos comprendieron que la cosa era como un fiel perro que cuidaba de los grandes peligros a su amo.

Desde entonces le dieron el nombre de Makú y el raro ser desvanecido fue llevado en parihuela al pueblo.

Tradición popular



# La iguana que destronó a la luna

**E**ra una vez un hermoso pueblo en el Perú, donde la gente adoraba a la luna. De este pueblo se retiraron un día las nubes. Durante todo el año no llovió. El sol brillaba día tras día. La sequía se apoderó de los campos, los montes se marchitaron, murieron las plantas. Muchos animales abandonaron el pueblo y hasta la gente pensó ir en busca de otros lugares vivir. ¡Qué pena les daba abandonar su pueblo!

El sacerdote imploraba en vano que las nubes volvieran, y con ellas la lluvia. Pero un día, felizmente, pasó algo que nadie esperaba. Dos niños del pueblo estaban persiguiendo una iguana, corre que corre tras ella. Para escapar de sus perseguidores, la iguana se metió en un hueco hecho en la tierra. Los niños comenzaron a cavar para sacarla.

De repente, sintieron que la tierra estaba mojada en el fondo: ¡había agua! Sorprendidos y alegres, los dos niños llamaron a gritos a la gente del pueblo. Hombres y mujeres se acercaron corriendo, y agrandaron el hueco hasta que empezó a brotar el agua a chorros. Tanta agua salía que los habitantes pudieron regar sus campos y sembrar de nuevo. ¡Qué felicidad!

En gratitud a la iguana que había salvado a la comunidad, la gente le hizo una estatua del mismo barro del pozo y la llevó al pueblo.

Sacaron la imagen de la luna del pedestal donde estaba y pusieron allí la estatua de la iguana. Al fin y al cabo, la luna no les había ayudado durante la larga sequía.

Tradición popular





# Leyenda de Huacachina

**E**n Tacaraca, centro indígena de alguna importancia, durante el periodo precolombino vivía una ñusta de verdes-pardosas pupilas, cabellera negra como el negro azabache que forma piedra escogida de la tierra, o quizás como el negro profundo del chivillo, el pájaro quebradino de las notas agudas, el tordo de nuestros alfalfares de las cejas de las sierras, doncella roja de curvas y sensuales contornos gallardos, como las vasijas del Sol en el Coricancha de los incas.

Allí cerca también de las alturas de Pariña Chica, el pago de las huacas, de los enormes tinajones y las gigantescas lampas de huarango esculpido, vivía Ajall Kriña, apuesto mozo de mirada dura y fiera en el combate, como la porra que se yergue en la mano del guerrero o como la bruñida flecha de tendido arco, pero de mirada dulce y suave en la paz, en el hogar, en el pueblo, como rizada nota de música antigua; como gorjeo de quena hogareña, percibida a lo lejos por el fatigado guerrero que tras dilatada ausencia regresa.

Ajall Kriña enamorose perdidamente de las formas blandas, pulidas de la virgen del pueblo, y un día en la confusa claridad de una mañana, cuando la ñusta llevaba en la oquedad de esculpida arcilla, el agua pura, su alma apagada y muda hasta entonces, abrió la jaula y dejó cantar a la alondra del corazón: Mi corazón en tu pecho cómo permitirías; aunque penda de un abismo, muy hondo, muy hondo o estrecho, de modo que tú me quieras como tu corazón mismo.

La de las eternas lágrimas, la princesa Huacachina, llamada así porque desde que los ojos de su alma se abrieron a la vida, no hicieron sino llorar; no tardó en corresponder el cariño hondo, fervoroso e intenso del feliz varón de los cambiantes ojos de fiereza o de dulzura, de acero o de miel.

Todas las mañanas y todas las tardes, en los cárdenos ocasos o con las rosadas auroras, Huacachina, cuyas lágrimas parecían haberse secado



para siempre, entregaba a Ajall Kriña, las preferencias de su corazón, las joyas de su ternura, los incendios de su alma pura y sencilla.

Pero la felicidad que siempre se sueña eterna a los ojos egoístas de que goza, voló como el céfiro fugitivo que se escurre entre las hojas de los árboles o entre las hebras del ramaje.

Orden del Cusco, disponía que todos los mozos se aprestaran a salir inmediatamente, para combatir sublevación de lejano pueblo belicoso. Ajall Kriña, con el alma despedazada, despidióse de su ñusta hechicera. Ella juró amor, fidelidad, cariño y él, alegre, feliz porque comprendía con la fe y la fiebre del que quiere, que ella no lo engañaría y entregaría su corazón como aquella otra ñusta odiosa de la leyenda iqueña que enajenó su ser por el oro de la joya, la turquesa del adorno y los kilos de la blanca lana como vellón de angora, marchó con otros de su pueblo en pos de nuevos soles a develar la rebelión, a sofocar el movimiento sacrílego contra el Dios-Inca.

Ajall Kriña, con heridas terribles, abiertas, incicatrizables en el cuerpo de bronce, muere en el combate después de haber luchado como un león.

La triste nueva, pronto se comunica a Huacachina, la bella princesa de los ojos hechiceros, quien alocada, desesperada, exantrópica, al amparo de las sombras que se vienen, huye sin que lo adviertan sus padres entre los cerros y los cuchillos de arena, hasta caer postrada, abatida, jadeante, sudorosa, con el llanto que desbordándose del manantial agotable de sus olas, caían en las arenas que como pañuelos de batista, se extendían más allá de la Huega.

Las lágrimas ruedan y siguen rodando muchos minutos; numerosos días; tiempo tal vez incontable para ella, de sus ojos inyectados por el dolor y cuando el hambre, el dolor, la tristeza, la desventura, rompen el frágil cristal de su alma y la vida huye y se aleja veloz, esas abundantes lágrimas, absorbidas por las candentes arenas, surgen a flor de tierra en el inmenso hoyo amurallado por las arenas superpuras, después de haberse saturado, con las sustancias de la entraña de la tierra, que las devuelve por no poder resistir el contagio del inmenso dolor.

En el día, las verdes aguas pardosas se evaporan en pequeña cantidad hacia los cielos, como si fueran llamadas por los dioses para aprender del dolor y se cuenta que todavía en las noches, cuando las sombras y el silencio han empujado a la luz, al ruido, sale la princesa, cubierta





con el manto de su cabellera que se plisa u ondea en su cuerpo; con ese manto negro, muy negro, pero menos obscuro que su alma, para seguir llorando su llanto de ausencia y de pesadumbre, algunas de cuyas gotas todavía se descubren en la mañana, en los primeros minutos de la luz, hasta sobre los raros juncos que a veces brotan en la orilla de oquedad; se ven sobre las innumerables hojas rugosas del toñuz tendido en sus ocios y se perciben sobre cada uno de los dientes de las hojas peinadas del viejo algarrobo, que extiende sus ramas levantándose sobre la cama de arena, para pedir a los cielos, piedad y consuelo, destinados a la princesa de la dicha rota, del ensueño deshecho, del paraíso trunco.

César Toro Montalvo



# CARTA DEMOCRÁTICA INTERAMERICANA

## I La democracia y el sistema interamericano

### Artículo 1

Los pueblos de América tienen derecho a la democracia y sus gobiernos la obligación de promoverla y defenderla. La democracia es esencial para el desarrollo social, político y económico de los pueblos de las Américas.

### Artículo 2

El ejercicio efectivo de la democracia representativa es la base del estado de derecho y los regímenes constitucionales de los Estados Miembros de la Organización de los Estados Americanos. La democracia representativa se refuerza y profundiza con la participación permanente, ética y responsable de la ciudadanía en un marco de legalidad conforme al respectivo orden constitucional.

### Artículo 3

Son elementos esenciales de la democracia representativa, entre otros, el respeto a los derechos humanos y las libertades fundamentales; el acceso al poder y su ejercicio con sujeción al estado de derecho; la celebración de elecciones periódicas, libres, justas y basadas en el sufragio universal y secreto como expresión de la soberanía del pueblo; el régimen plural de partidos y organizaciones políticas; y la separación e independencia de los poderes públicos.

### Artículo 4

Son componentes fundamentales del ejercicio de la democracia la transparencia de las actividades gubernamentales, la probidad, la responsabilidad de los gobiernos en la gestión pública, el respeto por los derechos sociales y la libertad de expresión y de prensa. La subordinación constitucional de todas las instituciones del Estado a la autoridad civil legalmente constituida y el respeto al estado de derecho de todas las entidades y sectores de la sociedad son igualmente fundamentales para la democracia.

### Artículo 5

El fortalecimiento de los partidos y de otras organizaciones políticas es prioritario para la democracia. Se deberá prestar atención especial a la problemática derivada de los altos costos de las campañas electorales y al establecimiento de un régimen equilibrado y transparente de financiación de sus actividades.

### Artículo 6

La participación de la ciudadanía en las decisiones relativas a su propio desarrollo es un derecho y una responsabilidad. Es también una condición necesaria para el pleno y efectivo ejercicio de la democracia. Promover y fomentar diversas formas de participación fortalece la democracia.

## II La democracia y los derechos humanos

### Artículo 7

La democracia es indispensable para el ejercicio efectivo de las libertades fundamentales y los derechos humanos, en su carácter universal, indivisible e interdependiente, consagrados en las respectivas constituciones de los Estados y en los instrumentos interamericanos e internacionales de derechos humanos.

### Artículo 8

Cualquier persona o grupo de personas que consideren que sus derechos humanos han sido violados pueden interponer denuncias o peticiones ante el sistema interamericano de promoción y protección de los derechos humanos conforme a los procedimientos establecidos en el mismo. Los Estados Miembros reafirman su intención de fortalecer el sistema interamericano de protección de los derechos humanos para la consolidación de la democracia en el Hemisferio.

### Artículo 9

La eliminación de toda forma de discriminación, especialmente la discriminación de género, étnica y racial, y de las diversas formas de intolerancia, así como la promoción y protección de los derechos humanos de los pueblos indígenas y los migrantes y el respeto a la diversidad étnica, cultural y religiosa en las Américas, contribuyen al fortalecimiento de la democracia y la participación ciudadana.

### Artículo 10

La promoción y el fortalecimiento de la democracia requieren el ejercicio pleno y eficaz de los derechos de los trabajadores y la aplicación de normas laborales básicas, tal como están consagradas en la Declaración de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) relativa a los Principios y Derechos Fundamentales en el Trabajo y su Seguimiento, adoptada en 1998, así como en otras convenciones básicas afines de la OIT. La democracia se fortalece con el mejoramiento de las condiciones laborales y la calidad de vida de los trabajadores del Hemisferio.

## III Democracia, desarrollo integral y combate a la pobreza

### Artículo 11

La democracia y el desarrollo económico y social son interdependientes y se refuerzan mutuamente.

### Artículo 12

La pobreza, el analfabetismo y los bajos niveles de desarrollo humano son factores que inciden negativamente en la consolidación de la democracia. Los Estados Miembros de la OEA se comprometen a adoptar y ejecutar todas las acciones necesarias para la creación de empleo productivo, la reducción de la pobreza y la erradicación de la pobreza extrema, teniendo en cuenta las diferentes realidades y condiciones económicas de los países del Hemisferio. Este compromiso común frente a los problemas del desarrollo y la pobreza también destaca la importancia de mantener los equilibrios macroeconómicos y el imperativo de fortalecer la cohesión social y la democracia.

### Artículo 13

La promoción y observancia de los derechos económicos, sociales y culturales son consustanciales al desarrollo integral, al crecimiento económico con equidad y a la consolidación de la democracia en los Estados del Hemisferio.

### Artículo 14

Los Estados Miembros acuerdan examinar periódicamente las acciones adoptadas y ejecutadas por la Organización encaminadas a fomentar el diálogo, la cooperación para el desarrollo integral y el combate a la pobreza en el Hemisferio, y tomar las medidas oportunas para promover estos objetivos.

### Artículo 15

El ejercicio de la democracia facilita la preservación y el manejo adecuado del medio ambiente. Es esencial que los Estados del Hemisferio implementen políticas y estrategias de protección del medio ambiente, respetando los diversos tratados y convenciones, para lograr un desarrollo sostenible en beneficio de las futuras generaciones.

### Artículo 16

La educación es clave para fortalecer las instituciones democráticas, promover el desarrollo del potencial humano y el alivio de la pobreza y fomentar un mayor entendimiento entre los pueblos. Para lograr estas metas, es esencial que una educación de calidad esté al alcance de todos, incluyendo a las niñas y las mujeres, los habitantes de las zonas rurales y las personas que pertenecen a las minorías.

## IV

### Fortalecimiento y preservación de la institucionalidad democrática

### Artículo 17

Cuando el gobierno de un Estado Miembro considere que está en riesgo su proceso político institucional democrático o su legítimo ejercicio del poder, podrá recurrir al Secretario General o al Consejo Permanente a fin de solicitar asistencia para el fortalecimiento y preservación de la institucionalidad democrática.

### Artículo 18

Cuando en un Estado Miembro se produzcan situaciones que pudieran afectar el desarrollo del proceso político institucional democrático o el legítimo ejercicio del poder, el Secretario General o el Consejo Permanente podrá, con el consentimiento previo del gobierno afectado, disponer visitas y otras gestiones con la finalidad de hacer un análisis de la situación. El Secretario General elevará un informe al Consejo Permanente, y éste realizará una apreciación colectiva de la situación y, en caso necesario, podrá adoptar decisiones dirigidas a la preservación de la institucionalidad democrática y su fortalecimiento.

### Artículo 19

Basado en los principios de la Carta de la OEA y con sujeción a sus normas, y en concordancia con la cláusula democrática contenida en la Declaración de la ciudad de Quebec, la ruptura del orden democrático o una alteración del orden constitucional que afecte gravemente el orden democrático en un Estado Miembro constituye, mientras persista, un obstáculo insuperable para la participación de su gobierno en las sesiones de la Asamblea General, de la Reunión de Consulta, de los Consejos de la Organización y de las conferencias especializadas, de las comisiones, grupos de trabajo y demás órganos de la Organización.

### Artículo 20

En caso de que en un Estado Miembro se produzca una alteración del orden constitucional que afecte gravemente su orden democrático, cualquier Estado Miembro o el Secretario General podrá solicitar la convocatoria inmediata del Consejo Permanente para realizar una apreciación colectiva de la situación y adoptar las decisiones que estime conveniente. El Consejo Permanente, según la situación, podrá disponer la realización de las gestiones diplomáticas necesarias, incluidos los buenos oficios, para promover la normalización de la institucionalidad democrática. Si las gestiones diplomáticas resultaren infructuosas o si la urgencia del caso lo aconsejare, el Consejo Permanente convocará de inmediato un período extraordinario de sesiones de la Asamblea General para que ésta adopte las decisiones que estime apropiadas, incluyendo gestiones diplomáticas, conforme a la Carta de la Organización, el derecho internacional y las disposiciones de la presente Carta Democrática. Durante el proceso se realizarán las gestiones diplomáticas necesarias, incluidos los buenos oficios, para promover la normalización de la institucionalidad democrática.

### Artículo 21

Cuando la Asamblea General, convocada a un período extraordinario de sesiones, constate que se ha producido la ruptura del orden democrático en un Estado Miembro y que las gestiones diplomáticas han sido infructuosas, conforme a la Carta de la OEA tomará la decisión de suspender a dicho Estado Miembro del ejercicio de su derecho de participación en la OEA con el voto afirmativo de los dos tercios de los Estados Miembros. La suspensión entrará en vigor de inmediato.

El Estado Miembro que hubiera sido objeto de suspensión deberá continuar observando el cumplimiento de sus obligaciones como miembro de la Organización, en particular en materia de derechos humanos.

Adoptada la decisión de suspender a un gobierno, la Organización mantendrá sus gestiones diplomáticas para el restablecimiento de la democracia en el Estado Miembro afectado.

### Artículo 22

Una vez superada la situación que motivó la suspensión, cualquier Estado Miembro o el Secretario General podrá proponer a la Asamblea General el levantamiento de la suspensión. Esta decisión se adoptará por el voto de los dos tercios de los Estados Miembros, de acuerdo con la Carta de la OEA.

## V

### La democracia y las misiones de observación electoral

### Artículo 23

Los Estados Miembros son los responsables de organizar, llevar a cabo y garantizar procesos electorales libres y justos. Los Estados Miembros, en ejercicio de su soberanía, podrán solicitar a la OEA asesoramiento o asistencia para el fortalecimiento y desarrollo de sus instituciones y procesos electorales, incluido el envío de misiones preliminares para ese propósito.

### Artículo 24

Las misiones de observación electoral se llevarán a cabo por solicitud del Estado Miembro interesado. Con tal finalidad, el gobierno de dicho Estado y el Secretario General celebrarán un convenio que determine el alcance y la cobertura de la misión de observación electoral de que se trate. El Estado Miembro deberá garantizar las condiciones de seguridad, libre acceso a la información y amplia cooperación con la misión de observación electoral. Las misiones de observación electoral se realizarán de conformidad con los principios y normas de la OEA. La Organización deberá asegurar la eficacia e independencia de estas misiones, para lo cual se las dotará de los recursos necesarios. Las mismas se realizarán de forma objetiva, imparcial y transparente, y con la capacidad técnica apropiada. Las misiones de observación electoral presentarán oportunamente al Consejo Permanente, a través de la Secretaría General, los informes sobre sus actividades.

### Artículo 25

Las misiones de observación electoral deberán informar al Consejo Permanente, a través de la Secretaría General, si no existiesen las condiciones necesarias para la realización de elecciones libres y justas. La OEA podrá enviar, con el acuerdo del Estado interesado, misiones especiales a fin de contribuir a crear o mejorar dichas condiciones.

## VI Promoción de la cultura democrática

### Artículo 26

La OEA continuará desarrollando programas y actividades dirigidos a promover los principios y prácticas democráticas y fortalecer la cultura democrática en el Hemisferio, considerando que la democracia es un sistema de vida fundado en la libertad y el mejoramiento económico, social y cultural de los pueblos. La OEA mantendrá consultas y cooperación continua con los Estados Miembros, tomando en cuenta los aportes de organizaciones de la sociedad civil que trabajen en esos ámbitos.

### Artículo 27

Los programas y actividades se dirigirán a promover la gobernabilidad, la buena gestión, los valores democráticos y el fortalecimiento de la institucionalidad política y de las organizaciones de la sociedad civil. Se prestará atención especial al desarrollo de programas y actividades para la educación de la niñez y la juventud como forma de asegurar la permanencia de los valores democráticos, incluidas la libertad y la justicia social.

### Artículo 28

Los Estados promoverán la plena e igualitaria participación de la mujer en las estructuras políticas de sus respectivos países como elemento fundamental para la promoción y ejercicio de la cultura democrática.



# Banco del Libro

INSTITUCION EDUCATIVA:								
DEPARTAMENTO:				PROVINCIA:				
^DISTRITO:								
Año	Grado	Sección	Nombres y apellidos del alumno	Código*	Condición del libro ^			
					Recibí	Firma del Padre	Entregué	Firma del Padre

\* Código = Número de orden del alumno Condición del libro:

- A = Nuevo, completo, limpio, sin deterioro.
- B = Completo, se puede borrar algunas marcas, sin deterioro.
- C = Con marcas que no salen y con deterioros subsanables.
- D = Inutilizable, requiere reposición.



## ¿Cómo cuido y limpio mis libros?

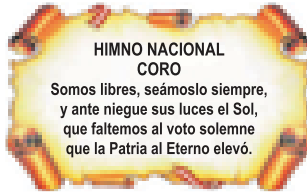
- Forro mi libro con plástico o papel y le coloco una etiqueta.
- Limpio mi libro con una franela.
- Uso mi libro con las manos limpias y en lugares apropiados.
- Realizo las actividades en un cuaderno u hojas de trabajo, sin rayar ni escribir en mi libro.
- Evito doblar las puntas y que se manche con líquidos o dulces.

**¡Cuido los libros porque otro niño los utilizará el próximo año!**

# SÍMBOLOS DE LA PATRIA



**BANDERA**



**CORO DEL HIMNO NACIONAL**



**ESCUDO**

## Declaración Universal de los Derechos Humanos

El 10 de diciembre de 1948, la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó y proclamó la Declaración Universal de Derechos Humanos, cuyos artículos figuran a continuación:

- Artículo 1.-** Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y (...) deben comportarse fraternalmente los unos con los otros.
- Artículo 2.-** Toda persona tiene todos los derechos y libertades proclamados en esta Declaración, sin distinción alguna de raza, color, sexo, idioma, religión, opinión política o de cualquier otra índole, origen nacional o social, posición económica, nacimiento o cualquier otro condición. Además, no se hará distinción alguna fundada en la condición política, social o económica de los países o territorios de cuya jurisdicción dependa una persona (...)
- Artículo 3.-** Todo ser humano tiene derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad personal.
- Artículo 4.-** Nadie estará sometido a esclavitud ni a servidumbre, la esclavitud y la trata del esclavo están prohibidas en todas sus formas.
- Artículo 5.-** Nadie será sometido a torturas ni a penas o tratos crueles, inhumanos o degradantes.
- Artículo 6.-** Todo ser humano tiene derecho, en todas partes, al reconocimiento de su personalidad jurídica.
- Artículo 7.-** Todos son iguales ante la ley y tienen, sin distinción, derecho a igual protección de la ley. Todos tienen derecho a igual protección contra toda discriminación que infrinja este artículo (...)
- Artículo 8.-** Toda persona tiene derecho a recurrir al tribunal efectivo, para ser indemnizado por cualquier lesión que sufre a causa de violaciones de los derechos humanos (...)
- Artículo 9.-** Nadie podrá ser arbitrariamente detenido, preso ni desterrado.
- Artículo 10.-** Toda persona tiene derecho, en condiciones de plena igualdad, a ser oída públicamente y con justicia por un tribunal independiente e imparcial, para la determinación de sus derechos y obligaciones o para el restablecimiento de cualquier derecho sobre otro en materia penal.
- Artículo 11.-**
1. Toda persona acusada de delito tiene derecho a que se presuma su inocencia mientras no se pruebe lo contrario (...)
  2. Nadie será condenado por delitos o infracciones que en el momento de cometerlos no fueran penales según la legislación interna o internacional. Tampoco se impondrá pena más grave que la aplicable en el momento de la comisión del delito.
- Artículo 12.-** Nadie será objeto de injerencias arbitrarias en su vida privada, su familia, su domicilio o su correspondencia, ni de ataques a su honra o a su reputación. Toda persona tiene derecho a la protección de la ley contra tales injerencias o ataques.
- Artículo 13.-**
1. Toda persona tiene derecho a circular libremente y a elegir su residencia en el territorio de un Estado.
  2. Toda persona tiene derecho a salir de cualquier país, incluso del propio, y a regresar a su país.
- Artículo 14.-**
1. En caso de persecución, toda persona tiene derecho a buscar asilo, y disfrutar de él, en cualquier país.
  2. Este derecho no podrá ser ejercido contra una acción judicial legítimamente iniciada por delitos cometidos o por otras opuestas a los propósitos y principios de las Naciones Unidas.
- Artículo 15.-**
1. Toda persona tiene derecho a una nacionalidad.
  2. A nadie se privará arbitrariamente de su nacionalidad ni del derecho a cambiar de nacionalidad.
- Artículo 16.-**
1. Los hombres y las mujeres, a partir de la edad nupcial, tienen derecho, sin restricción alguna que implique discriminación, a casarse, a fundar una familia (...)
  2. Sólo mediante libre y pleno consentimiento de los futuros esposos podrá contraerse el matrimonio.
  3. La familia es el elemento natural y fundamental de la sociedad y tiene derecho a la protección de la comunidad y del Estado.
- Artículo 17.-**
1. Toda persona tiene derecho a la propiedad, individual y colectivamente.
  2. Nadie será privado arbitrariamente de su propiedad.
- Artículo 18.-** Toda persona tiene derecho a la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión (...)
- Artículo 19.-** Toda individuo tiene derecho a la libertad de opinión y de expresión (...)
- Artículo 20.-**
1. Toda persona tiene derecho a la libertad de reunión y de asociación pacíficas.
  2. Nadie podrá ser obligado a pertenecer a una asociación.
- Artículo 21.-**
1. Toda persona tiene derecho a participar en el gobierno de su país, directamente o por medio de representantes libremente escogidos.

2. Toda persona tiene el derecho de acceder, en condiciones de igualdad, a los servicios públicos de su país.
  3. La voluntad del pueblo es la base de la autoridad del poder público; esta voluntad se expresará mediante elecciones auténticas que tendrán que ser universales, periódicas, por sufragio universal e igual y por voto secreto u otro procedimiento equivalente que garantice la libertad del voto.
- Artículo 22.-** Toda persona (...) tiene derecho a la seguridad social y a obtener (...) medios adecuados de la enseñanza y cultura, indispensables a su dignidad y al libre desarrollo de su personalidad.
- Artículo 23.-**
1. Toda persona tiene derecho al trabajo, a la libre elección de su trabajo, a condiciones equitativas y satisfactorias de trabajo y a la protección contra el desempleo.
  2. Toda persona tiene derecho, sin discriminación alguna, a equitativo salario independiente.
  3. Toda persona que trabaje tiene derecho a una remuneración equitativa y satisfactoria, que le asegure, así como a su familia, una existencia conforme a la dignidad humana y que esté sujeta a negociación, al caso necesario, por procedimientos libres de los procedimientos estatales.
  4. Toda persona tiene derecho a formar sindicatos y a afiliarse para la defensa de sus intereses.
- Artículo 24.-**
- Toda persona tiene derecho al descanso, al disfrute del tiempo libre, a una limitación razonable de su jornada de trabajo y a vacaciones periódicas pagadas.
- Artículo 25.-**
1. Toda persona tiene derecho a un nivel de vida adecuado que le asegure, así como a su familia, la salud y el bienestar, y en especial la alimentación, el vestido, la vivienda, la seguridad médica y otros servicios sociales necesarios; tiene asimismo derecho a los seguros en caso de desempleo, enfermedad, vejez, invalidez u otros casos de pérdida de sus medios de subsistencia por circunstancias independientes de su voluntad.
  2. Los niños, incluidos los maternidad o fuera del matrimonio, tienen derecho a igual protección social.
- Artículo 26.-**
1. Toda persona tiene derecho a la educación. La educación debe ser gratuita, al menos en el primer nivel de la instrucción elemental y fundamental. La instrucción elemental será obligatoria. La instrucción técnica y profesional habrá de ser generalizada, y se access a las enseñanzas superiores científicas y literarias, artísticas y a las distintas especialidades.
  2. La educación tendrá por objeto el pleno desarrollo de la personalidad humana y el fortalecimiento del respeto a los derechos humanos y a las libertades fundamentales; favorecerá la comprensión, la tolerancia y la amistad entre las naciones y entre los grupos étnicos o religiosos; y promoverá el desarrollo de las actividades de las Naciones Unidas para el mantenimiento de la paz.
  3. Los padres tendrán derecho preferente a elegir el tipo de enseñanza que tendrá de dar a sus hijos.
- Artículo 27.-**
1. Toda persona tiene derecho a tomar parte libremente en la vida cultural de la comunidad, a gozar de las artes y a participar en el progreso científico y en los beneficios que de él resultan.
  2. Toda persona tiene derecho a la protección de los intereses morales y materiales que le correspondan por razón de las producciones científicas, literarias o artísticas de que sea autora.
- Artículo 28.-** Toda persona tiene derecho a que se establezca un orden social e internacional en el que los derechos y libertades proclamados en esta Declaración se hagan plenamente efectivos.
- Artículo 29.-**
1. Toda persona tiene deberes respecto a la comunidad (...)
  2. En el ejercicio de sus derechos y en el cumplimiento de sus deberes, toda persona estará sujeta a límites que, en las condiciones establecidas por la ley con el fin de asegurar el reconocimiento y el respeto de los derechos y libertades de los demás, y de satisfacer las justas exigencias de la moral, del orden público y del bienestar general en una sociedad democrática.
  3. Estos deberes y libertades se podrán, en todo caso, ser ejercidos en oposición a los propósitos y principios de las Naciones Unidas.
- Artículo 30.-** Nada en esta Declaración podrá interpretarse en el sentido de que confiera derecho alguno al Estado, a un grupo o a una persona, para ejercer el poder o restringir o socavar cualquier (...) libertad o (...) derecho de cualquiera de los derechos y libertades proclamados en esta Declaración.

**“DISTRIBUIDO GRATUITAMENTE POR EL MINISTERIO DE EDUCACIÓN  
PROHIBIDA SU VENTA”**